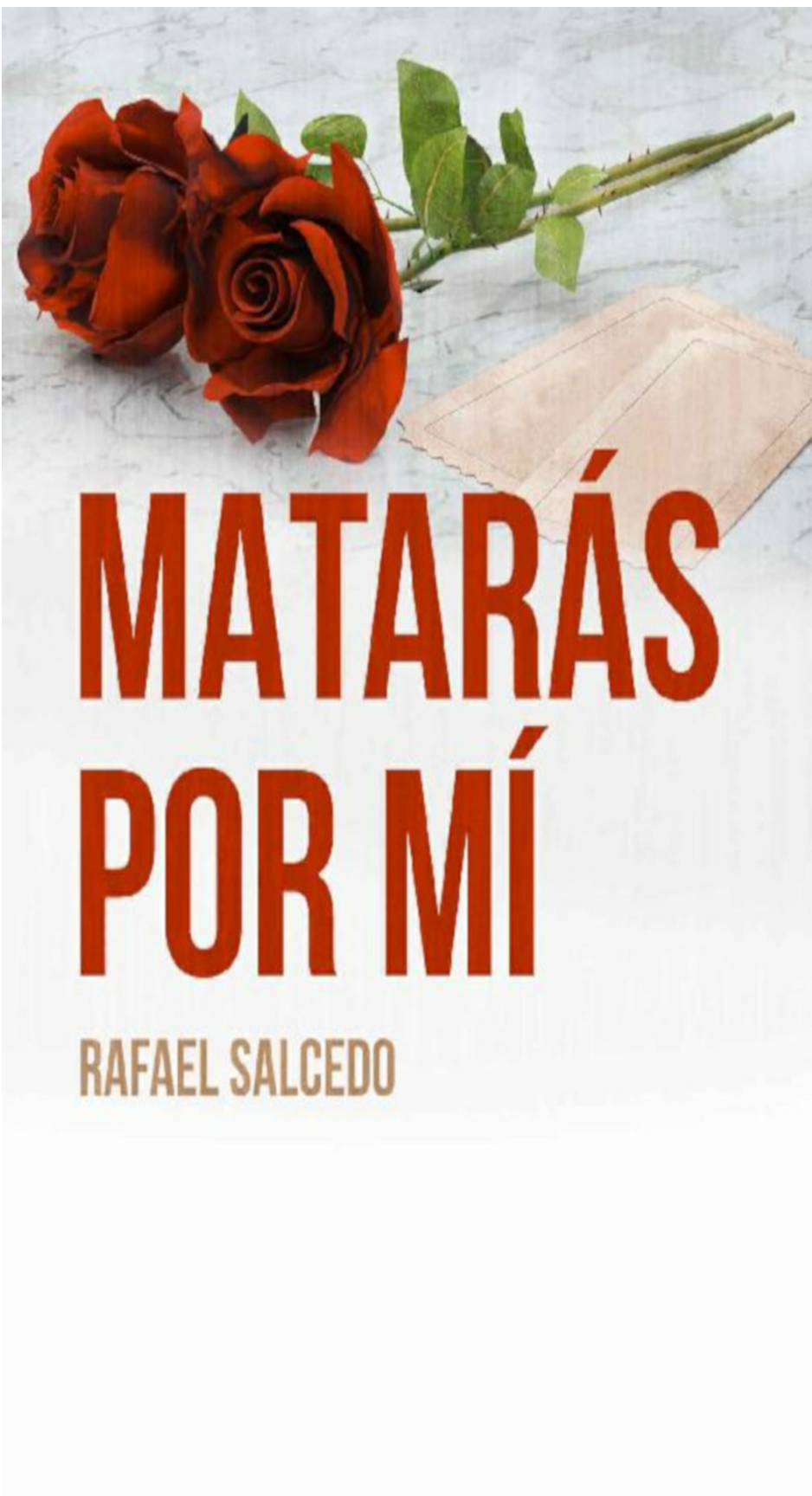




MATARÁS POR MÍ

RAFAEL SALCEDO



MATARÁS POR MÍ

RAFAEL SALCEDO

MATARÁS POR MÍ

**Una obra original de
Rafael Salcedo Ramírez**

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ 2018. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE. 2018. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

“La sola idea de que una cosa cruel pueda ser útil es ya, de por sí, inmoral.”

Marco Tulio “Cicerón”

PRÓLOGO

-¡Salem! ¡Salem!- exclamó Ana María Cienfuegos una y otra vez bien enojada, sopesando en su imaginación qué tipo de castigo tan doloroso como humillante infringiría a esa bola peluda negra azabache, de ojos verde esmeralda y una mirada tan misteriosa como sus acechos mientras andaba de acá para allá por el piso, observándole en silencio con los bigotes tiesos y sus minúsculas orejas puntiagudas enfocadas hacia ella, siguiéndole de estancia en estancia con curiosidad felina sin que su silueta le delatase.

En tanto rastreaba concienzuda como tantas veces los rincones preferidos del minino en cuestión, donde éste solía guarecerse sin que jamás advirtiera sus obtusas maquinaciones, Ana María -una madrileña treintañera, menuda, de facciones pequeñas que daban protagonismo a sus grandes ojos de un color cercano al de la miel, destacando éstos sobremanera en su rostro de sonrisa perenne, si bien en ese instante desdibujada por el enfado- se encontraba en ese momento al borde del ataque de nervios. Y es que, endosada en su día aquella mini bestia gatuna por causa matrimonial, no se había acostumbrado todavía a sus formas tan enigmáticas y, si éstas le incomodaban, aún más lo lograban las miradas escrutadoras que le echaba imaginándole cómo en su pequeño cerebro calculaba las posibilidades de burlarle, cuando no realizar alguna trastada que alterase sus planes y, en mayor medida, su tranquilidad.

-¡Maldito gato! ¿Dónde te has metido esta vez, pequeño diablo negro?- le gritó Ana María perdiendo un poquito más esa paciencia de la que se enorgullecía, pero quebrada por aquella mascota de la cual renegaba con todas sus fuerzas muchas veces cada día y con la que, en alguna ocasión similar a la que vivía en esos instantes, había fantaseado recetarle un final cruel y despiadado.

No obstante, esos desvaríos, esos prontos furibundos de Ana María desaparecían en cuanto “Salem” le lanzaba uno de sus musicales y tiernos maullidos -que remedaban la voz de un pequeño en apuros- aparte de rozarse en sus piernas con el rabo enhiesto enroscándose en las rodillas, pareciendo que el bicho peludo leía el pensamiento de ella tan poco halagüeño para sus intereses y, de esa forma tan aparentemente inocente, conchabarla para que siguiese a futuro aguantando sus maneras traviesas y un tanto embusteras, amén de proporcionarle succulentas latas de la más fina comida felina, con las cuales seguir disfrutando de genuinos banquetes de exclusivos alimentos “gourmet” con los que se relamía asomando su pequeña lengua rosácea, delgada y flexible que llevaba, una vez la panza repleta, hacia sus hocicos todavía empapados de las exquisiteces gatunas para, ya bien satisfecho, a continuación ronronear placentero.

Tras recorrer dos veces los doscientos cincuenta metros cuadrados del piso, regalo de boda de sus padres en su día aportado como heraldo de la magra dote y más cuando estaba situado en el sitio más exclusivo del barrio madrileño de Salamanca, Ana María tuvo la constancia de que su empeño era vano y el micifuz había tomado, como en otras ocasiones, las de “Villadiego” arrastrado por los efluvios de alguna gatita en celo de la vecindad.

Por lo tanto, la joven decidió recurrir -no sin sentir cierto apuro por las reiteradas escapadas de “Salem”- a Evaristo, quien resultaba ser el conserje del edificio, y también a su misma paciencia ya que se trataba de un alma cándida a la cual conocía desde que tenía uso de razón.

-Muy buenos días, Doña Ana María ¿Qué se le ofrece?- escuchó ésta, tras descolgar el telefonillo interior y marcar el número de la portería, una vez Evaristo identificó de dónde le requerían.

-Evaristo, buenos días. Discúlpeme, pero tengo que pedirle me ayude una vez más y...-

-Bueno, señora, no hace falta que siga- le interrumpió jocoso el conserje -

¡Otra vez ese gato!-

-Me da hasta vergüenza, Evaristo y...-

-¡Nada, señora! No se preocupe. Está uno acostumbrado. Además, que no se sienta usted mal porque ya sabe cómo le echo el lazo siempre a la primera-

-Si no fuera por usted, Evaristo...-

-No, no. No crea tengo algún poder especial. Verá, es que Doña Leonor, quien vive en el entresuelo, en vez de gato pues tiene gata. O sea, que ya se imaginará usted. Nuestro “Don Juan” bigotudo, nada más ve la oportunidad, sale disparado desde la ventana del lavadero dando uno de sus ágiles saltos. Así que, tranquila, enseguida me acerco al patinillo donde estará seguro pavoneándose y olisqueando su querencia, que huele desde la primera planta donde vive usted. No se preocupe, que le echo el guante para subírselo de inmediato-

-¡No sabe cuánto se lo agradezco, Evaristo! Es usted un ángel. Tengo que salir dentro de poco y lo que me faltaba era esto-

-Pues relájese y deje todo en mis manos. Antes de que se marche, le entrego a ese truhan peludo-

-Muy bien, Evaristo. Gracias de nuevo y hasta ahora- contestó finalmente Ana María, cuyo rostro aparecía ya relajado, dejando en manos de alguien de confianza la incomodidad de andar rastreando al dichoso bicho, al cual había tenido que acoger por el cariño, cuando no obsesión, que sentía por él su marido o -más cerca de la realidad- su ex marido. Y es que, desde hacía ocho meses, había pasado a esa situación la relación que mantenía con él. Precisamente aquellas prisas no eran por otra causa que la celebración, en el plazo de pocos minutos durante esa misma mañana, de la vista de su divorcio en el Juzgado de Familia.

Ana María, en aquellos pensamientos y al cruzar la salita cuajada a medias de libros y fotografías enmarcadas, se detuvo delante de una de éstas en la que aparecía con él en uno de aquellos días de vino y rosas en los cuales ambos habían sido almas gemelas, juramentado su amor por toda la eternidad y sus rostros de felicidad -también de inocencia juvenil- podían verse como dotados de un halo mágico que les envolvía.

Por un momento, las lágrimas hicieron intento de asomarse a sus ojos, incluso un ligero tembleque se adueñó de los labios; aunque pasó raudo ese instante de debilidad provocada por la más profunda melancolía, quizás de una sensación nostálgica contenida, tal vez amarrada no sin esfuerzo en lo profundo de sus sentimientos que, incluso con el dolor causado por los acontecimientos de los años siguientes, permanecía latente como rescoldo de un apasionado romance.

Ana María, saliendo del ensueño, sobreponiéndose a la desazón de los recuerdos, tanto los gratos como los dolorosos, los entrañables como los iracundos, fijó sus ojos en el calendario de sobremesa y observó cómo marcaba señalado en rojo aquel mismo día de diciembre de 1981, recordando cómo la aprobación de la Ley de Divorcio el pasado mes de agosto había supuesto el comienzo del final de su relación. Luego, llevando la mirada hacia el carillón, alarmada entendió cómo el tiempo que tenía para prepararse y cruzar la ciudad hasta los juzgados era ya mínimo.

Veinticinco o, a lo sumo, treinta minutos era el margen y eso hizo que no perdiera ni un segundo más en pensamientos, incluso remordimientos, dejando de remover aguas pasadas que jamás podrían mover los molinos del destino que, en su día, le llevó por una senda trufada de desazón, desesperación y tristeza que, andando el calendario y con otras circunstancias, había girado del lado de la desdicha al de la esperanza y del borde del abismo amenazador hacia el umbral de un edén terreno donde la armonía inundaba los corazones de sus moradores.

Precisamente ese día -remarcado en rojo de manera insistente y por mucho tiempo temido durante inacabables jornadas en la más insufrible soledad-

había mutado en uno de felicidad, donde la ilusión parecía desbordada en su corazón cansado de la aflicción, rendido al desconsuelo, traspasado tantísimas veces por el mismo quebranto, hastiado de tanta tribulación. Y justo ese momento había llegado al fin mirándole de frente, con la promesa en los labios, con el palpito de la ventura de lo venidero que borrarase con fuerza los pesares de un pasado ya olvidado.

Entre cábalas, entre proyectos de futuro, entre un remolino de anhelos girando en un sinfín armonioso mientras una dulce melodía parecía acompañarles, en tanto su mente volaba libre, Ana María, desconectada del cuerpo y desafiando al espacio-tiempo, se adentraba en ese futuro cuajado de expectativas donde la oscuridad había sido derrotada, con bravura desatada, por la misma Luz.

Al mismo tiempo que sentía ganas de gritar al mundo cómo había regresado de ese averno injurioso, de ese infierno de la incomprensión, de ese castigo de la propia sinrazón, de esa desigual lucha contra sus propios miedos venciendoles en singular combate -traspasando con fuerza el corazón de sus inseguridades, batallando para vencer su propio desaliento, plantando cara al temible desánimo como llaga punzante, como herida supurante- Ana María observó sus propias manos cómo temblaban, sintió en sus entrañas un vacío que le dejaba sin fuerzas, temió por sus piernas temblorosas y, sin embargo, su pecho desbordaba dicha; su rostro, la misma bonanza.

Un sonido logró que ese carrusel de sensaciones se volatilizara como cendal de bruma, dejando su cuerpo atado a la materia de nuevo, recobrado aquél y dispuesto para la cotidianidad aunque, muy pronto, también para el mismo goce que aguardaba tras las pocas horas que le separaban.

Así, Ana María recorrió el piso hasta la misma puerta de entrada donde, con el corazón en un puro palpito de felicidad, sin más cautela, vibrando cada átomo de su cuerpo, la abrió girando el pomo sin esperar ni siquiera a ver quién era, dándose la vuelta y desandando acelerada el camino por el pasillo.

-¡Vamos, adelante, Evaristo! Por favor, lleve el gato al salón que enseguida

voy. Esto es una locura ¿Sabe? Apenas me quedan diez minutos para salir hacia el juzgado, así que disculpe que ni me pare a darle las gracias y todo por ese minino diabólico que me ha hecho perder tanto tiempo- dijo Ana María, hablando desde el final del pasillo a la persona que cruzó el umbral, sin más recibimiento que aquella retahíla nerviosa.

-¡Evaristo, por favor, aguarde un momento y no se vaya! Quiero compensarle por todas las veces que le tengo que molestar y también por su paciencia conmigo ayudándome con las travesuras de “Salem” ¡Y no quiero un “no” por respuesta, como siempre me hace!- siguió Ana María hablando en voz alta, ya desde su habitación *-Suelte al gato, tome asiento y ponga la tele si le apetece aunque, para lo que hay que ver mejor le recomiendo hojee algún libro o, incluso, revistas que hay encima de la mesa del salón-* añadió Ana María sin dejar de parlotear en tanto se embellecía para la vista en el Tribunal, aunque sin alharacas y eligiendo un modelito sin demasiado glamour y unos zapatos de tacón mediano para la ocasión. Sin embargo, los complementos no pensaba rebajarlos una micra, por cuanto eran algo como un sello de la casa para ella.

Enfrascada en la elección de éstos, Ana María observó de qué manera la blusa que ya tenía encima presentaba una leve mancha justo en todo el centro del tejido. De tal forma que inició la maniobra, tras jurar en arameo, de desabrochar los botones para cambiarse, momento en el cual y cuando ya llevaba una par de aquéllos, sintió un fuerte golpe en su cabeza.

Ana María creyó, teniendo aún consciencia de lo que ocurría y sus ojos permanecían enviando información al cerebro, que el mismo techo se había derrumbado e íntegramente le había caído encima sin previo aviso. Hasta se preguntó qué tipo de cascote le había golpeado. Quiso, incluso con un intenso dolor, girar la cabeza para comprobarlo pero un nuevo golpe, aún más fuerte, le pareció había logrado abrir un boquete en su coronilla; hasta el punto de que sintió con precisión cómo la sangre emanada resbalaba tibia y apresurada por su nuca para luego, tomando velocidad, seguir camino por la espalda rumbo a las extremidades inferiores tras salvar aquella.

Ana María comprobó cómo su vista aún permanecía activa, aunque comenzaba a ver doble y eso le incomodó aún más que el dolor, el cual se había hecho insoportable. De tal modo que logró darse la vuelta y comprobar cómo su atacante inesperado blandía todavía en su mano derecha uno de los trofeos de su padre, de consistencia marmórea rematado con plata bellamente repujada en sus extremos.

-¿Por qué?- atinó Ana María a balbucear mirándole a los ojos en tanto los suyos parecían querer cerrarse para siempre, aguantándolos abiertos haciendo acopio de fuerzas de manera titánica con tal de buscar -en la expresión de quien le acababa de abrir el cráneo en canal- una respuesta lógica a su acción; la cual, activo su entendimiento aún, seguía creyendo inconcebible.

Ana María, tras ese esfuerzo estéril, comprendió en apenas un segundo, que fue lo que tardó en llegar a su cabeza el tercer y definitivo golpe, cómo su vida se cerraba en aquel momento y, aferrándose a ella pudo ver -durante un brevísimo lapso, tal vez con morbosa curiosidad- cómo su masa encefálica saltaba por los aires y se mezclaba con la sangre que, a borbotones indecentes, brotaba de su propio cráneo desecho. No obstante, no fue esa la imagen postrera y sí el rostro de satisfacción de quien le arrebatava su vida y, por tanto, su futuro.

Ana María percibió el mundo deshacerse de manera lenta, tal si la materia se desgranara en una miríada de minúsculos trozos desparramados de manera caótica haciéndose añicos entre sí, dejando al momento un inconmensurable vacío negro y profundo donde el silencio reinaba acallando el murmullo vigoroso de la vida, extinguida en sus dominios más allá de la comprensión de los mortales.

-¡Daniel! ¡Daniel!- le pareció, de manera inocente, a Ana María que sus labios inertes pronunciaban con insistencia el nombre de aquél a quien su corazón había amado hasta la extenuación, hasta ese segundo postrero de la iniquidad, hasta ese momento supremo del final del camino en aquel mundo delirante de materia y dolor, de angustia y pesar del cual se sintió aliviada al comprobar cómo su alma liberada rompía la cadena que le sometía y un

inmarcesible éxtasis ocupaba por completo su entendimiento, empujándola hacia el mismo vacío donde una poderosa Luz ganaba intensidad de manera gradual y esa fuerza arrolladora tiraba de ella sin que pudiese oponer resistencia, presintiendo no obstante cómo la eternidad -agazapada en aquella insondable negrura- le esperaba.

Por un momento, Ana María intuyó cómo esa fuerza, etérea, misteriosa, inaccesible, invisible, intocable, se apiadaba de ella y, durante una milésima de segundo, le insufló eso que ella misma comprendió era un pedacito de vida, apenas un parpadeo, ni siquiera el aleteo de una mariposa recién nacida, torpe e insegura, pero que bastó para que pasaran -tal como en una vertiginosa estela de diapositivas- todos y cada uno de sus momentos de existencia, a los que creyó poder aprehender dándose cuenta de su vano deseo, inútil ante la celeridad de aquella sucesión que avanzaba sin poder asirla, escurriéndose artera sin que consiguiese apartar los instantes inolvidables preñados de felicidad y, por el contrario, desdeñar los dolorosos que tanto mal le hicieron. Antes de que el último fotograma llegase a esa especie de entendimiento, el cual se esfumaba de la misma forma que toda su vida, la negrura se hizo más intensa, el silencio acalló con su poderosa fuerza hasta lo inabarcable y, poniendo el punto y final, la Luz pareció ocupar cada átomo, cegándole primero y luego envolviéndole cariñosa para llevarle presta hasta la inmensidad de lo eterno.

CAPÍTULO I

-¡Doctor! ¡Doctor! ¡Haga algo!-

-Vamos, vamos, señora, por favor tranquilícese-

-Pero ¿No ve cómo...?

-Su marido sólo está conmocionado. Y ahora, le ruego salga de la habitación y déjeme hacer con la enfermera. Pronto volverá en sí y...-

-¡Alto ahí! ¡Alto ahí! ¡Por los clavos de Cristo!- gritó desahogado Domingo Viguera, a la sazón director de la obra que se ensayaba en el escenario del teatro, sito en plena Gran Vía madrileña, utilizando para ello un tono de enfado evidente, además expresado con un vozarrón que retumbó en toda la sala a esa hora vacía de público.

-¿Qué ocurre ahora? ¡Jesús bendito! ¡Qué formas tiene usted, señor mío! ¡Ya es la tercera vez que me lo hace! ¡Esto es el colmo!- exclamó de esta forma la primera actriz, quien había interpretado el papel interrumpido, mostrando primero desde las tablas un evidente gesto iracundo al sentirse aludida por el exabrupto escuchado de labios del director para después, apartándose de los demás integrantes del elenco, acercarse con paso decidido y bien sonoro hasta el límite del escenario.

-¿Y pregunta usted, señora mía, qué ocurre?- respondió con otra pregunta

Vigueras; al final de la cincuentena, enjuto, sin pasar del metro sesenta y cinco, con su puro sempiterno en la mano derecha cuyo aroma inundaba la sala en su totalidad, haciendo aspavientos desde la tercera fila del patio de butacas e incorporándose para dirigirse a la actriz quien en silencio, nada temerosa, le observaba desde arriba con gesto mezcla de severidad, asco y desprecio a partes iguales -*¡Vamos a ver! ¿Cómo tengo que decírselo? ¡Otra vez peca de lo mismo! ¿Y sabe cómo se llama el pecado, querida? ¡Vulgaridad! ¡Eso es! ¡Simple y llana vulgaridad!*-

-*¿Tengo que aguantar esto?*- respondió en voz alta la actriz aupándose sobre su indignación ante el trato recibido; una dama entrada en años pero bien conservada, incluyendo lo atractivo de su rostro, de carnes generosas, pechos exuberantes, llevando su tono de voz a un registro casi parejo con quien le abroncaba, a su parecer, de manera indecente y grosera.

-*¡Usted, señora mía, aguantará todo lo que a mí me dé la gana, mientras persista en interpretar su papel tal si estuviésemos en un cochambroso vodevil! ¡No sé si me he explicado bien!*-

-*¡Es usted un, un, un...!*-

-*¡Un director teatral en apuros, mientras sea usted quien pise esas tablas!*- completó Vigueras la indecisión en la definición de la actriz, lo cual hizo que ésta pareciera fuese a explotar de un momento a otro, tornando el color de su cara de pálido rosáceo a un rojo fuego intenso.

-*¡Tendré que hablar con el empresario y pedirle...!*-

-*¡Puede usted hablar con el mismísimo “sursuncorda”, señora mía, porque a mí plin! ¿Entiende lo que le digo? ¡Me importa un rábano lo que usted o su empresario digan! ¡Aquí se hace lo que yo mande!*-

-*¡Tiene usted una fijación conmigo que...!*-

-¿Fijación? ¡Lo que me faltaba por oír! Oiga, señora, y aparte de presentarse tarde hoy al ensayo, haciendo que toda la compañía deba estar a expensas de sus caprichos por aparecer cuando le viene en gana, le voy a hacer una pregunta ¿Es que usted, por casualidad, no ha leído lo que se escribe en la prensa de esta función? ¿Aún no ha asumido que nos la está arruinando? Sepa cómo hemos vuelto a ensayar para reconducir sus maneras, su ridícula forma de abordar el personaje e intentar que no nos vayamos todos a la mierda, señora mía-

-¡Ya le he dicho que llegué tarde por un atasco! ¿No les pasa a todos de vez en cuando? ¡Pero, claro, es que usted está por acabar con mi paciencia! ¿Sabe? ¡No le aguanto más! ¿Se entera?-

-¡Pues, lo mismo le digo!- no se quedó atrás el director, quien respondió con idéntica animadversión que había mostrado la actriz encolerizada *-Y ahora, señora, haga el favor de poner más interés en lo que hace, volvamos a la escena y deje esa pose de damisela aturdida, esa voz grave grandilocuente y actúe con la misma naturalidad que utiliza ahora mismo sintiéndose indignada con mis palabras ¡Por Dios, se lo ruego! Saque de una vez el personaje y abandone su presunción de que sobreactuando me convencerá tanto a mí como al público, que paga para ver algo digno y no un sucedáneo de teatro ya pasado de moda. Recuerde que estamos en los ochenta y ese arabesco de sus formas ha pasado a mejor vida. Hágase cargo de que ya se le ve trasnochada con esos gestos, más cercanos al cine mudo que a una función a pocos años del cambio de siglo, y lo mismo le advierto de esa entonación ampulosa, engolada, pedante, que hasta creo estar viendo a Margaret Dumont y sólo le falta aparezca el mismísimo Groucho Marx de un momento a otro. Así que tome nota y no repita los errores que le acabo de enumerar por el bien suyo, del nuestro propio y, en mayor medida, de su sobrino el empresario; de quien no he de recordarle cómo tiene los mismísimos cataplines encajados en la garganta con las cifras de la taquilla y los críticos con sus dardos puntiagudos todo el día chafándonos el sustento; de cuyas diatribas tienen sobradas razones, dicho sea de paso. Por lo tanto, señora mía, no les demos más carnaza y pongamos todo en el asador, para reconducir el estrepitoso fracaso conseguido hasta la fecha y podamos remontar limando esos defectos, los cuales de una vez por todas*

debe asumir-

-¿Seguimos?- preguntó Horacio del Amo, ayudante del director, desde el proscenio donde había acudido mientras su jefe se explayaba con la primera actriz, quien tras las últimas palabras, pronunciadas con otro tono menos violento y más conciliador, recapacitaba en silencio obviando contravenir una vez más a Vigueras; pareciendo avenirse a sus razones y entregándose dócil al propósito de enmienda.

-¡Espera, Horacio!- respondió su jefe *-Ya que la calma ha regresado, que nuestra actriz se dispone a darnos una satisfacción haciendo caso de mis indicaciones, lo que infiero por su silencio y esa media sonrisa relajada que esconde su anuencia, será mejor tomarnos un respiro de algunos minutos-*

-De acuerdo, jefe. Pues, quince minutitos, un cafetito y volvemos a la faena- respondió Horacio, con una sonrisa dirigiéndose a su director y luego al elenco, tras el rifirrafe al que había asistido sintiendo algo muy parecido a la vergüenza ajena. Sin embargo, estaba bien contento el muchacho, y no menos toda la compañía, de que las aguas volvieran a su cauce, una vez los contendientes habían decidido enfundar sus respectivas armas dialécticas y, en particular, porque la primera actriz reconsiderara su actitud y el propio director diese por terminada sus acometidas y reconvenciones; con unas formas rayanas a la misma crueldad en algunas de sus aristas.

-¡Vaya! Parece que he llegado a punto de caramelo- oyó Domingo Vigueras desde una de las puertas laterales de acceso a la sala.

-¡Bueno, hombre, ya llegó el señorito! Y siempre afortunado ¿No, muchacho? Justo a la hora del descanso, para no perder costumbre- respondió el director con cara de pocos amigos a Daniel Hidalgo, uno de los jóvenes actores de la compañía y, a su discreto parecer, el más destacado y con más futuro. No obstante lo anterior, Vigueras mantenía para sí ese criterio técnico sabiendo, por las muchas experiencias sufridas en su larga carrera en el mundillo de las tablas, cómo cualquier alabanza podía transmutarse en siniestra bomba de relojería emocional para alguien con un

futuro prometedor, aunque con una juventud con impulsos primarios que podían truncarlo. De tal manera que hacía esfuerzos para velar de manera sutil la predilección que sentía por su forma de interpretar, así como el magnetismo innato que desprendía el joven cuando pisaba el escenario, a poco que el papel tuviese una mínima calidad.

-A ver, Don Domingo, no lo he hecho a propósito- contestó el actor, quien movió la mano delante de su misma cara para apartar la bocanada de humo exhalada por Vigueras, quien tenía por costumbre hacer lo mismo con cualquier hijo de vecino que se pusiese a su alcance, desprendiendo su misma humanidad ese aroma acre del tabaco.

-No digo tanto, chaval, pero cerca te has quedado. Oye, y no niegues que no es la primera vez. Basta que salgas para algo y, al regresar, continua el asunto. Por cierto, chico, me pediste permiso y apareces bien pronto-

-Bueno, no quiero mentirle. El permiso era justificado, la salida bien cierta, pero el final frustrante-

-¿Qué me dices?-

-Como lo digo, Don Domingo. El caso es que esta misma mañana, quiero decir hace escasos minutos, estaba citado en el juzgado con mi esposa o, para ser exacto en el término y no faltar a la verdad, mi ex esposa...-

-Una chica estupenda, muchacho, guapa por fuera y por dentro, a quien no has sabido cuidar-

-En eso estamos de acuerdo, jefe. Reconozco que no fui en estos años de matrimonio lo que se dice fiel. Pero, en fin, ya sabe, es mi condición...-

-¡Eso lo dirás tú, so crápula! Pero ella, imagínate...-

-Por eso le digo que ex esposa. Ya sabe cómo hace unos meses me tiró por el balcón hasta los calzoncillos. En fin, para qué voy a contarle si usted mismo me acogió en su casa aquel día-

-Y también, de paso, te di unos buenos tirones de oreja. Sin embargo, veo ahora que ya has entrado en razón y te ves a ti mismo como un rufián sin escrúpulos faltando a ese juramento solemne de amor y cariño que hiciste en el altar, dejándote llevar por la carne y las tentaciones-

-Bueno, Don Domingo, tendría que haber visto usted ¡Qué carne y qué tentaciones! ¡Fui incapaz de resistirme! Pero no crea que dejé ni un momento de sentir lo mismo por Ana María ¿Sabe? Sólo fue, pues un, un...-

-Un desahogo-

-Eso es, Don Domingo. Ya me entiende usted. Sólo sexo y nada más-

-Sí, chico, pero si hubiese sido una, pues hasta Ana María te lo habría perdonado-

-Bueno, sí, tiene razón. Pero, verás, sólo fueron dos. Quiero decir más en serio. Porque con las otras, en fin, sólo se trató de, como quien dice, un “aquí te pillo, aquí te mato”. No sé si me explico-

-¿Que si te explicas? ¡No te digo! Pero, si se oían los gemidos desde las bambalinas, chico, cuando te metías con ellas en el camerino-

-Ya, jefe, pero no eran más que pasatiempos. Las otras dos, algo más. Pero, insisto que sólo dos-

-¿Te parece poco? ¡Y encima reincidente!-

-Sí, es cierto y con la mala pata de que esa segunda, a quien usted ya conoce, no se le ocurrió otra cosa que hacerse ilusiones y le faltó tiempo para airear lo que hacíamos en el camerino-

-Y tanto, chaval. Aquello fue sonado y recuerdo cómo no tardó Ana María en escuchar los murmullos sobre esas maniobras orquestales en la oscuridad, a las cuales te entregabas día sí y día también-

-Fue un error. Me arrepiento y, lo confieso, no sabe usted de qué manera-

-Vaya, eso es algo extraordinario y te encuentro ya más centrado, sin dedicarte a ir de flor en flor-

-Pero no faltan ¿Sabe? Siguen tentándome. Aunque he aprendido la lección y ahora prefiero mantenerme aislado de esas relaciones que, a fin de cuentas, sólo traen problemas y más problemas-

-Sobre todo cuando hay maridos por medio-

-Mejor no hablemos de eso, Don Domingo. Me deprime-

-Más lo hará a los burlados ¿No?-

-Sí, bueno, quiero decir que, en fin...-

-Ya, ya, Daniel. Pero veo que aún no me has dicho el motivo de que tu salida haya sido un visto y no visto ¿Algún contratiempo en forma de esposo engañado?-

-Ni mucho menos, Don Domingo. Ya le digo que hace tiempo me reformé y ahora sólo tengo pensamientos para Ana María-

-A buenas horas, mangas verdes, chaval. Aunque, de corazón te lo digo, me alegro de ese cambio radical de actitud, en particular porque ella no se merecía esos devaneos a los que acostumbrabas no ha mucho-

-Eso es historia. Estoy rehabilitado y en el buen camino-

-Eso es lo que esperaba de ti y ya te lo dije en su día. Céntrate en tu carrera, la cual llevas de matrícula, y no des bandazos con las féminas, o acabarás de mala manera cualquier día si persistes en dejarte caer en sus redes-

-Eso mismo hago, Don Domingo. Procuro pasar de largo cuando observo alguna cerca y ese pegamento, que usted ya sabe cómo es de persistente, queda a un palmo de mis narices-

-Bueno, me tienes sobre ascuas. Anda, Daniel, cuéntame qué ha pasado en ese juzgado para que regreses tan rápido y con un ánimo tan filosófico, si me permites el término viéndote tan juicioso y habiendo madurado en apenas unos días-

-Me explico. Lo de la maduración no es flor de un día, ni que ésta haya florecido esta misma mañana. Confieso que ha sido un proceso muy largo, también difícil en algunos momentos de soledad, pero con un final que yo auguraba más generoso para mis presupuestos vitales. Quiero decir para mi futuro inmediato-

-Me pierdo, hijo. Aclárate o me como las pocas uñas que me quedan-

-Pues muy sencillo, Don Domingo, hoy era la vista de nuestro divorcio y acudí con buenos presentimientos hace un rato. Era un día para ver nuevos horizontes-

-Sin duda. Aunque también, y no me lo negarás, melancólico y, si me apuras, nostálgico-

-¿Cómo voy a negarle eso? Yo mismo me levanté esta mañana lleno de remordimientos, después de una noche casi en duermevela. Por mi cabeza, mientras el reloj avanzaba en la madrugada, pasaron tantas cosas y, no miento, tan felices como tristes-

-Imagino que ganarían las primeras, hombre-

-Sí, por supuesto. Pero las otras estaban ahí para martirizarme una y otra vez. Eran como clavos ardientes, metiéndose de manera lenta en mi carne. Y yo lo aplaudí porque me lo merecía. Una a una vi todas las canalladas que he cometido estos años y sentí un desprecio por mí mismo difícil de expresar con palabras. Y por nada. Por absolutamente nada. Quiero decir, unos escasos instantes de placer y luego el vacío más ominoso en mi interior que pudiese jamás haber imaginado-

-Bueno, hombre, tranquilo. Reconocer el daño infringido ya es un avance grande para la redención. Tras esto, y creo que es lo que quieres decirme, vendría ese acto tan intrincado de pedir perdón. Algo que el humano, dada su condición, tiene como asignatura pendiente en todos los órdenes de la vida y, permíteme que en tu descargo te lo diga, no ibas a ser menos-

-No, Don Domingo. En mi caso es algo que he estado deseando hacer todos estos meses, en especial los últimos treinta o cuarenta días. No le exagero y le digo la verdad tal cual ha sido. No veía el momento de hacerlo y rogarle a Ana María su perdón-

-Y, según dices, algo ha ido mal en esa vista del juzgado-

-Lo que no podía esperarme-

-¿Cómo? ¿Alguna triquiñuela legal?-

-Ni mucho menos. No van por ahí los tiros, Don Domingo. Resulta ser algo más sencillo y es que Ana María no se ha presentado al acto-

-¡No me digas!-

-Tal cual. El caso es que le aclaro cómo el asunto del divorcio era llevado por una de nuestras mejores amigas, Andrea Laborda, abogada y especializada en temas de familia, por lo que iba a resultar una vista de lo más protocolaria y, a todo lo más, la simple estampación de unas firmas en un frío documento que daría por terminado el acto legal-

-O sea, que Ana María ha optado por ni siquiera aparecer, ni llamar, ni nada que se le parezca-

-Así es. Ni por activa ni por pasiva-

-Pero, bueno ¿Y no advirtió nada a la abogada que teníais en común?-

-Ella está igual de contrariada que yo mismo. Los dos como pasmarotes esperándole en el juzgado. Y, como le decía, ni siquiera una simple llamada telefónica para advertir de su incomparecencia, no sabemos si motivada o no-

-Pero vosotros imagino habréis llamado y...-

-Por supuesto. No hemos hecho otra cosa que telefonearle a casa una y otra vez, aunque sin respuesta alguna. Luego, ya sabe cómo son los magistrados, nos han dado un plazo prudencial y agotado éste nos han mandado tanto a la abogada como a mí a freír espárragos literalmente con el argumento, tal vez cierto, de que aquella maniobra de una de las partes era poco seria-

-Pues ¿Qué quieres que te diga? En esta oportunidad estoy de acuerdo en esa apreciación, por lo que supone de chasco y no sólo para ti sino para

todos los intervinientes, cuando no una falta de respeto enorme impropio de Ana María-

-Eso mismo pensé, Don Domingo. Ya sabe usted que es la persona más educada del mundo, y más viniendo de una familia como la suya de modales aristocráticos y, por tanto, preocupados a cada momento por mantener una discreción extrema. No es Ana María la causante y pongo la mano en el fuego por ella-

-Oye, no quiero alarmarte pero, y si...-

-¿Un accidente? Claro que lo he pensado. Aunque, si le soy sincero, ante la tesitura de qué hacer y prefiriendo no aferrarme a pensamientos tan negativos y trágicos, he puesto rumbo aquí. Así que me tiene delante de usted intentando pasar página y buscando cobijo en lo cotidiano de las responsabilidades con el trabajo. Además, tengo que confiarle un detalle importante, sobre el cual le pido la mayor discreción, y es que ella y yo llevábamos viéndonos un tiempo ¿Sabe?-

-Pero, chico ¡No me digas!-

-Insisto, Don Domingo, en que esto es sólo para usted y para mí. Lo cierto es que lo de hoy sólo era un trámite, puesto que íbamos a renunciar al divorcio. Pero, ya ve, cómo parece ser que me ha dado calabazas-

-Vamos, que vienes dispuesto a olvidar las penas a base de ensayos a destajo. De todas formas, no te vengas abajo y, seguro, habrá una explicación convincente. Ojalá se cumpla ese armisticio entre vosotros y os deis una nueva oportunidad. Aunque ya te digo, jovencito, que no vuelvas a fallarle, si es el caso-

-Eso mismo venía pensando y rezando, porque sólo sea algo pasajero y las dudas de Ana María se disipen. Así que me tiene a su disposición para afinar la obra que, por lo visto, andan por ahí echando pestes los cretinos de la

crítica-

-No me hables de ellos, Daniel, que son una casta indigna. Pero ten en cuenta que les ha ayudado nuestra primera actriz quien, como acabo de decirle hace poco en voz alta, con su pedante forma de interpretar ha arrastrado la obra por el fango inmundado del menosprecio de esa gentuza, siempre deseosa de mantenernos pringados en el cieno durante toda la temporada y, si les es posible, incluyendo el período de gira que el empresario tiene en mente realizar por provincias-

-Soy optimista, Don Domingo, porque la obra necesita rodar algo más. Aún es pronto y creo tendrá el favor del público en un plazo prudencial. Ya sabe cómo es esto y, una vez más, su pericia de director nos llevará hasta el triunfo como tantas veces-

-Chico, esa pericia a la que aludes parece que en esta ocasión está algo oxidada y más cuando nuestra dama de dimensiones pectorales espectaculares insiste en hacer caso omiso de mis órdenes e interpretar como si la gran María Guerrero caminase, aún estos días fríos pero bien soleados, por la Gran Vía camino del Teatro de “La Princesa”-

-No se apure, Don Domingo, usted sabe igual que yo cómo ella es una notable actriz, aunque con un temperamento y un amor propio inusual en la profesión. Y ya sabemos a qué se debe éste último-

-Ni me nombres al empresario, incluso de manera tácita como ahora ¡Qué cruz! A mi edad y tener que toparme con semejante papeleta. Y lo curioso es que si al menos fuese por cuestión sexual pues lo entendería, pero que la señora en cuestión tenga manga ancha por ser la tía del empresario es que suena a comedia bufa-

-Es la comidilla del mundillo de la farándula en Madrid, Don Domingo. Y qué le vamos a hacer ¿No? Es su tía viuda rica y, para colmo, dispone de una fortuna que, en su momento, nuestro joven empresario espera heredar y

así mandar a la compañía donde usted ya imagina-

-Eso será lo primero, aunque eso lo verás tú, chaval, y yo espero librarme porque, en el improbable caso contrario, confieso sería capaz de cualquier cosa, incluyendo el mismo homicidio de ese chisgarabís con nocturnidad y alevosía-

-¿Todos listos?- interrumpió la plática de ambos la voz de Horacio desde las bambalinas, mientras agitaba el libreto con singular energía juvenil, no mayor que Daniel Hidalgo, con quien compartía la pasión por el teatro siendo de la misma generación que había llegado pisando fuerte cada uno en su cometido *-¡Vaya, veo que ya andas por aquí, Cary!-* le soltó Horacio a Daniel, a quien se dirigió con el apodo que todos le conocían y que, en tiempos de estudiantes, aquél le había endilgado.

-¡Y preparado para el ensayo!- respondió Daniel levantando el brazo y haciendo amago ya de salir a grandes zancadas hacia el escenario *-¿Usted qué dice, Don Domingo?-* preguntó al director quedándose quieto tras el intento, sabiendo cómo la última palabra la tenía Vigueras.

-¿Sabes, Daniel? Pepito en tu ausencia ha interpretado de manera más que digna tu papel incluso, y esto queda para nosotros- dijo en voz baja Vigueras y mucha comicidad en la expresión *-con más oficio que la tía del empresario y también mi pesadilla-*

-Pues me alegro por él y por la compañía, Don Domingo, además que le recuerdo cómo fui yo mismo quien le recomendé y usted, como siempre, utilizó ese olfato para olisquear que el chaval tenía madera de cómico-

-En eso no he perdido facultades y, con los años, aún más se me ha afinado ese sentido, aunque también para oler la podredumbre de los gaznápiros que quieren dedicarse a esto con una tarjeta VISA por delante-

-Don Domingo ¡Bonito es usted para esos!-

-¡Y para esas!-

-Esas más, y doy fe-

-Bueno, chico, es hora de dejar la cháchara y volver al tajo, que esta noche quiero comenzar la remontada y no sólo frente al público sino también, hasta siendo más difícil, con las hienas de la prensa-

-De acuerdo, jefe- dijo Daniel finalmente -Voy un momentito al camerino, me caracterizo en un periquete y ya mismo estoy en escena-

-Adelante. Oye y dile a Pepito que puede marcharse si quiere. Ya te digo que su papel lo borda, aunque sea tan sólo de relleno en esta obra. Así que contigo aquí, es de justicia que tenga un merecido descanso-

-Ipsa facto, Don Domingo- respondió Daniel, para luego subir al escenario, intercambiar unas palabras con Pepito y éste recibirlas como un premio. A continuación, y marchado éste, se dirigió hacia las entrañas del teatro para meterse en su personaje que incluía barbas, relleno bajo las encías, un bigote de aspecto decimonónico y cejas más gruesas que le daban un aspecto de alguien al menos diez años mayor.

-Bien, mientras se reincorpora Daniel, atacaremos el inicio del acto tercero. Por favor, Horacio, da tú las indicaciones y permanece en el proscenio, por favor- habló Viguera concediendo el turno a su ayudante, en mayor medida para que la susodicha dama rebelde se sintiera mejor y, a continuación, se dejó caer de manera pesada en la butaca, con la única intención de comprobar si el rapapolvo había tenido resultado en la interpretación de aquélla.

-¡Mi querida Daphne!- comenzó la primera actriz la interpretación más relajada en sus formas grandilocuentes y con algo menos de ampulosidad - *¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Qué alegría tenerte de nuevo entre nosotros y...!-*

-¡Pero, habrase visto! ¿Qué ocurre?- exclamó Viguerras, levantándose furioso una vez más, y no por el motivo acostumbrado de sus interrupciones a los actores, sino porque un pelotón de policías de rostro amenazante comenzó a rodear a los actores subiéndose incluso al escenario -¿A qué se debe esta interrupción? ¿No les han dicho que estamos en medio de un ensayo? Sepan que está prohibida la entrada. Oigan y menos acercándose al escenario ¡Así que den media vuelta y salgan de inmediato de mi sala!-

-Ahora es nuestra sala, señor- contestó, a las espaldas de Viguerras, uno de los dos individuos que se le acercaron con paso decidido caminando por el pasillo central del teatro, quienes le mostraron las placas policiales ante sus narices -Inspectores Molina y Adame-

-Bien ¿Y qué?- respondió el director con cara de pocos amigos, apartando de mala manera los documentos de su cara -Yo me llamo Domingo Viguerras y soy director teatral ¿Algo que objetar?-

-Nada, que sepamos aún, pero sí sobre alguno de sus actores según tenemos entendido-

-¿Mis actores? ¿Qué pasa con ellos? Son gente pacífica, trabajadora y no por los emolumentos que se merecen, sino todo lo contrario. Aquí quien se lleva la parte del león está sentado más arriba del edificio y es donde deben husmear-

-Todo a su tiempo, señor. Ahora sólo queremos saber quién, de los que están sobre las tablas, es Daniel Hidalgo- contestó el inspector Molina, mientras Adame no quitaba ojo a ninguno de los que le parecían sospechosos, a escasos metros tragando éstos saliva sin saber a qué atenerse ante aquella extemporánea situación; más propia de una obra policíaca de las que, en más de una ocasión, habían interpretado.

-¿Hidalgo? Sí, sí- contestó Viguerras, después de rascarse la coronilla de una

forma tan teatral que casi hizo que los propios actores soltasen una carcajada allí en medio, con lo que podría complicarle las cosas *-Pues, ha salido ¿Saben? Cuestiones legales, creo. Precisamente le di permiso para ausentarse del ensayo-*

-¿A qué hora fue eso?- Adame atacó.

-Pues, le diría que hará cuestión de una hora larga. No podría concretar pero, más o menos, ese plazo-

-¿Está seguro de lo que dice?- Molina se colocó al hacer la pregunta a escasos centímetros de Domingo Viguera y, dada la envergadura del policía, se sintió algo intimidado aunque sólo le duró un segundo ya que, reponiéndose, opuso su tradicional flema para estos casos.

-¿Seguro? ¿Yo? Siempre, señor, siempre. Puede preguntar a mi elenco si soy seguro. Es más, le diría que hiciese lo propio con toda la profesión, en la cual soy ya decano. Le aseguro que soy seguro y estoy muy seguro de lo que aseguro-

-Oiga, si continúa usted por ese camino, le enseñaremos nosotros otro que lleva a los calabozos de la Puerta del Sol ¿Entendido?- dijo Adame torciendo el gesto.

-Y tanto que le entiendo. Precisamente hace unos años, tuve la oportunidad de visitarlos. Aunque, debo confesarles, me resultaron poco higiénicos y un tanto incómodos-

-Me parece que va a hacerles otra visita- le soltó Adame, acercándose tanto como su compañero.

-Vamos a ver si nos aclaramos, señor- Molina habló *-Ahí fuera, el sujeto que está en la puerta del teatro nos ha dicho que Daniel Hidalgo salió, como*

dice, hace más o menos una hora pero que, hará unos minutos, ha regresado, le ha saludado y luego entrado en esta sala-

-¿Aquí? Pues no, señores- contestó irónico Viguera -Debe tratarse de un error. Ya sabe cómo son los porteros de los teatros. Pero es comprensible ¿No les parece? Ven tantísima gente entrando y saliendo de función en función que confunden unos con otros. Pero permítanme, señores, que preguntemos a los actores-

-Adelante- respondió Molina, echándole una mirada mezcla de ira y amenaza.

-Muy bien- dijo Viguera, para luego dirigirse a todos sus pupilos sobre el escenario -¿Alguien ha visto entrar hace un momento a Daniel Hidalgo?-

-¿Se refiere usted a Cary?- preguntó Horacio, su ayudante de dirección, en la lejanía casi voz en grito.

-¡Sí, claro! ¡Nuestro Cary! Insisto ¿Alguien le ha visto?- contestó Viguera, también levantando la voz para que le escucharan a su vez con claridad - Verán ustedes, es que todos le llamamos, cariñosamente se entiende, de esa forma- les comentó a los policías, con una sonrisa condescendiente, el veterano director; quien parecía disfrutar con aquella interpretación, recordando sus inicios en el mundillo de la comedia cuando apenas levantaba unos palmos del suelo.

-¿No? ¿Nadie? Muy bien, muchas gracias, enseguida volvemos al ensayo, en cuanto se marchen estos señores- soltó Viguera con sorna para, a continuación, girarse hacia los dos policías estupefactos, aunque con ganas de cogerle por el cuello y zamarrearle con fuerza.

-¿Lo ven, caballeros? Somos la compañía contra el portero. No hay color ¿No creen?-

-¿Tú qué dices, Manolo?- preguntó Molina a su compañero Adame.

-Pepe ¡Coño! Ya has oído. No está y punto ¿Lo pintamos?-

¡Me cago en...! ¡Ese cabronazo se nos ha escurrido!- contestó enfurruñado Molina, al tiempo que iniciaba junto a su compañero el camino de vuelta por el pasillo intermedio del patio de butacas.

-*Vámonos, muchachos!*- exclamó Adame a la cohorte de policías uniformados, quienes parecían fuesen a saltar sobre los actores rodeándoles como vulgares delincuentes.

-*Bien, bien! A ver ¿Dónde está ese enfermo? Les advierto que llevo un día de locos y...*- apareciendo por las bambalinas procedente de los camerinos, caracterizado al completo, incluyendo maletín médico, fonendo sobre el cuello y tocado con un elegante sombrero de color gris, puso los pies Daniel Hidalgo en el escenario con aquellas palabras, las cuales resultaban ser el inicio de su personaje en la obra, quedando mudo y paralizado al contemplar la actitud de todos cuantos se encontraban en la sala observándole en silencio.

Instantes después, con el corazón encogido Daniel vio cómo el grupo de policías que se retiraba se volvió al unísono, para a continuación mirarle todos sus integrantes de arriba hacia abajo esperando órdenes de sus superiores quienes, de igual forma, se dirigieron hacia el escenario a grandes zancadas, llevando las manos a sus armas ocultas bajo las respectivas chaquetas.

-*Daniel Hidalgo?*- preguntó Molina a Domingo Viguera, señalando con insistencia al recién llegado a las tablas.

-*Por supuesto que no, inspector!*- con reflejos respondió el director cruzando durante un segundo su mirada con la de Daniel, quien quedó patidifuso manteniendo, de manera instintiva por precaución, sus labios sellados.

-¡Por fin, doctor! ¡Ya era hora! Pero ¿Se puede saber dónde narices se ha metido usted?- todos se quedaron sorprendidos y más Domingo Vigueras cuando la primera actriz, en una acción brillante y también muy inesperada, le dio réplica a Daniel tal si la realidad se hubiese mezclado con la fabulación de la obra -¡Esto es intolerable! ¡Llevo todo el rato llamando a la consulta y su enfermera, por cierto una antipática de cuidado, asegurándome venía para acá hace más de una hora!-

Un silencio que podía cortarse se hizo amo de la sala, dejando unos momentos de expectación que casi hacen saltar los corazones de los compañeros de Daniel y, en especial, el ya castigado por los avatares de la vida de Domingo Vigueras, quien tuvo que agarrarse fuerte a la butaca que tenía delante de sí, al fallarle las piernas viendo el bloqueo del muchacho sin devolver la réplica a la primera actriz.

-¡No puede hacerse una idea del atasco monumental que he tenido que soportar en “Nuevos Ministerios”, señora!- rompió la tensión esa voz aterciopelada de Daniel, con una dicción perfecta, llevándola a un tono entreverado donde la calidez se superponía al timbre exclamatorio, desplegando toda su técnica interpretativa y también dejando patente el gran trabajo realizado con él por su maestro y mentor Domingo Vigueras, quien le observó ya sentado, relajado y disfrutando de aquella excelsa actuación con tintes de alta comedia, pareciéndole escuchar palabras salidas de la prodigiosa pluma de Enrique Jardiel Poncela *-Es que el tráfico en Madrid es una pesadilla y mucho más para un médico que debe desplazarse con tanta asiduidad. Le ruego me perdone, señora, y ahora indíqueme dónde está ese sobrino suyo, quien por lo visto ha tenido una nueva crisis de ansiedad-*

-Y tanto doctor- continuó la primera actriz su magnífica actuación, borrando con apenas dos trazos cuanta negatividad había generado toda aquella mañana, dejando boquiabiertos a todos sus colegas imitando a Daniel en la improvisación *-Más si cabe cuando la marcha de esta obra ha sido errática y, ya se hará cargo, doctor, los críticos parecen haberla tomado con ella. No se puede hacer una idea de lo enrevesado de este mundillo de la farándula y lo complejo, en particular, de la escena. Por eso ya le digo que mi sobrino ha tenido una recaída seria-*

-Bien, señora, no se hable más- Daniel bordó el diálogo surgido de su imaginación, declamado en un alarde de los suyos como si de la vida misma se tratase *-Ahora, por favor, tenga la amabilidad de indicarme dónde puedo encontrarle ya que en el entresuelo he comprobado cómo no estaba-*

-Es que acaba de salir, tras atender unos minutos a Don Domingo, nuestro director- continuó el diálogo la primera actriz igualando, para dicha de éste, la pericia de Daniel en la simulación *-Así que podrá dar con él en su despacho, que está en la planta noble del edificio. Sólo tiene que salir por la parte trasera del escenario, el cual comunica con el inmueble anexo, y tomar el ascensor hasta el quinto piso. No tiene pérdida, doctor-*

-Muchísimas gracias. Enseguida estoy con él y no se apure porque tengo el remedio apropiado para estos momentos de ansiedad, tan propios de los empresarios hoy en día. La vida es un carrusel peligroso para ellos. Bien, señora, caballeros, disculpen la interrupción- respondió Daniel en su papel de doctor, dotando al personaje de maneras creíbles e, incluso, andares al uso que convencieron de tal manera a la caterva policial que, nada que objetar por su parte y tragado el señuelo, sin decir ni “mu” dieron media vuelta y abandonaron por fin la sala; aunque después de que el mismo Daniel hiciera lo propio, tal cual le había dicho la dama, y desaparecido de la escena.

-¡Bravo! ¡Bravo!- exclamó Domingo Viguerras levantándose de la butaca mientras aplaudía y los demás miembros del elenco le imitaban en homenaje a la primera actriz quien, azorada, bajó la cabeza.

-¡Señora mía!- exclamó de nuevo Viguerras, al subir los peldaños hasta alcanzar el nivel del escenario y acercarse donde estaba aquélla, aunque en esta ocasión con una sonrisa franca y gesto emocionado *-Le confieso no he asistido a una interpretación de tanto nivel desde que Jardiel nos dejó. No he sentido, desde entonces, tanta emoción al comprobar de qué manera este arte, este noble oficio de cómico tocaba con su papel el cielo de la perfección. Permítame felicitarle y, de paso, agradecerle el gesto que ha tenido, al igual que todos sus compañeros, con Daniel-*

-Gracias a usted, Don Domingo, por sus palabras- respondió emocionada la primera actriz, dejando que alguna lágrima se le escapara –No era cuestión de andar con dudas ¿Sabe? Y, como ya ha comprobado, entre la policía y un compañero, siempre optaré por éste último y más cuando se trata de Daniel. Alguien tan adorable, tan cariñoso, tan...-

CAPÍTULO II

Andrea Laborda tomó asiento en la mesa más alejada de la cafetería y apenas insistió para que el camarero se acercara a tomar nota de la consumición. Tanto fue así que le dio tiempo a leer un par de sentencias de sendos casos donde, como abogada, había ejercido la defensa. De cualquier forma, meterse de lleno en los farragosos textos jurídicos le habían resultado balsámicos con tal de apartar la mente de la desagradable escena que había tenido que soportar hacía escasos minutos; aunque se congratulaba, por otra parte, de que el mal trago se hubiera terminado de una vez.

Y es que en sus treinta y tantos años de existencia, en los muchos ya vividos como profesional del Derecho, no había tenido tarea más trágica que la de comunicar a unos padres el asesinato de su hija; todo ello acrecentado porque ésta resultaba ser una de sus mejores amigas desde la infancia.

Precisamente por este motivo, se había adelantado a los policías y ella misma, conociendo la rudeza de aquellos tipos para dar noticias de ese calado emocional, fue quien desbrozó -con la delicadeza de la que pudo echar mano- el hecho luctuoso que rompió el corazón de los progenitores, quienes habían quedado desolados como era lógico en estos casos.

Ana María, quien ya era historia, resultaba ser además su defendida y el divorcio con su marido, Daniel Hidalgo, había sido pactado de mutuo acuerdo y ella misma debía encargarse de la disolución del matrimonio, en base a un convenio propuesto por ella misma y aceptado por los dos cónyuges.

Esa misma mañana, tanto Daniel como ella aguardaron la llegada de Ana María a los juzgados y, superado el plazo prudencial con el magistrado dando por cerrada la sesión, Andrea de inmediato, y al no atender sus llamadas telefónicas, acudió al domicilio de su amiga y cliente donde se encontró la escena más terrible que pudiese imaginar, con la policía acordonando el edificio y, gracias al conserje, enterándose de que él mismo había descubierto el cadáver de aquella con claros signos de violencia. Nada más tener noticia de lo ocurrido, había sido inútil encontrar a Daniel, a quien fue a continuación a buscar al teatro donde le constaba -por sus propias palabras- había regresado para los ensayos, dado que los compañeros de éste no le dieron norte de su paradero.

-¿Qué va a tomar, señorita?- interrumpió el camarero con su pregunta la cadena de pensamientos y también cábalas en las que se había sumido, impotente para reaccionar y contestarle; quedando la joven abogada durante unos instantes en tierra de nadie, sin discernir entre la realidad y la maraña de un sueño del cual era incapaz de despertar.

-¡Perdone!- dijo al fin Andrea, tras centrarse en que su cuerpo estaba atado al mundo real *-Por favor, sírvame un café con leche corto de café y una aspirina si tiene a mano-*

-¿Se encuentra bien? ¿Puedo hacer algo...?- respondió el camarero, con una rápida sucesión de preguntas y la preocupación en sus facciones, incluso acercándose para observar más de cerca a la joven.

-No, muchas gracias. Sólo es un poco de migraña. Se me pasará pronto-

-Muy bien. Ahora mismo le sirvo ese café y cuente con la aspirina que, por lo que veo, le hace más falta-

-Gracias, es usted muy amable- dijo Andrea, añadiendo una leve sonrisa de gratitud, para luego meterse una vez más de lleno en las sentencias y su

parafernalia jurídica sólo apta para iniciados como ella misma; pareciendo ésta calmar su ánimo y atemperar sus nervios ante la cascada de acontecimientos sucedidos desde que ese día despuntó.

-No hay de qué, señorita- contestó el camarero, un hombre de mediana edad, de alopecia evidente, gomina en el escaso pelo que parecía cuidar como oro en paño, sin dejar de admirar la perfección del rostro de Andrea, su cabello castaño claro largo y brillante, vetado de reflejos rubios, y aquellos ojos a juego con aquél, los cuales le era imposible observar sin ruborizarse incluso a su edad.

-Y, por favor, una botella de agua mineral- añadió Andrea dándose cuenta de la mirada del camarero; no apreciando lascivia y sí admiración, por lo que le dedicó un gesto comprensivo que aquél tomó como punto final a su deleite pasajero, volviendo ella a su quehacer y perdiéndose entre palabras altisonantes, en su mayor parte vacías, que sólo tenían un significado para esa élite de leguleyos a la que pertenecía no sin cierto orgullo.

-Buenos días. Discúlpeme usted el atrevimiento, señorita- escuchó Andrea un par de minutos después esas palabras pronunciadas con evidente voz afectada, tal vez algo pasada de moda, aunque sin levantar la cabeza inmersa en la lectura de una batería de documentos legales *-¿Le importaría tomarse asiento a su lado?-*

-¡Claro que me importa y mucho, señor!- respondió muy cortante Andrea, ofreciendo su más severa expresión como mensaje claro, una vez levantó la cabeza y observó con detenimiento al sujeto descarado que pretendía no sabía qué, aunque tenía una vaga idea de sus pretensiones y más cuando no era la primera vez que algún baboso, prendado de su cuerpo, se le arrimaba con intenciones asquerosas a su entender.

-Pues disculpe entonces, señorita. No ha sido mi intención molestarle y, por cierto ¿Me dejaría decirle que es usted preciosa?-

-¡Pues no, mire usted, señor!- aún más seca y encolerizada se mostró Andrea, por otra parte considerando odioso aquel halago el cual le parecía de un profundo machismo que detestaba con todas sus fuerzas *-Ni le acepto las disculpas ni le permito decirme nada de lo que se le ocurra. Así que déjeme en paz y busque otro sitio donde sentarse porque aquí, desde luego que no. Y no insista, por favor, o tendré que pedir al camarero que...-*

-¡No, no, por favor, señorita!- con apuro interrumpió el individuo, notándosele cierto tembleque en la voz y sus manos haciendo lo propio cuando enfatizó la súplica *-Se lo ruego, no quería ofenderle. Ni mucho menos. Sólo es que pasaba y le he visto ahí, encerrada en sus pensamientos y, verás, no me he podido resistir a admirar su belleza. No sé si me explico-*

-Oiga ¡Ya está bien!- Andrea apartó los documentos con un gesto feo, se giró en su totalidad hacia el sujeto dejando ver la ira en su expresión esta vez *-¡No voy a tener más remedio que pedir ayuda y...!-*

-Tal vez pueda yo ayudarte, Andrea, y darle su merecido a este pesado- respondió el sujeto, esta vez modificando el tono hasta llevarlo a la naturalidad, en tanto desprendía un trozo de la barbilla postiza y haciendo idéntica maniobra, aunque sin tirar de su totalidad, con la ceja derecha y después un bigote tan poblado que le tapaba casi todo el contorno de los labios.

-¡Daniel!- exclamó Andrea y éste, sentándose a su lado sin más dilación, llevó los dedos a sus labios.

-Baja el tono, por favor- contestó Daniel colocándose de manera estratégica de espaldas a la barra, donde el camarero permanecía centrado en sus tareas de restauración.

-¡Por Dios Santo, Daniel!- no pudo Andrea aguantar esa fusión de ira, alegría, desconfianza, sorpresa, sospecha y alguna otra sensación más que ella misma no atinaba a poner en pie al identificarle tras el perfecto disfraz,

aunque no menos que la interpretación ofrecida propia de un actor de campanillas ante sus mismas narices, hasta el punto de tragarse el señuelo en su totalidad.

-Andrea, por favor, no levantes tanto la voz. Ya sé que estás confundida y también cómo tienes tus reservas respecto a mí. Pero te pido sólo te calmes unos instantes y luego poder darte una explicación de esta aparición tan teatral-

-No son sólo esas las explicaciones que estoy esperando- contestó Andrea y en esta ocasión atemperando su furia, dulcificando su expresión y llevándola a su estado natural cuando se encontraba con Daniel; a la sazón alguien a quien amaba como amigo y también, durante un tiempo, como algo más, habiéndole robado el corazón en unas etapas ya pasadas y amargas cuando recordaba cómo Ana María había logrado arrebatárselo, aunque en buena lid.

-Entiendo, Andrea. Es cierto que debo darlas pero, esta es la verdad, no las tengo-

-¿Pretendes decirme que...?-

-No pretendo nada, Andrea, sólo quiero entiendas que si tú estás confundida, yo lo estoy aún más y...-

-Aquí tiene su café, señorita, y no se me ha olvidado ni la aspirina, que espero le quite esa incomodidad de la migraña, ni el agua mineral que se la traigo natural- frenó la llegada del camarero el alegato de Daniel y Andrea se mostró lo más natural posible ante el camarero.

-¿Quiere tomar algo, señor?- preguntó el camarero a Daniel, nada más colocar la consumición en la mesa.

-Nada, gracias- contestó aquél deseando se marchase pronto, cosa que hizo

dejándoles de nuevo a ambos en la intimidad.

-Continúa, Daniel, y dame una buena razón para que pueda borrar las sospechas que me asaltan desde que llegué al piso de Ana María y supe cómo había sido asesinada-

-Andrea ¿De verdad puedes pensar que fui yo?-

-No me engañes, Daniel. Adivino por esa expresión que has estado allí-

-¿Cómo no? Nada más salir del teatro, después de que mis compañeros hicieran algo por lo que les estaré agradecido durante toda la eternidad, intuyendo por la actitud de los policías que algo muy grave había pasado, me dirigí con el sigilo que debía tener hasta el piso de Ana María. El revuelo en el edificio, así como la multitud de comentarios conocidos de manera anónima valiéndome de esta caracterización, la cual acabas de comprobar el poder que posee para velar mi yo verdadero, lograron que con gran dolor fuese consciente de que el presentimiento tenido se convertía en una triste realidad. No obstante, e incluso así, no podía creer que Ana María hubiese sido asesinada de manera brutal. Es que no me cabía en la cabeza, Andrea. Sin embargo, de labios del mismo conserje, a quien escuché sin que me identificase mimetizado entre los demás vecinos, escuché íntegro el relato como testigo de primera mano al encontrar su cadáver y, aguantando las lágrimas y también la desesperación, supe cómo era así. Más tarde, averiguando cómo la policía tenía constancia de mi autoría, decidí cobijarme en ti y en la seguridad de que no me creas capaz de tal cosa-

-¿Seguridad?- respondió Andrea con una pregunta, la cual Daniel recibió como un dardo directo a su corazón -No la tengo y menos cuando el mismo conserje refirió a la policía un episodio que tuvo lugar hace un par de días, cuando de manera clara escuchó una fuerte discusión, por no decir pelea, entre vosotros. Te vio llegar y luego marcharte de malas maneras dando un portazo serio ¿Entiendes?-

-¿Qué? ¡Claro que no fue una discusión, y mucho menos una pelea! Pero ¡Será cotilla ese conserje!- contestó Daniel escapándosele la ira contenida hasta ese momento y dando un puñetazo en la mesa, el cual no pasó inadvertido tanto para el camarero como para el cuarteto de clientes que permanecían en la barra.

-¿Está usted bien, señorita?- escucharon ambos al camarero preguntar.

-¡Sí, sí, no se preocupe!- contestó Andrea, mostrando la mejor sonrisa que pudo articular en sus labios.

-Perdóname- habló Daniel cabizbajo, respirando con dificultad y presa de algo muy parecido a un ataque de nervios contenido *-La tensión, acumulada durante todo este maldito día, ha tenido la culpa de la idiotez que acabo de hacer. No tengo palabras para disculparme-*

-Bien, con no repetirlo me conformo- dijo Andrea en tono conciliador – *Ahora, continúa con tus argumentos y a ver si eres capaz de convencerme-*

-Seguro estoy- respondió Daniel animándose él solo y modificando su tono por otro menos vehemente *-Verás, hace un par de días es cierto que fui a su piso. No quiero entrar en detalles, no es propio de un caballero alardear de, en fin, tú ya me entiendes-*

-Te entiendo- contestó Andrea imaginando la escena que, de manera tácita, Daniel intentaba sin palabras hacerle partícipe.

-No era lo común ¿Sabes? Porque Ana María, desde que me echó de su casa y de su vida, no había permitido me acercase a ella en el sentido que estás pensando-

-De acuerdo. Sigue-

-Pues, no obstante, hace varias semanas y con la proximidad del divorcio, comenzamos un acercamiento que nos llevó a vernos en diversas ocasiones. La cuestión es que rememoramos juntos tantos momentos felices compartidos que comenzamos un nuevo idilio sobre la base de mi arrepentimiento más sincero y también por el perdón que ella me concedió. Le hice ver el sufrimiento que me causaba haberle hecho tantas cosas y tan feas. Tú ya lo sabes bien y, bueno, ni que decir tiene cómo ella estaba al tanto de que tú y yo, en fin, durante estos meses tuvimos un romance y...-

-Ya, de acuerdo. Te perdonó- dijo cortante Andrea -Y no fue un romance lo nuestro, sino algo más carnal ¿O no?-

-Bueno, Andrea, yo no lo diría así. Creo que hubo algo más entre nosotros, aunque sabías que el vínculo con Ana María era algo especial-

-No hace falta que te justifiques, Daniel. Aquello ocurrió, pasó, fue bonito y nada más. Ahora, deja de andarte por las ramas y vamos a lo mollar. Esto es ¿Le has matado?-

-¡Claro que no! ¿Cómo puedes...?- volvió Daniel a perder los estribos y su voz hacerse notar hasta tal punto que hizo a los clientes, y también al camarero, volver las cabezas a la vez.

-De acuerdo, Daniel, pero no hace falta que lo grites a los cuatro vientos-

-Sí, tienes razón, Andrea, lo siento de nuevo. Esta presión me hace dejar de ser yo mismo. Tú me conoces...-

-Sí, sí, te conozco- le soltó Andrea la respuesta con cierto desdén y, en mayor medida, con una subrepticia carga de desconfianza que enervó aún más al joven actor.

-Créeme, te lo ruego, jamás haría algo así-

-Sigue con tu relato y ya veremos-

-De acuerdo. El caso es que ese mismo día, cuando tuvimos la certeza ambos del amor recobrado y que celebramos manteniendo de nuevo sexo tras mucho tiempo, acordamos que, en el propio acto de esta mañana, rechazaríamos de mutuo acuerdo romper el matrimonio y retomar la vida en común. Sin embargo, cuando faltaban cuarenta y ocho horas escasas para el acto protocolario, alguien y de manera anónima le hizo llegar a Ana María unas fotos comprometedoras donde, ya te imaginarás, aparecía yo con otra mujer ambos desnudos encima de una cama y no hace falta desvelarte en qué tipo de negocios. Aquello fue como una bomba para ella y no bastó le confesase era algo del pasado, diciéndole se trataba de un simple ligue con una compañera de trabajo, y ocurrido hacía un par de años en ese momento de mi anterior etapa en nuestro matrimonio. Aun así, imagínate el efecto fulminante que causó en ella quien parecía en ese momento un volcán en erupción. No me extraña que el nivel de voz de Ana María llegase hasta la portería, estando no demasiado lejos, y escuchara ese sujeto hasta los insultos que me lanzó; tal vez con razón por la ingratitud y deslealtad de la que abusé en ese período el cual prefiero obviar por completo, arrepentido del mal que le causé. Pero, de todas formas, piensa tú, Andrea, en la misma maldad de quien se hizo con esas fotos y se las mandó justo en el momento en el que ya habíamos decidido volver a estar juntos, dejando de lado los pecados mortales que cometí y de los que sólo el Cielo, en su infinita indulgencia, me podrá perdonar.

-¿No indagaste? ¿Y Ana María? Quiero decir para conocer quién estaba detrás de esa maniobra-

-¿Cómo iba a hacerlo? Según me relató, llegó un día y al entrar en casa se encontró el sobre encima del mueble del recibidor, así sin más-

-O sea, que quien fuese entró y...-

-Claro, por supuesto. De todas formas, Ana María, y al aparecer en el

recibidor, comenzó a darle vueltas al asunto por si al abrir la puerta a cualquier repartidor, o bien alguna tarea relacionada con los pedidos al supermercado habrían tenido que ver en el asunto, mediando un despiste suyo. Pero te digo que lo descartó y comenzó a pensar que el intruso habría estado en casa, o logrado entrar de alguna forma, para dejar allí ese sobre envenenado-

-Sin embargo, Daniel, tras aquel disgusto enorme parece ser que todo se recondujo-

-No te equivocas. El caso es que Ana María estaba tan ilusionada, y yo también te lo confieso, que salvamos juntos ese escollo y bien grande que era, puesto que las fotos teníamos claro las había hecho un profesional. Eran alto voltaje y tomadas en plena...en fin, no hace falta que siga-

-Sí, claro, por favor no sigas. Me imagino los juegos de manos que hacíais esa compañera, entre comillas, y tú-

-Ya lo creo. Bueno, el caso es que te aseguro cómo, incluso siendo la bronca enorme, la reconciliación vino después y nos unió aún más, teniendo constancia los dos de que había alguien moviendo los hilos para separarnos e impedir que volviésemos a ser marido y mujer-

-¿No se os ocurrió apretarle las tuercas a esa compañera, quien aparecía en las famosas fotos?-

-Imposible-

-¿Cómo? Daniel, hombre, bastaría con presentarse ante ella y pedirle explicaciones de por qué existían esas fotos íntimas-

-Andrea, tienes razón y no creas que Ana María me dijo algo parecido. Pero te respondo lo mismo que, en su día, le dije a ella y es que, Mariví, que así se

llamaba y se sigue llamando la chica en cuestión, se marchó el año pasado de gira por Iberoamérica, y ahí sigue. Según me dijo mi amigo Horacio, ayudante del director de la compañía, tuvo noticias de ella hace un mes y estrenaba obra en Buenos Aires. Y no te digo más-

-Bien, pero un sobre se puede enviar y...-

-Nada de eso, Andrea. Se trataba de un sobre común, sin franqueo y sin ni siquiera pegar-

-Bien, me rindo. Mejor pensar en otro tipo de persona que tuviese algún interés en separaros-

-Vete a saber. Por nuestra parte, y como Ana María había decidido que esas imágenes, al fin y al cabo agua pasada, no podrían romper nuestro nuevo proyecto de vida en común, me pidió que no siguiera haciendo averiguaciones y continuásemos nuestro camino, tal como ambos de mutuo acuerdo habíamos marcado-

-Todo eso que cuentas puede tener sentido, Daniel, pero aún hay más por lo que tendrás que responderme-

-¿Más? ¿Qué más? ¿Algún otro cotilla? ¿O tal vez es el mismo?-

-En este caso no, Daniel. Me duele decírtelo, pero he tenido la oportunidad hace un rato, antes de abandonar el edificio, de toparme con una de las vecinas, Doña Salud. No sé si sabes...-

-¡Con la iglesia hemos topado, Sancho! ¡La que faltaba! Pero, Andrea ¡Por Dios Bendito! ¿Cómo puedes dar crédito a esa, a esa...?-

-Señora, y tenle un respeto, Daniel. Ya sé que no tiene demasiada buena fama entre los inquilinos del edificio, pero es una señora muy piadosa, quien

se preocupa a diario por los más necesitados del barrio, que le falta tiempo para acudir a la iglesia con tal de ayudar a quien le haga falta de manera desinteresada y...-

-Y también, Andrea, una metomentodo como la copa de un pino. Todo el bien que hace con el párroco lo tira a manos llenas cuando se pone a chismorrear sobre la vida de los demás. Quiere abrir con sus obras las puertas del Cielo pero, en mi modesta opinión, tal vez sean las del mismo infierno si continua husmeando en casas ajenas. Ella misma debería no juzgar para no ser juzgada, y lo digo con conocimiento de causa puesto que todos cometemos errores y pecamos tarde o temprano ¿Sabes? Antes de tener esa imagen tan caritativa, de dárselas de familia de rancio abolengo, mucho antes de que presidiera las reuniones de las damas adineradas prestas para el auxilio al menesteroso, muchísimo antes de que vigilara la moral de las vecinas y que no faltara a las procesiones del Corpus cada primavera, ella misma ejercía de vicetiple en un teatro de la Gran Vía, y Domingo Viguera, mi director y mentor, aún recuerda cómo abandonaba la sala con un señor distinto cada cierre de función en la madrugada. El pasado nos persigue y a ella mucho más, luego toma nota de quién se trata y de sus maneras falsas de gran señora, puesto que todo su capital proviene de un empresario de la confección que la tuvo mantenida años y años hasta que, a su fallecimiento, le legó en su testamento, con el previsible disgusto de su familia, ese pellizco que había perseguido toda su vida. Y ya sabes cómo el lustre del dinero arranca la podredumbre del pasado y hace que los simples mortales pasen de humilde servilleta a manteles bordados-

-Pues debes tener razón en eso último porque es la viva estampa de las damas de alta alcurnia, con esos modales que marquesas Grandes de España ya quisieran-

-Muy noble no es, Andrea. Y, si no, recapacita en la forma de abordarte en plena calle y soltarte alguna mentira retorcida sobre Ana María y yo. No le caíamos demasiado bien ¿Sabes? En particular porque no éramos tan pacatos como ella, todo el día de la parroquia a casa y viceversa, cuando no por las tardes directa a la catequesis con tal de adoctrinar a los pequeños para la Primera Comunión ¡Menudos elementos difunden el mensaje de

Jesús! No existe nadie con tan malas entrañas, con tan malas intenciones, con menos bondad, con menos amor, con menos cariño por sus semejantes que esa, por decir algo, señora de pacotilla. Te puedo asegurar, y te lo demuestro por anticipado ante lo que me tengas que contar de sus maledicencias, que es tan cruel y despiadada como esos ruines fariseos que lograron llevar al Nazareno a la Cruz-

-Bueno, Daniel, no diría tanto. Si acaso, es cierto que a mí me enseñaron mis padres cómo era de muy mala educación hablar mal de una persona que no tenemos presente, en particular porque no puede defenderse. Esa regla la aprendí y aún conservo el momento de escucharla. No obstante, en esta oportunidad y aunque la señora en cuestión hizo lo propio, debo juzgarla con benevolencia puesto que había ocurrido un suceso trágico como es la muerte de Ana María y, por tanto, alguien muy cercano a ella y sólo me transmitió su criterio, su sospecha y, en fin, tengo que comentártelo, también un detalle que a ella le pareció muy sospechoso que confió a la policía y, de paso, también a mí-

-¡Vaya! ¡No me lo puedo creer! ¡Hasta eso! ¿Ves? Vengativa, rastrera, lo tiene todo salvo cristiana. El Evangelio es algo que ella debe creer resulta algo así como el vademécum de algún médico, porque vive haciendo todo lo contrario de lo que nos dice como camino de perfección. No le creas una coma, Andrea, no dejes que influya en ti esa mala pécora, esa arpía, esa bruja de lengua viperina que sólo destila veneno-

-Sólo es una sospecha, como cualquier vecino que observó algún comportamiento o hecho que apuntaba a tu autoría. Como ejemplo, el mismo conserje-

-¡Acabáramos! ¡Ese soso idiota! ¡Pelota! ¡Reptil! Todo el día sesteando en la portería, echando el ojo, poniendo el oído salvo cuando se empapa la crónica del Real Madrid en el MARCA. No conozco alguien que serpentea más que ese sujeto salvo las mismas víboras cornudas, quienes tienen más sentimientos que él, siempre presto a lamer las suelas de los inquilinos ilustres y tratar con la peor educación y desprecio a los que se sitúan por

debajo de aquéllos. Ya te digo, Andrea, un patán deslenguado-

-Bien, es tu opinión y respetable, Daniel. Sin embargo, yo le veo muy atento y servicial. Al menos, esa es la impresión que siempre me ha dado-

-Sí, bueno, Andrea, no discutamos por eso. Pero, por favor, cuéntame de una vez lo que te ha dicho tanto a ti como a la policía esa, esa...en fin me voy a reservar el calificativo porque, hasta a mí, me parece de mal gusto-

-De acuerdo. La verdad yo misma le di poca credibilidad y me pareció algo burdo que aportar a la investigación. No obstante, tengo que reconocer cómo en manos de la policía es un argumento de peso para echarle encima el muerto, y perdona por la expresión tan ruda, pero es que viene pintiparada para la ocasión-

-A ver qué puñetas ha inventado esa, esa...-

-Señora, Daniel, es una señora. Respétale que tiene ya una edad-

-Que se gane el respeto ella respetando la privacidad de los demás. Por lo que me consta, no se merece más que desprecio. Y bien, venga y suéltame la milonga que se ha inventado para hundirme como ha sido siempre su deseo, porque no creas es la primera vez que lo intenta, ya que en el pasado ha ido por ahí poniendo dudas sobre Ana María y sobre mí. Es un espécimen de ser primario con instintos del mismo tenor, con una abultada cuenta corriente sin merecérselo ganada a base de, de, en fin, mejor me callo-

-Sí, Daniel, es lo mejor porque veo que te saca de tus casillas la tal señora. El caso es que comentó, repito que no sólo a mí sino a cuantos querían escucharle como no podía ser menos, y de manera muy especial deseando encontrar indicios inculpatorios contra ti, a los dos inspectores de la policía que estaban, como se dice, a pie de obra y cuyas orejas se pusieron tiesas nada más tomar nota de su testimonio. Y éste consistía en que, según ella, aparte de remedar la bronca que tuvisteis, hasta repitiendo algunas de las

frases que recordaba con exactitud según ella, hace un par de días se cruzó con Ana María y le vio un moretón en el ojo y, para mayor argumento acusatorio contra ti, unos cuantos arañazos por los brazos y algunos bien profundos. Así que no sé qué tendrás que contestar frente a esto que, en manos de la Ley, te daría poco margen de defensa por cuanto hay una testigo de primer nivel y más cuando sumamos al propio conserje apoyando su tesis de tu autoría-

-¿Moretón? ¿Arañazos? Pero, bueno, esto ya sobrepasa los límites de la maldad para convertirse en simple persecución. Vamos a ver, Andrea, el moretón se lo hizo en el baño y fue causa de un simple resbalón, con la mala suerte de golpearse de mala manera contra el saliente de uno de los apliques para colgar toallas. Supongo que habrás tenido algún que otro accidente similar a la salida de la bañera y como todo el mundo-

-Bien, sí, tengo que reconocer cómo no sólo una vez sino varias. El baño es un sitio de lo más peligroso. Sin embargo, no dejes de reconocer que juega en tu contra ese moretón si lo combinamos en el tiempo con la bronca y, para más sospecha al respecto, con los arañazos que hablan de algo más que una discusión de enamorados-

-Nada de eso, Andrea, créeme. Vamos a ver cómo te lo explico para que lo entiendas y te des cuenta de que hay una conspiración de esos miserables contra mí. Sabes que, desde el momento que Andrea literalmente me tiró hasta los calzoncillos por el balcón, con el consiguiente escándalo, resido en un edificio de apartamentos en el Paseo de La Habana. Y en éstos, la propietaria tiene terminantemente prohibido, y con constancia en el documento contractual, que los inquilinos tengan en los apartamentos cualquier tipo de mascota. Esto es, nada de perros, gatos, loros, tortugas, conejos, o cualquier tipo de fauna conocida o no. Por lo tanto, y sabiendo tú que tengo un gato y que no podía llevármelo, Ana María tuvo el detalle de permitirme lo dejara con ella, incluso cuando también conoces cómo odiaba a esos bichos peludos. Tanto es así que el gato, que como todos los de su especie, es más listo que el hambre, percibía esa animadversión de ella y se comportaba de manera contraria a como lo hacía conmigo. O sea, que se ponía de un agresivo que hasta daba miedo. Por lo tanto, y llegado el celo y

olisqueando alguna gata en la vecindad, en uno de esos momentos en los que Ana María quería reconducir su comportamiento, pues le lanzó un par de gañafones como era su costumbre, con la mala suerte también de que atinó a herirle en los brazos. Ya me lo había comentado y acordamos que, una vez vuelto yo al redil del piso y viviendo juntos, lo primero que haríamos sería castrar al animal dado que comenzaba a ser un problema-

-¿Eso es todo?-

-Por supuesto ¿Qué más va a haber? Sólo especulaciones calenturientas de patio de vecinos. Cualquiera diría que es gente del Barrio de Salamanca-

-La verdad, Daniel, no es gran cosa. Incluso un poco vulgar eso del gato y el celo y que debíais castrarlo...-

-No es el primer gato al que hay que cortarle...-

-Ya, sí, pero mezclado con un asesinato suena fatal ¿Sabes? Y, por lo tanto, te creo a medias-

-¿A medias?-

-Sí, porque tiene sentido lo que has dicho a medias, y también las confianzas tanto de la señora vicetiple, como dices, y el conserje bocazas, también lo tienen de igual forma. Así que tales para cuales-

-No me esperaba que fueses así de equidistante. Creo que tú y yo hemos tenido...-

-¿Sexo?-

-Sí, sexo. Y, en fin, no creo que me vayas a acusar por eso-

-No, claro que no. Además llevabas varios meses de separación, digamos, oficial de Ana María y ni tú ni yo debemos tener remordimientos por aquello. Ocurrió y nada más. Aunque también se acabó. Pero, en fin, lo que te iba a decir es que tengo todavía una duda razonable de que fueses tú su asesino, Daniel. Y no encuentro el motivo-

-¿Qué motivo? ¿Dinero? Nada de nada-

-¿Cómo?- saltó Andrea como un resorte, añadiendo una expresión de sorpresa que Daniel no entendió.

-¡Que la del dinero era ella, mujer! Sabes que sólo soy un actor novato, no he llegado aún a la meta y me queda trabajo por hacer con tal de que me den papeles de protagonista en las obras. Lo he intentado en el cine pero es una secta donde, si no perteneces a ella, pues vas listo y no tengo ni edad ni condición para afiliarme a ningún partido de izquierdas que me abra las puertas. La televisión un calco, sólo aparecen quienes ellos, quiero decir los que mueven los hilos, eligen. A los demás, que nos den por donde ya sabes. Resumiendo, que lo que gano es digno pero no para residir en ese piso de doscientos cincuenta metros cuadrados del Barrio de Salamanca, y sólo la cuenta corriente de Ana María permitía el nivel de vida que llevábamos-

-Pues eso te decía, hombre. Si ella era la de los dineros, pues esos mismos ahora te pertenecen-

-¿Qué? Pero si estábamos...-

-¿Separados? No, Daniel, nada de eso. Digamos que se interrumpió la convivencia, pero casados estabais hasta las trancas y legalmente te corresponde por herencia el capital, pisos, fincas y demás bienes que Ana María poseía. Y te adelanto que sus padres no podrán hacer nada, puesto que la Ley es clara. Todo es tuyo y más cuando me consta que ella, dada su juventud y su carácter dadivoso, no movió un papel para suprimirte como

heredero. No te digo más, ni menos. Por lo tanto, es un argumento de peso que te hunde en el lodazal de la sospecha y esta información, que la policía aún desconoce, nada más corra como la pólvora por las redacciones de los periódicos, radios y televisiones, será tu sentencia definitiva-

-¡Vaya noticia que me das y en qué momento, Andrea! Te juro que jamás he pensado en algo así. Ni siquiera conocía esas argucias legales, ni nada de eso que me desvelas. Estaba de más para mí. Me conoces y sabes que soy una persona austera. No necesito mucho para vivir y nunca he ambicionado más que cierto confort y...-

-Y alguna que otra fémica para pasar el rato-

-No seas cruel, Andrea. En cuanto a ti, ya sabes que lo nuestro no sólo fue sexo-

-Pues a mí me lo pareció. En especial aquella tarde, cuando cogiste el teléfono y me mandaste a tomar por el mismo sitio que antes decías tú ¿Sabes? En fin, para qué vamos a hablar de ese tema que está visto nunca llegaremos a un acuerdo. Fue sexo y nada más. Dejémoslo así. Lo pasamos bien y ya está-

-Sabes bien que no, Andrea. Nos gustábamos desde que empezamos en la compañía de teatro en la universidad ¿Recuerdas?-

-Sí, claro. También recuerdo que, cuando llevábamos saliendo tres meses, te encontré besándote con Ana María en las bambalinas del teatro de la Facultad. Una tos, de esas que te dejan sin respiración, tuvo la culpa de que abandonara la obra y os pillara al salir del escenario-

-Es cierto. Y lo siento. Te lo he dicho muchas veces y te repito que te quise y...-

-No lo niego, pero también me consta cómo querías más a Ana María. No puedo luchar contra eso. Es un muro infranqueable y es inútil intentar saltarlo. Preferí rodearlo, seguir mi camino y hasta hoy-

-Pero te sigo queriendo-

-¡Daniel, eres, eres...! Me sigues queriendo para una, dos, tal vez tres noches en las que desahogarte ¡Punto!-

-No seas cruel. Sabes que no es así. Volví con Ana María porque me di cuenta que no podía estar sin ella. Entiéndelo y compréndeme. Pero eso no quita que mi cariño por ti haya desaparecido. A mi manera, te quiero aún-

-Mejor dejemos el tema, Daniel y afronta la realidad-

-¿Realidad? Noto un tono enigmático en esa palabra que has utilizado a propósito y me huelo tienes ahí, guardada en esa cabecita, alguna otra vuelta de tuerca de mi condena-

-Daniel, que me muestre ante ti de esa forma y utilice, como dices, ese tono que te llama la atención está cimentado en algo que llegó a mis oídos y que, te lo digo de verdad, supera cuanto conozco de tu forma de ser y que habla tal vez de un problema psicológico y...-

-¿Qué dices? ¿Quién es ahora quien me acusa? ¿Qué nueva afrenta he cometido? ¿Hundí el Titanic? ¿Perdí la guerra de Cuba?-

-No exageres, ni salgas por los Cerros de Úbeda, Daniel. Bien sabes lo que yo sé y tú no quieres reconocerlo. Algo así pone los pelos como escarpías al escucharlo y, soy sincera contigo, fue lo que me ocurrió cuando Ana María me lo confió-

-Pero, Andrea ¿Qué me quieres decir? Estoy harto de...-

-Yo estoy harto de ti y tus vicios, Daniel. No sé cómo Ana María te permitió volver a casa. No acierto a encontrar el motivo por el que dejó que regresaras a su vida para hacerle sufrir de esa manera tan cruel, teniendo un comportamiento tan descarado, tan abyecto, tan inhumano si me apuras...-

-Andrea ¡Por Dios! ¿Qué he hecho ahora?-

-Con lágrimas en los ojos Ana María me confió cómo le había llegado una confidencia, sin decirme el confidente, de que habías vuelto a las andadas. Y te digo, Daniel, aunque intentes convencerme con tus argumentos falsarios, fue el motivo de esa bronca monumental que tuvisteis-

-¿Andadas?-

-¡Vamos, vamos, Daniel! No te servirá esta vez esa pose de redimido, de arrepentido de sus pecados, cuando sé positivamente cómo volviste a engañarle-

-¿Yo? ¿Con quién?-

-Sabes bien con quién y en esta oportunidad has superado con creces todas tus correrías y burlas por doquier. Don Juan Tenorio a tu lado es apenas un aprendiz y su frialdad es una ínfima parte de la tuya cometiendo tropelías. No sé, Daniel, cómo no se te cae la cara de vergüenza de haber seducido a la tía de tu empresario, la primera actriz de tu compañía y...-

-¿Qué dices? No es así. No he hecho tal cosa, Andrea, créeme ¡Es una calumnia!-

-¿Calumnia? No fue eso lo que Ana María me confió destrozada-

-Verás, Andrea, yo no tengo culpa de que muchas mujeres se sientan atraídas

por mí. Y esa señora, por la que siento un gran aprecio, no es una excepción a pesar de que tenga veinte años más que yo. Quiero decir que por mi parte me limité a agradecerle el amor que sentía por mí pero nada más ¡No hubo más!-

-¿No hubo más? Pues Ana María recibió más fotografías donde se os veía a los dos saliendo de tu apartamento-

-Bien, sí, pero sólo porque fuimos a comer juntos todos los de la compañía y al final terminamos justo al lado de mi piso. Ella se encontró mareada y subimos un momento para que descansara y tomase una infusión ¿Crees que ella y yo...?-

-No lo creo, Daniel, sino que lo aseguro ¡Eres un...!-

-No sigas, Andrea, porque no me merezco eso que ibas a decir y que adivino por tu expresión airada-

-Airada y con razón, Daniel. Aparte de todo lo que te he dicho, eres un mentiroso compulsivo. No conozco nadie tan falso como tú-

-¿Tienes más? ¿Qué he hecho ahora?-

-¿Te parece poco lo que vi en las fotos que Ana María recibió?-

-¿Más fotos?-

-¡Son vomitivas, Daniel! ¿Cómo pudiste hacerlo?-

-¿El qué?-

-No niegues porque las he visto. Ana María me las enseñó y se ve claramente

cómo te morreabas de manera morbosa con la tal primera actriz en el portal de tu apartamento-

-¡Esto es una pesadilla! ¿Quién anda por ahí tras de mí?-

-No te quejes sin razón y confiesa la verdad. Soy tu abogada y, todavía, amiga. Cuando estés delante de los inspectores y con esas fotos de por medio, las piernas te temblarán y caerás al suelo sin fuerzas de lo que te espera-

-Está bien ¡Sí, Sí! ¡Nos besamos!-

-¿Besamos? Dirás magreamos porque las fotos lo prueban así con claridad-

-De acuerdo, pero sólo fue porque ella se me abalanzó. No fui yo quien tomó la iniciativa. Fue ella quien, cuando ya salíamos del ascensor, me besó y abrazó. Yo, pues...-

-Pues seguiste con la fiesta-

-No, Andrea, no sé qué fotos has visto pero sólo fueron un par, o tres, o...-

-O cuatro achuchones ¿No? ¡Qué asco! Cuando podría ser tu madre y...-

-¡Fue ella! ¡Se echó encima de mí! ¡No tuve opción!-

-Ya, sí, la opción de abrazarle y manosearla tal cual se ve en las fotos quitándole el sujetador y...bueno, mejor no sigo-

-¡Créeme, ella fue quien me cogió los brazos y me hizo rodearle, para después, o sea...!-

-Ya, sí, no hace falta que sigas porque pude ver toda la colección de fotos que daban fe de tu comportamiento, propio de un maníaco sexual metiendo mano a una señora a la salida de un ascensor-

-¡Voy a perder el juicio! ¡Ni por asomo he hecho eso! ¡Te digo que no fui yo!-

-Eso a ver cómo se lo explicas a la policía, porque mi consejo es que te entregues lo antes posible y afrontes el castigo que te mereces-

-¿Entregarme? Nada de eso, Andrea, y mucho menos ahora que sé todos esos detalles que conocen mis perseguidores. Tendrán que echarme el lazo, porque no pienso dejar que me carguen con un asesinato que no he cometido-

-Daniel, de verdad, sabía que eras un actor fenomenal, tal vez dentro de unos pocos años el mejor, pero no tan extraordinario-

-¿Sigues sin creer en mí?-

-Claro que no, Daniel. No he visto un caso tan resuelto desde el minuto uno y un sospechoso tan evidente. Así que insisto en que te entregues a esos dos inspectores y confíes. Por mi parte, conozco a un buen colega penalista quien, seguro, conseguirá encontrar algún resquicio legal para rebajarte la condena, algo así como locura transitoria, que estabas drogado o alcoholizado, y te suelten antes de esos treinta años que, si no lo remedia, te quedarán a la sombra-

-En primer lugar, no voy a hacer tal cosa. En segundo, Andrea, no quiero que me ayudes con penalista alguno y sí creyéndome ¿No vas a concederme el beneficio de la duda?-

-¿Debería hacerlo? He confiado en ti demasiadas veces y, vaya por Dios,

siempre me has fallado. El engaño ha sido tu credencial todos estos años, en especial los últimos meses en los que, como dices, te largaste con un “adiós” seco y tan frío como tu conciencia-

-Eso es otro cantar, Andrea. He intentado explicarte el motivo y...-

-Todos son los mismos cantares, Daniel. Suenan a idéntica música de violines que terminan con un aporreamiento grosero de los timbales. Y ahora quieres primero que te crea y, además, que te ría la gracia de burlar también a la justicia-

-¡Ayúdame, te lo ruego!-

-Soy abogada y sabes que no debo...-

-No me saques ahora temas legales y céntrate en que soy yo ¿Recuerdas? ¿Vas a dejarme al pie de los caballos? Imagina por un momento que estás entregando a un inocente ¿Podrías soportar el remordimiento?-

-Está bien, Daniel, deja de interpretar-

-Soy sincero, más sincero que nunca y también cuando te digo que te sigo queriendo-

-No estás pisando las tablas, Daniel, así que deja de interpretar ese papel que bordas siempre. Es la vida real y sólo intentas convencerme de tu inocencia apelando a un sentimiento que dudo tengas ahí dentro, donde en vez de corazón debes tener un témpano-

-¡Andrea, ayúdame!-

-¡De acuerdo! ¡Sí, lo haré! Pero, por favor, no pongas esa expresión de

corderito degollado. Si te digo la verdad, estaba mejor la anterior de amante no correspondido, que se te da mejor. Voy a hacer una excepción y he decidido darte un margen de confianza, para que pienses de qué forma salir de este embrollo. Creo que lo mejor en este momento es que pongas tierra de por medio-

-Sabía que te tendría en este momento tan difícil-

-No me tienes, Daniel. Sólo que no puedo borrar que somos amigos desde adolescentes, ni tampoco a mi pesar el tiempo que hemos estado juntos. Por esto, sólo por esto y que lo tengas bien claro, doy el paso que puede traerme consecuencias muy graves en mi carrera profesional-

-Sólo necesito un poco de tiempo para demostrar mi absoluta inocencia, Andrea-

-Conforme. Me tendrás informada de cada paso que des-

-Descuida, y te aseguro que pronto tendrás noticias mías-

-No cantes victoria porque, si esto voy a hacerlo por ti, debes saber que, por el contrario y porque se lo debo a Ana María, contrataré los servicios de un investigador privado para que me ayude a tener la certeza de lo que ha pasado. Si éste ratifica lo que a simple vista parece, no habrá agujero, Daniel, donde puedas esconderte porque haré que la policía te saque como a una rata y te de tu merecido-

-No llegará la sangre al río, Andrea, y muy pronto estaré a tu lado con todo esclarecido-

-Reza porque así sea-

-Recemos juntos- dijo finalmente Daniel, en tanto tomó la mano de Andrea, la

acarició, luego se acercó a ella y ésta, sin tiempo para retroceder, dejó que le besara los labios de manera tierna para, sin oposición, permitirle una segunda vez la cual se hizo eterna; mientras en su interior la joven abogada luchaba contra el impulso de apartarle y, también, el deseo de abrazarle con todas sus fuerzas, en tanto las imágenes en su mente se sucedían en un carrusel recordando dulces momentos juntos en esos amaneceres en la intimidad del lecho, cuerpos fundidos, jadeos sincronizados, placeres compartidos, saboreando el instante del éxtasis.

-Por cierto, cariño- le dijo Daniel despegando sus labios de manera repentina
-Con cincuenta mil pesetas me bastará-

CAPÍTULO III

Matías Chinarro, un individuo vestido de riguroso color negro -lo que incluía desde la corbata hasta los calcetines- haciendo juego con su cabello y bigote exento de insidiosas canas que pudiesen restarle intensidad al tono, rozaba el metro ochenta centímetros y, aunque sobrepasada la cincuentena, se mantenía en un peso que le restaba años. De todas formas, no era por mérito propio ni tampoco resultado de su afán deportivo, sino más bien por una generosa úlcera estomacal la cual le había acompañado desde los treinta.

Justamente ese día, y también a esa hora, la susodicha afección gástrica hacía de las suyas y le confería, aparte de un rictus agrio, un humor de perros que pagaba con cualquiera que tuviese cerca. Lo cual conocían los dos agentes auxiliares, quienes le acompañaban de manera asidua a la desagradable tarea de embargar a diestro y siniestro.

Matías, como funcionario judicial, le venía como anillo al dedo esa misma ocupación, teniendo en cuenta cómo casaba la forma con el fondo; de tal manera que tenía la propia estampa de quien tiene ese deshonroso trabajo de arrebatar los bienes, supuestamente, tanto por el bien común como por la salvaguarda inexpugnable de la propiedad privada.

Con una punzada que le traspasó todo el estómago, rebotó en sus paredes y subió por el esófago hasta la misma garganta, para luego tomar el camino de vuelta y reverberar por toda la cavidad intestinal, Matías accedió escoltado por sus agentes al edificio en cuestión donde esa mañana tenía faena y de las buenas.

-Buenos días- dijo Matías, de manera respetuosa pero seca como su propio carácter y añadiendo un gesto de asco, conferido por la recurrente úlcera en sus adentros pidiendo protagonismo a tan temprana hora.

-Buenos días, señores- respondió el portero del edificio, el cual había tenido mejores días a tenor del estado deplorable que presentaba, donde parecía que aquella estancia primera y acceso a los pisos fuese a derrumbarse de un momento a otro, lo cual no era nada comparado con lo hediondo del ambiente que daba idea de la poca higiene que sus acometidas tenían -necesitando algún desatasco urgente- inundando de aroma a materia fecal cada rincón de aquel sitio que a Matías le pareció inmundo.

-Por favor ¿Podría indicarnos si está en su domicilio el señor Sebastián Santiago?- preguntó Matías con ese aire de enterrador tan característico suyo, el cual a muchos le ponía los pelos de punta, cuando no cruzaban los dedos en cuanto les dirigía la palabra o reaccionaban tal si un gato negro se les cruzase por delante pegando un serio respingo.

-¿El detective privado?- respondió el portero, quien dejó de empaparse la crónica deportiva del “AS”, cuestionando ese detalle sobre la ocupación del interfecto mencionado.

-Pues, señor, desconozco la profesión del referido Santiago- contestó Matías apretando la boca del estómago, tras una nueva sacudida recibida *-En concreto, sólo tengo constancia escrita de esta dirección y como piso el segundo, letra “E” de España ¿Es correcto?-*

-Pues sí, así es. Y además está ahí. Esta mañana aún no ha salido. Tiene ahí su despacho y también su domicilio. No sé si me entienden- deslizó el portero con un punto de cotilla que, sin embargo, no obtuvo interés ni de Matías ni mucho menos de los dos agentes, quienes se limitaban a dar escolta a aquél y se mantenían con los labios sellados durante todo el rato.

-Entiendo está en su domicilio y me basta, señor. Muchas gracias- contestó muy serio Matías, centrándose en su labor y con una mirada severa dio la orden a los agentes para que le siguieran hacia el ascensor. Una vez dentro, él mismo pulsó el número de la planta y, al salir, se orientó hacia dónde ir por el pasillo gracias a un panel indicador que les advirtió cómo estaba hacia el lado izquierdo, llegando en apenas unas zancadas a su destino.

-¿Qué es eso?- preguntó uno de los agentes, un tipo bajito, con un ridículo bigote encima del labio superior, a modo de hormigas en fila india y aliento que evidenciaba el copazo de coñac echado al colete tras el café acompañado de la tostada de aceite ajado.

-¿Qué dices?- preguntó Chinarro confundido.

-¿No lo oye?- insistió el agente.

-¡Espera, espera, hombre!- habló el otro compañero, más alto, grueso y aspecto de cenar un cocido con todos sus avíos y, para rematar, de postre alguna olla de arroz con leche con mucha canela bien espolvoreada.

-¡Ahora sí!- exclamó Chinarro.

-¡Coño! ¡Alto y claro!- se unió el de oronda estampa, cuya tripa parecía fuese a estallar en pedazos de un momento a otro y que se movía de arriba hacia abajo conforme hablaba.

-¡Virgen del Amor Hermoso!- Chinarro se llevó la mano derecha a la frente - *¡No he escuchado roncar a nadie así jamás!-*

-Si se me hace que hasta tiembla la puerta- añadió el guardia primero, dejando que flotara en el ambiente ese inconfundible olor de su boca.

-Bueno, habrá que despertar a este sujeto- dijo Matías.

-Según ronca, hará falta algo más que un simple timbrazo- apuntó, gesticulando sobre la puerta, el guardia entrado en carnes.

-Lo mejor, señores, es optar por los buenos modales y más cuando tenemos entre manos una tarea tan poco reconocida, por no decir detestada- Matías quiso imponer su criterio *-Así que comencemos por lo más básico que es pulsar este timbre el cual, por cierto, tiene tanta mugre que prefiero hacerlo con el bolígrafo y cuidándome de nunca metérmelo por descuido en la boca-*

-No diga esas cosas, señor Chinarro, que me dan arcadas de pensarlo ¡Hay que ver qué de mierda tiene! Y no sólo el timbre sino el mismo tabique. Debe ser un guarro de cuidado este tipo-

-Ya lo creo. En fin, vamos allá- comentó Chinarro, llevando a cabo la maniobra descrita y luego frotando el capuchón del bolígrafo “Bic” contra la parte lateral de su pantalón y colocándolo luego, tras tomarlo por la parte central, en el bolsillo de su chaqueta.

-Ya dije que haría falta algo más ¡Tal vez una bocina!- habló, tras un largo minuto de espera, el guardia con acusada halitosis.

-Señor Chinarro, creo que en esta ocasión los modales hay que apartarlos y utilizar la fuerza bruta- el más grueso apuntó aquello haciendo intención de pegar un buen porrazo a la puerta.

-No me gusta, ya lo sabes. Pero, en fin, en vista de que este sujeto no para de roncar y no se da por aludido, autorizo a que vosotros la utilicéis-

-Pepe, ya has oído al señor Chinarro- dijo el agente forzado a su compañero, mientras se remangaba la camisa.

-Manolo, no se hable más- respondió el otro y al unísono comenzaron a dar

tales golpes en la puerta, con ambas manos y sumando también algunos puntapiés, que un par de vecinos abrieron sus puertas para observar la escena y, de paso, conocer de primera mano qué ocurría-

-¡Oigan!- dijo uno de aquéllos, un anciano con voz atiplada, quien asomó la cabeza desde su piso *-Mejor busquen un cañón y disparen media docena de salvas. A ese no le despierta ni un bombardeo-*

-¿Podrían dejar de hacer tanto ruido?- les llamó la atención otra anciana quien, aún con el camisón y una toquilla por encima, les habló desde otra puerta *-Y no insistan más, porque hasta las dos o las tres algunos días ese no sale de ahí-*

-Disculpe señora- se dirigió Chinarro de manera respetuosa a la anciana quien, ni incluso así, modificó un ápice su gesto colérico *-Es cuestión de unos minutos. Necesitamos entrar en el domicilio de este vecino para notificarle. Enseguida terminamos y nos marchamos-*

-Pues, a ver si es verdad, porque me tienen de los nervios con tanto porrazo y con tanta patada-

-Somos la autoridad, señora, no tema-

-No, si yo no temo. Más bien ustedes deben hacerlo porque mi vecino en cuanto despierte y escuche lo que le hacen a su puerta, verán lo que pasa. Están advertidos, ya que tiene un genio de mil demonios y más cuando no le dejan dormir hasta tarde-

-Para eso están conmigo estos agentes, buena mujer. Ellos se encargarán de reducirle- Chinarro aclaró, convencido de lo que decía.

-¿Reducirle? El último que dijo algo parecido, no hace mucho, terminó escaleras abajo con un buen chichón y la nariz partida por la mitad. Así que

ustedes verán-

-¿Cómo? ¡No me diga, señora!- tragó saliva Chinarro, quien temía a esos tipos duros, tal como le había descrito la anciana, prefiriendo dar un paso atrás de donde permanecían los dos agentes aporreando con más fuerza aún la puerta.

-Bueno, señores, tampoco hay que dar tan seguido ¿No les parece? Tal vez, algo menos y más espaciado- añadió Chinarro estirándose el cuello de la camisa y luego pasándose el dorso de la mano derecha por la frente, la cual y nada más escuchar aquel comentario de la vecina se había perlado de repente.

-Este fulano está como un tronco, señor Chinarro...- dijo el agente de carrillos inflados sin dejar de dar puntapiés a la puerta, así como golpearla con gran fuerza con las manos, pero interrumpido porque aquélla, sin que se percatara ni él ni tampoco su compañero, fue abierta de improviso y, con el impulso del golpeo, fueron a dar de bruces dentro del piso del sujeto a quien esos mismos porrazos habían por fin sacado del profundo sueño.

La anciana desde su puerta, saliéndose incluso para ver la escena más de cerca con media sonrisa en el rostro, le guiñó un ojo al otro vecino y ambos no pudieron aguantar la carcajada cuando el inquilino despertado expulsó de su piso a los agentes, a base de sendos rechazos directos a la mandíbula de cada uno, tras levantarles del suelo como si fuesen plumas; quedando ambos noqueados y tirados sobre el pasillo, contemplando como las estrellitas daban vueltas sobre sus mismas cabezas.

Tras esta fulminante acción, Chinarro aterrado -pies clavados al suelo y papeles desprendidos de sus manos temblorosas- apenas pudo balbucear una palabra en cuanto vio cómo aquel individuo, quien superaba de largo los dos metros, abandonaba la penumbra del interior de su piso tal cual un “Mihura” en tarde grande de la Plaza de las Ventas y en dos zancadas, que hicieron temblara el suelo, se le puso a dos centímetros de su nariz-

-Pe..pe..perdone, señor, señor...-

*-¡Santiago, Sebastián Santiago y ahora dígame qué se le ofrece, mequetrefe!-
dijo aquel gigante de mediana edad pero de fuerza hercúlea, quien agarró a
Chinarro por las solapas de la chaqueta y le levantó del suelo hasta ponerle a
su altura como si fuese un muñeco de trapo.*

*-Pu..pu..pues mi más sinceras disculpas, señor Santiago, por haber llamado
con esa, digamos, insistencia a la puerta y...-*

*-Déjese de disculpas, amigo, y suelte qué quiere o terminará como esos dos
idiotas-*

*-Ve..ve..verá, señor Santiago, es mi deber entregarle la providencia
de..de..de embargo quiero decir, porque resulta que ha sobrepasado el límite
de pago de, en fin, veníamos a ejecutar la orden del juez y, usted se hará
cargo y...-*

-¿Quiere decir que viene a echarme de mi piso?-

*-Bueno, pues, quiero decir, o sea, sí, sí, eso es. Pero, le digo que en virtud de
mis atribuciones y en atención a su, digamos, buena disposición para hacer
frente a la deuda que adivino, le concederé un plazo prudencial de una
semana para que haga frente a ésta y así todo quedará en un simple papeleo
¿Qué le parece?-*

*-Me parece que usted va a coger su papeleo y luego va a desaparecer de mi
vista. No sé si me explico bien-*

*-¡Claro, si, ya lo creo, desaparecer, puff, me esfumaré! No se preocupe,
señor Santiago. Y espero no tener que regresar y...-*

-Si regresa usted, sepa que no le garantizo salga vivo, amigo. Suele haber

por aquí accidentes a diario. El edificio se está cayendo poco a poco. Ya sabe: resbalones, caídas por escaleras y hasta techos que se desploman sobre uno-

-Entiendo, si, o sea, accidentes, de acuerdo. Tomo nota y no se preocupe porque confío plenamente en su voluntad de liquidar su débito y no tendré que volver dado que, según me informa, la probabilidad de accidente en este edificio es altísima por no decir extrema-

-Muy bien. Veo que lo ha entendido. Ahora, vaporícese-

-Por supuesto, señor, en cuanto me quite las manos de las solapas y, si Dios quiere, aterrice en el suelo- contestó finalmente Chinarro, quien una vez con los pies sobre aquél, le faltó tiempo para incorporar a sus esbirros, empujarles hasta el ascensor y desaparecer de aquel lugar al que, por nada del mundo, volvería a menos que le escoltase un regimiento de carros de combate de la “Acorazada Brunete”.

-¿Qué tal he estado?- le guiñó Sebastián Santiago un ojo a la anciana.

-Insuperable, chico ¡Qué puños! ¡Y esa derecha, formidable como siempre! Esos no vuelven- la anciana comenzó a dar puñetazos en el aire mientras hablaba, remedando a su vecino victorioso.

-A los otros de la semana pasada les diste más fuerte, Santi ¡Pero el de negro se ha cagado! ¡Hasta aquí llegaba el olor!- le dijo luego el otro vecino, quien se acercó para darle unas palmadas en la espalda.

-Bueno, amigos, me voy para la oficina- añadió Santiago, volviendo a guiñarles un ojo.

-Santi, ya sabes que te apreciamos mucho, y siempre te lo rogamos por favor ¡No bebas tanto! Haz un esfuerzo y las cosas comenzarán a ir mejor. No te

mereces que media ciudad quiera embargarte, siendo tan buen investigador y que nunca te ha faltado trabajo. Ahora, con esa mala racha que tienes, convertida en una jauría de acreedores rabiosos, debes tomar conciencia sucede por el motivo que todos conocemos. El alcohol está pudiendo contigo, muchacho. Mírate, Santi, obsérvate. Vienes a las tantas, duermes hasta mediodía y cargas las maledicencias de la gente, lo que provoca que dejen de confiarte los asuntos tanto empresas como particulares que no se fían de ti. Modérate con la bebida, disfrútala y no abuses. Toma copas pero no unas cuantas botellas, y menos cuando llegas tan de madrugada y te tragas una entera antes de caer rendido en ese sofá para ponerte a roncar hasta que el estómago te pide alimento ¿Lo harás por nosotros?-

-Ya sabe, Doña Elisa, cómo siempre les digo a ambos que sí. Pero, también asumen que caigo de nuevo en lo mismo y falto a vuestra amistad. Sin embargo, hoy me siento en forma y espero no defraudarles aunque, y como ha dicho bien usted, no perdono esas copas. Pero no temáis, que intentaré no se conviertan en botellas-

-¡San Antonio te bendiga, hijo, y te ilumine para que salgas de ese vicio tan perverso!-

-Él le oiga, Doña Elisa-

-¡Ánimo, Santi, tú puedes vencer a cualquiera! Eres fuerte como un roble y, por tanto, también a ti mismo, muchacho-

-Gracias, Don Justo. Recordaré sus palabras cuando me flaqueen las fuerzas- dijo finalmente Sebastián Santiago, detective privado y alcohólico compulsivo, arruinado, ex paracaidista, ex policía, ex marido, recién entrado en la cuarentena, quien recibió un cariñoso beso de la anciana, estrechó la mano de su vecino y, tras cerrar el antro que tenía por vivienda, donde la mugre parecía haberla colonizado, prefirió alcanzar el portal del edificio bajando por las escaleras, obviando el ascensor, con tal de mejorar con el ejercicio el estado de su cabeza, sumida en una confusión entre la realidad y todavía el sueño provocado por una buena borrachera; después de dejar sin

una gota la botella que la pasada noche había descorchado como corolario a las otras dos, las cuales ya tenía en su estómago consumidas a lo largo de todo el día.

Santiago pensó para sí, en tanto alcanzaba la calle y cruzaba el semáforo, de qué manera tenía que pensar en positivo y es que la jornada precedente a la pasada había ingerido cuatro botellas, con lo que él mismo se hizo ilusión de su avance frente al enemigo étílico, fuerte e insistente en sus maniobras para hacerse de manera total con el control de su voluntad.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba poniendo los pies en el santuario étílico que constituía, como él ya había apuntado ante los cariñosos vecinos, su auténtica oficina. Y es que, a decir verdad, esa era la función de su bar preferido y, además, donde contaba con un secretario en la misma barra. Sin embargo, éste no tenía los atributos lógicos, como deberían ser una máquina de escribir, o un tarjetero y, por el contrario, contaba con una impoluta camisa blanca, gomina en el pelo, chalequillo y pajarita, ambos de color verde oliva.

De cualquier forma, incluso siendo un barman en toda regla, disponía de la herramienta clave en su negocio detectivesco, como era un teléfono veinticuatro horas a su disposición.

-Buenas tardes, Santi- como cada mediodía, Antonio, quien así se llamaba su secretario, le dio la bienvenida desde la barra.

-¡Hola, Antoñito!- le respondió Santiago, sumando a sus palabras el saludo militar llevándose la mano derecha hacia la sien del mismo lado, tal como era su costumbre al llegar cada día.

-¿Lo de siempre a esta hora?- preguntó el chaval, un veinteañero de sonrisa y buen humor siempre a flor de piel, muy delgado, rubicundo, con un corte de pelo militar y andares nerviosos sobre la estrechez de la barra, por donde se movía a una velocidad que Santiago jamás podía comprender y más para

alguien tan sedentario como él.

-Por supuesto, Antoñito, y mejor me sirves dos porque, para qué vas a dar tanto viaje ¿No te parece? Te espero en mi despacho- le respondió Santiago quien, tras hacer otro de sus guiños, puso norte hacia aquél, el cual consistía en una de las mesas justo al lado del ventanal que daba a la calle, aunque con la particularidad que se encontraba aislada de la zona donde quedaba atestada de clientes a poco que avanzara el día o, en su caso, la noche.

-Muy frías y con la espuma justa, Santi, como te gusta- le dijo el barman, quien tan sólo había tardado un par de minutos en servirle las dos jarras heladas de cerveza, llevadas con tal tino que no derramó por el camino, recorrido a gran velocidad, ni una sola gota.

-¡Gracias, chico, eres un fuera de serie!- le contestó Santiago, acompañando sus palabras con una palmada al chaval *-Bueno, vamos a ver ¿Alguna llamada? ¿Alguien buscándome?-*

-Sólo los de siempre, Santi, ya sabes-

-¿Que si lo sé? Y tanto que sí ¡Malditos cretinos esos acreedores! Precisamente acabo de quitarme de encima a un agente judicial y un par de guardias-

-Bueno, pues me imagino que habrá sido como la otra vez-

-No creas, Antonio, me han cogido un poco débil con lo que me bebí anoche. De todas formas, te digo que no vuelven más ¿Sabes? Les he soltado un mamporro a cada uno que no les van a conocer ni en su casa. Y no digamos el agente judicial, que se ha cagado encima el muy cobardica. Bien, dime entonces a quién tengo echándome el aliento por las deudas-

-Pues, el primero es el de la Caja de Ahorros-

-Bien, chico, como si nada. A ese le toreo sin problemas. Vamos, dime más-

-El segundo es Don Prudencio, de la tienda de confección, quien le recuerda que se llevó dos trajes, dos camisas y dos corbatas hace un año y que sólo pagó quinientas pesetas. En fin, que le liquide cuanto antes lo demás-

-¡Va listo, Don Prudencio! En fin, a ver si tengo una buena racha y quito esa roncha. Dime más-

-Don Patricio, el de los muebles. Que pase a pagarle lo que le debe desde hace año y medio-

-Sí, seguro que voy a ir. Siempre que desempeñase los muebles. O que me dieran algo por el sofá donde duermo que, dicho sea de paso, es lo único que me queda sin contar un orinal que el usurero de la casa de empeños rechazó-

-Y, bueno, Santi, ya sabes quién queda-

-Bien, sí, imagino quién. Oye y ¿Qué le has dicho esta vez?-

-Pues, como ya no se me ocurrían más cosas que soltarle, me acordé de que tienes un tío en Valencia-

-Sí, bueno ¿Qué pasa?-

-Bueno, Santi, con tu permiso le he dicho que estaba forrado de millones-

-Hombre, la verdad es que se trata de una mentira piadosa. Tan piadosa que mi tío lleva años metido en un asilo el pobre, recogido por unas monjitas porque no tenía donde caerse muerto. Pero, para el caso sí vale-

-Pues, resulta, Santi, que le he dicho a mi jefe, con tal de que te deje seguir consumiendo, cómo a tu tío le ha entrado una enfermedad incurable y que le falta para diñarla sólo unos cuantos telediarios. Verás, entiéndelo, es que ya no me quedaban historias con las que convencerle-

-Oye, en confianza ¿Se ha tragado eso de mi tío?-

-¿Que si se lo ha tragado? ¡Pues claro, hombre! Oye, y a la primera. No hizo falta echarle más cuentos. El caso es que cuando le dije que era dueño de media Gandía, y hasta la misma playa, ya se imaginó tenía en la caja ese dineral que le debes en copas, desayunos, almuerzos y cenas-

-¡No me digas, Antoñito! Entonces, apunta las dos birras y tráeme una ración de bravas y otra de calamares a la riojana, que hoy me he levantado con hambre y ya sabes que esto de la investigación privada requiere sustento para estar en forma-

-Y que lo digas, Santi. Enseguida te traigo todo y, oye, cuento con que algún día me contrates como ayudante en tus investigaciones-

-Sabes que soy hombre de palabra, Antoñito, y te digo cómo está cercano el día que dejes ese chalequillo, esa pajarita, esa gomina y juntos resolvamos casos por todo Madrid. Mientras ese momento llega, echemos algo al colete, muchacho. Oye, y bien colmadas las raciones-

-Como siempre, Santi ¡A tus órdenes!- respondió el muchacho con el brillo de la inocencia en sus ojos, con la sonrisa más decente que Santiago había contemplado jamás y los remordimientos le pegaron una punzada en el bajo vientre; aunque sólo durante una milésima de segundo.

-¡Veo que sigues viviendo a cuerpo de rey!- escuchó Santiago desde la puerta de entrada, tan sólo un par de minutos después que su ayudante se volviese a la barra a prepararle el condumio.

-¡Pero, bueno, esto es una raya en el agua! El mismísimo inspector jefe Rodolfo Bodegas ante mis ojos. Disculpa que no te de la mano, como dictan las normas de la cortesía, pero me torcí la muñeca hace un rato quitándome de encima un par de tábanos con agujones afilados-

-Esa sutil ironía tuya, Santiago, parece que ni los litros de whisky son capaces de velar-

-¡Qué va! Todo lo contrario, señor inspector jefe. Ahora incluso la tengo más afilada, pero no deja de ser tan gruesa como siempre y de eso puedes tener constancia si le preguntas a tu esposa, que también fue la mía no ha mucho-

-Cualquier día, Santiago, voy a coger esa ironía tuya y te la voy a introducir lenta y también dolorosamente por salva sea la parte-

-Vaya ¡Qué “fisno” te pones! Pero, de cualquier forma, para hacer eso tendrás que aguardar a que me convierta en un cadáver sobre algún frío mármol donde puedas mancillar mi cuerpo. En tanto ese momento llega, te invito a intentarlo a ver si lo consigues, lo cual dudo salvo que un par de tus secuaces te ayuden-

-No me harían falta. Sólo tendría que esperar a que apurases esas botellas que cada día son tu único consuelo-

-Pues calculas mal puesto que, incluso así, acabarías lamiendo las suelas de mis zapatos, pero mucho antes de que te dejase a las puertas de un hospital para que te recompusieran el esqueleto-

-Mi paciencia está llegando a un límite, Santiago. Y que sepas que si no fuera por Matilde, otro gallo cantarí-

-Vaya, siempre pensé que me merecía un Ángel de la Guarda. Aunque, sabiendo de quién se trata, prefiero renunciar y pedir amparo a cualquier

diablillo de poca monta quien, seguro, con sus maldades cuidará mejor de mí-

-Nunca has sabido apreciar lo que tienes, y ya no digamos lo que tenías renunciando a ella. Ahora es el llanto y el crujir de dientes-

-Ni renuncié, porque ella fue quien prefirió a un chisgarabís como tú, ni voy por ahí soltando mocos, ni me crujen los dientes. Más bien puede que te crujan a ti, en cuanto ella olisquee cerca algo mejor que tú-

-Cualquier día te voy a...-

-Sí, claro, eso me lo has dicho antes y, si no tienes nada mejor que contarme, por favor ahueca el ala que ya huelo las viandas-

-Sabes a lo que vengo y da gracias a Matilde que no traigo esos secuaces que dices-

-Puedes traerlos y veremos qué pasa-

-No me desafíes, Santiago-

-Bien, suelta ya lo que sea. Me incomoda una barbaridad almorzar con alguien a quien detesto-

-El sentimiento es mutuo y mira que me estoy aguantando porque te...-

-¡Vamos, vamos, Rodolfo! Un inspector jefe no debe perder las formas y más con un ex compañero, ex amigo, ex camarada, ex...en fin, un ex de todo-

-Me tienes hasta la coronilla, Santiago, y más de las barbaridades que haces creyéndote inmune. Hace un rato has golpeado a dos agentes de la

autoridad, incluso uno está en el hospital conmocionado, has amenazado de manera vil a un funcionario judicial...-

-Cierto lo que dices, salvo que el susodicho agente de la autoridad, junto con otro esbirro, entraron de manera violenta en mi domicilio, donde me defendí de la agresión con sendos mamporros tal como ellos mismos me lanzaron. Por lo tanto, y tratándose de un lugar privativo, es de manera clara defensa propia a la que cualquier mortal tiene derecho cuando su casa es violentada. En cuanto al agente judicial, no estaba pisando, lo digo de manera literal, suelo español cuando le amenacé para que no volviese. Por lo tanto, ya sabes que en los temas jurídicos el tiempo, la forma y el lugar marcan los procesos. En este caso, al no encontrarse en mi edificio, sino suspendido en él, no ha lugar a reclamación en este sentido. En fin, tú ya sabes siendo todo un inspector jefe ¿Qué te voy a contar yo?-

-Toda esa verborrea legal te la metes por donde te quepa, Santiago. Da gracias a que estoy de buen humor y no voy a buscarte las cosquillas con este tema. Pero, ándate con ojo, y no repitas esa tropelía o te la verás conmigo y todo el Cuerpo-

-En ese Cuerpo que dices aún me queda algún amigo ¿Sabes? Me suelen contar diversas peripecias y, también, alguna que otra bronca de los gerifaltes-

-Muy bien ¡Te la estás jugando, Santiago! Y la vas a perder ¿Entiendes? Me basta una llamada al juzgado para...-

-¡Antoñito! ¡Trae para acá el teléfono! ¡El inspector jefe tiene una urgencia!- exclamó Santiago, cortando así a su oponente al borde de la misma rabia.

-Sigue así y me encontrarás. Ya nos veremos y no seré tan blando contigo como hoy-

-¡Vaya! ¡Estoy desolado!- dijo dirigiéndose de nuevo al barman *-Nuestro agente de la autoridad se marcha-*

-Sigue burlándote y un día de estos...-

-¡Que te zurzan, querido! Y vuelve cuando quieras, siempre que me haya ido- le soltó Santiago a Bodegas, a quien le llevaban los demonios.

-¡Que te den!- respondió alzando la voz el inspector jefe, empujando a continuación de manera violenta la silla contigua donde permanecía impasible Santiago, para luego desaparecer del restaurante.

-¡Qué carácter!- habló Antoñito, atónito ante el duelo entre los dos.

-Y tanto, chaval. Ahí donde le has visto, nació así. Bueno, mejor dicho, ya más mayor también se convirtió en un babioca, aunque con el mismo mal humor, siempre amargado y sólo pensando en cómo fastidiar al prójimo. Un elemento muy de cuidado, al cual hay que tener siempre lejos de uno-

-No es enemigo pequeño, Santi-

-En eso estamos de acuerdo. Sin embargo, aunque le veas tan bravo, todo es comedia. Siempre fue un cobarde, muy apocado y esa carrera que te parece fulgurante está jalonada de mentiras, delaciones de compañeros y una lengua dispuesta siempre a lamer lo que hiciese falta. En fin, chico, un ejemplo claro de éxito en este país tan maravilloso y, a la vez, tan dado a encumbrar a inútiles-

-¡Hombre, Santiago! ¡Veo que está celebrando esa recaída repentina de su tío valenciano!- oyeron tanto aquél como Antoñito la inconfundible voz aguardentosa del propietario del restaurante quien, sin que ambos fueran conscientes, había entrado desde la parte trasera y les había pillado “in fraganti”.

-¡Don Salustiano! ¡Qué alegría verle!- se levantó del asiento Santiago para darle la mano y hasta le hizo un amago de reverencia, la cual fue de lo más cómica dada la diferencia de altura, toda vez que el empresario y dueño del restaurante no levantaba del suelo más que metro y sesenta centímetros.

-Pero, hombre, no se apure por mí. Sólo venía a saludarle e interesarme por la salud de su tío-

-Pues, mi querido Don Salustiano- contestó Santiago haciendo su papel a la perfección, mientras Antoñito se aguantaba las ganas de lanzar una buena carcajada allí en medio *-Resulta que a mi pobre tío le han diagnosticado una enfermedad rarísima-*

-¿Tropical?-

-¡Qué más quisiera, Don Salustiano! ¡Peor!-

-¡No me diga!-

-Tal cual. El caso es que los médicos, porque de todo Valencia han acudido los más eminentes, no encuentran el cómo ni el porqué. Quiero decir que se trata de un anciano de costumbres muy domésticas, casi monásticas: no prueba el alcohol, no fuma desde que Franco entró triunfante en la ciudad, no se le conocen vicios mundanos con señoras, usted ya me entiende, por lo que su estado repentino es un misterio-

-¿Fiebres?-

-Muchas. Bueno, tantas que los médicos han contratado varias enfermeras para que cada una se encargue de todos los tipos que le dan. Con esto se lo digo todo-

-Y, en fin ¿Los médicos han dado mucha esperanza de vida?-

-En eso coinciden todos-

-¿En positivo o, tal vez, en negativo?-

-Pues, Don Salustiano, según se mire-

-No le entiendo, Santiago-

-Pues, hombre, me refiero a que unos se inclinan por tres meses y otros por seis, aunque hay un grupo, por supuesto extranjeros que también se les ha llamado, quienes se decantan por los nueve-

-¿Nueve?-

-Sí, pero son los menos. El caso es que la media está entre cuatro y seis meses. Y le decía antes que según se mire, puesto que imagínese tanto tiempo padeciendo el pobre hombre. Sinceramente, Don Salustiano, yo pediría al Cielo un desenlace rápido, teniendo en cuenta su gravedad y el hecho de que los científicos están perdidos ante su dolencia tan extraña-

-Sin duda, Santiago. Suscribo lo que dice. Y ya que hablamos del tema ¿Qué me dice sobre su herencia? Porque según me contaba Antoñito, su tío es enormemente rico-

-Aún más, Don Salustiano-

-Oiga, y ya que estamos en el tema ¿Cuántos herederos son ustedes? Porque me imagino que serán varios ¿No?-

-¡Qué va, Don Salustiano! Vivos, vivos, lo que se dice vivos, pues sólo yo-

-¡No me diga! Entonces, y disculpe el comentario tan cruel sin ánimo de ofender, está cerca el momento de hacerse con esa fortuna y dar un cambio radical a su vida-

-Sí, Don Salustiano, muy radical. Tanto que he pensado en mudarme a Valencia-

-Bueno, lo veo lógico si están allí estas vastas propiedades. No obstante, le echaríamos de menos ¿Verdad, Antoñito?-

-Claro, jefe, por supuesto. Santi es nuestro mejor cliente-

-Sin duda, muchacho, aunque el débito que tiene con nosotros es ya considerable. De todas formas, conocida esta trágica noticia y en puertas de que su economía vuelva a estar saneada, sepa cómo dispone del crédito que le haga falta, Santiago, hasta ese final luctuoso que aguarda. Ya sabe, no somos nadie...-

-Laus Deo, Don Salustiano, y tanto que no somos nadie. Hoy aquí y mañana...-

-En fin, no nos entristezcamos y disfrute de su almuerzo. ¡Antoñito, anda! Sirvele por cuenta mía una botella de Manzanilla Pasada, esa de Sanlúcar de Barrameda que tanto le gusta a nuestro futuro heredero, y acompaña las con unas gambas de Huelva, por cierto fresquísimas que me han traído a punta de mañana directas desde Ayamonte-

-No sé cómo darle las gracias, Don Salustiano ¡Qué detalle tiene usted conmigo!-

-Nada, nada, hombre, así se le mejora el ánimo después de esos tristes augurios con su tío quien, por lo visto, vive sus últimos momentos en este

valle de lágrimas-

-Tiene razón, Don Salustiano, y eso mismo me comentó reconociéndolo la última vez que fui a visitarle. Ya le digo que está muy malito y, en fin, usted se hará cargo porque en cualquier momento pues, bueno, no hace falta que entre en detalles...-

-Entiendo, se acerca el final, amigo mío ¡El Señor le acoja en su Gloria!-

-¡Amén!-

-Bien, Santiago, le dejo para que disfrute del almuerzo y, ya sabe, tiene en esta casa el crédito que le haga falta-

-No tengo palabras, Don Salustiano, y le prometo liquidarle nada más, ya se hará cargo, se produzca el óbito y...-

-Claro, amigo mío, en cuanto esa noticia que espera con gran tristeza se haga realidad ¡Valor, Santiago, y mucho ánimo, porque la vida sigue...!-

-Y tanto que sigue, Don Salustiano. Gracias de nuevo- dijo finalmente Santiago interpretando compungido su papel, incluso agachando la cabeza y persignándose de manera cómica, en tanto Antoñito adornaba la mesa con los manjares autorizados por su jefe, quien a colación se retiró a sus quehaceres en las entrañas del restaurante.

-¡Chico! ¡Qué grande eres!- le soltó el detective a su camarero particular y benefactor, nada más quedaron solos.

-Pues no creas, Santi. Verás, es que se me ocurrió de repente lo de tu tío porque el gachó se puso de una mala leche que no veas cuando repasó la roncha que tienes ¡Para qué te voy a contar!-

-Sí, Antonio, es una racha de las malas de verdad la que estoy soportando, pero no te preocupes. De otras peores he salido y tú eres testigo-

-Sí, Santiago, pero esta dura ya tanto tiempo que no me acuerdo la última vez que tuviste la buena-

-¡Hay que tener confianza, muchacho! Hoy mismo me propongo hacer unas llamadas y...-

-¿Detective Sebastián Santiago?- interrumpió las palabras de éste una bellísima voz femenina, de un timbre tan sensual que el interpelado giró el cuello de manera instantánea, casi eléctrica.

-A su disposición- contestó Santiago, sin darse cuenta de que Antoñito regresaba a la barra dejándoles solos, tras unos segundos en los cuales, e hipnotizado por la belleza y elegancia de la joven que le había lanzado la pregunta, permaneció aturdida su capacidad de respuesta y sus ojos se habían deslizado por toda su anatomía y, de toda ésta, recalando mudo en aquel rostro armónico, de piel rosácea, de coquetos pómulos salientes guardando las líneas perfectas de su nariz levemente respingona y altiva aunque algo menos que su mirada, por la que habría dado la vida y, hasta incluso, ofrecido otra caso de tenerla.

-Buenas tardes, soy Andrea Laborda, abogada-

-Pues, Andrea, encantado de conocerle y, si me lo permite, le diré que es usted la belleza personificada- se levantó Santiago, para luego acercarse hacia donde estaba la joven y ofrecerle una sonrisa al terminar las palabras donde los labios se estiraron hacia arriba en su parte derecha, haciendo lo propio con su ceja del mismo lado, todo ello sin dejar de admirar la silueta de la recién llegada a su pequeño mundo de mentiras y cotidianas borracheras, cuyo modelito ajustado ensalzaba unas formas que le erizaron la piel.

-No digo lo mismo, señor Santiago, y le ruego se guarde para sí esos halagos

tan machistas de los que, intuyo, tiene un arsenal- le soltó Andrea como un jarro de agua fría, dejándole observara en primer plano la dureza de sus rasgos cuando quería poner un témpano de frialdad entre ellos; lo cual no arredró a Santiago, quien continuó con esa forma tan pícaro de mover los labios y sin que la ceja volviese a su sitio; aunque la mirada dejó de tener ese punto de lascivia, la cual había incomodado sobremanera a Andrea.

-Disculpe, no era mi intención causarle molestias con esta forma que tengo tan antigua de mirar a una mujer guapa. Ya sé que está pasada de moda, pero es mi condición y no puedo abjurar de ella. No obstante, le prometo ser más civilizado o, si lo prefiere, más moderno-

-De acuerdo, detective, pero me basta con el respeto. Es lo único que le exijo-

-Sin duda lo tendrá de mí y le reitero mis disculpas aunque, haciendo honor a mi condición, déjeme decirle que hace años no me encuentro de frente con alguien que aún belleza e inteligencia. Y eso, sé de lo que hablo, es difícil encontrar en estos días-

-No siga por ese camino, Santiago. En cuanto a mi inteligencia puede alabarla cuanto quiera, pero en lo referido a la belleza téngala como algo accesorio y que no interfiera en nuestra relación profesional-

-Me alegra oír eso último, Andrea. Deduzco, si no me corrige, viene en son de paz y también con la intención de contratar mis servicios-

-Absolutamente pacífica, detective, ya que odio la violencia, sea verbal o física, y usted ya me entiende-

-Por supuesto, soy un especialista en la segunda con la particularidad de que sólo y para su tranquilidad cuando la ejercen de manera injusta contra mí o los míos, aunque de la primera también tengo experiencia dado que mi ex esposa resultaba ser una consumada virtuosa, dotada de una lengua tan

larga como su ego y tan ancha como su trasero-

-Veo que tenían ustedes mucho en común, aunque de distinto tenor-

-No lo niego, pero para su información y mi propio regodeo, en estos momentos ese apéndice bucal tan extenso, al que acabo de aludir, mi ex señora lo utiliza con otro; lo cual me satisface más incluso que no verle a diario, en especial recién levantada-

-Compruebo lleva bien eso de que ella tenga otro marido-

-¿Ha dicho usted, bien? Nada de eso, querida, porque estoy ¡Loco! ¡Absolutamente loco porque así sea! Y más cuando ahora retoza con un ex mío. Pero no se alarme, Andrea, porque me refiero a un ex compañero-

-Hace bien en aclarármelo. Por un momento, pensé en un triángulo amoroso-

-¿Me ve maneras de...?-

-Bueno, ya sabe, detective. Las apariencias engañan-

-Andrea, no me obligue a decirle algo de lo que me pueda arrepentir, pero la tentación es grande con tal de rebatirle eso último. No sé si me dejaría proponerle una oportuna comprobación de mi masculinidad y...-

-¡Quieto ahí, Santiago! No tiene demasiado sentido del humor, por lo que veo-

-¿Humor? Sepa cómo en ese tema que ha insinuado no parto peras, o sea que me lo tomo al pie de la letra y ya ha visto cómo ataco de frente y por derecho, más tratándose de alguien como usted con esos ojos que...-

-¡Stop, detective! Se lo dije y se lo repito. Límitese al tema profesional y si le he molestado con mis palabras, las cuales no tenían otro sentido que el de la mera broma, le pido disculpas. Pero, también le digo que no se le ocurra insistir en piropos y demás palabrería de corte machista, porque no se lo voy a permitir de ninguna manera-

-Lo que vos mandéis, mi señora-

-¿Lo ve? Sigue haciendo de las suyas y hasta con esta forma dieciochesca, por otra parte ridícula, de responderme creyendo contentarme se comporta como...

-Sí, sí, ya sé, como un machista empedernido. Bueno, es cierto, lo soy y recalcitante. Pero ¿Qué le voy a hacer? Está claro cómo usted es una mujer, preciosa por cierto, encantadora y demás. Igualmente, yo soy un hombre, la verdad que en los cuarenta y con un aspecto poco aseado, pero usted me gusta. Es así y no hay vuelta de hoja, Andrea, no lo puedo remediar y de ahí que me comporte de una forma tan, tan...-

-Machista, detective, asquerosamente machista. Así que no reincida y guárdese sus comentarios en esa línea donde le quepan-

-Bueno, no se ponga así, Andrea. No era mi intención ahora hacerle enfadar. Si no le parece mal, sería mejor reconducir este encuentro y así preguntarle en primer término, además porque me tiene intrigado ¿Cómo ha dado conmigo?-

-Digamos que esta vez yo misma he actuado como si fuese usted. Aunque no ha sido un trabajo difícil llegar hasta su domicilio, que me facilitó un colega mío, comprobar que no se encontraba allí, bajar las escaleras, encontrarme con el portero y éste, en un arranque de sinceridad y antes de confiarme cómo pasa sus días en este lugar, describirle como un sujeto parecido a un armario de cuatro puertas, mediana edad y aspecto de haber pasado toda la

noche de juerga, con un humor de perros si antes no ha tomado una de esas copas de Manzanilla que tiene sobre la mesa, previniéndome de hablar con usted en caso de que no tuviese media botella en el estómago y los carrillos encendidos-

-Muy simpático el portero ¿No le parece? Me acordaré de sus palabras las próximas Pascuas-

-Bueno, no se irrite. Cuanto dijo ha servido para que ahora tenga a un cliente delante de usted. Y, por lo que me comentó en voz baja, no tiene usted muchos en estas últimas fechas-

-Tiene usted razón. Además, lo confieso, alabo y envidio también su sentido pragmático de los hechos. Yo, en cambio, soy un redomado cortoplacista y no veo más allá de las primeras impresiones. Pero esta vez me bajo del burro y le doy la razón ya que, reconociendo que el portero no exageraba, estoy pasando, lo que se dice, el desierto en mi carrera profesional, en la que permanezco sediento de encargos. Por ello ¡Bendito sea el Cielo por traerle hasta aquí!-

-Deje en paz al Cielo, como dice, y dele las gracias al portero-

-Tal vez sea lo mejor, Andrea. Nada más que objetar-

-Bueno, Santiago, a tenor de las exquisiteces que veo sobre su mesa, no le tienen que ir las cosas demasiado mal- le soltó Andrea, una vez Antoñito sirvió lo ordenado por Don Salustiano hacía un momento, por cuenta de la casa.

-Se equivoca. Le confieso que esto es una atención del propietario del restaurante, quien acaba de recibir la noticia de que me convertiré en heredero de una gran fortuna en un plazo de tiempo, digamos, prudencial-

-Pues, le felicito, Santiago-

-Hágalo en cuanto mi tío cierre el ojo-

-Bien, entiendo. Todo está condicionado a que el pobre hombre pase a mejor vida-

-Indudable y mucho mejor-

-De acuerdo, Santiago. Es hora de tratar el asunto que me trae hoy aquí. Si le parece, y viendo cómo iba a degustar ese almuerzo. Haré tiempo para vernos en su despacho profesional y...-

-Disculpe, Andrea. Verá, tenga en cuenta que esa mala racha de la que tiene usted constancia, ha propiciado que mi despacho, si se puede llamar así, esté, digamos, un tanto escaso de mobiliario y enseres. O sea que...-

-O sea, que no tiene despacho profesional-

-Bien, digamos que de manera transitoria. Por lo que, si no tiene inconveniente, le recibiré aquí mismo-

-Detective, creo no es éste el mejor lugar para tratar temas confidenciales y delicados-

-Estoy de acuerdo con usted, pero lamentablemente no dispongo ahora mismo de otro sitio. Por lo tanto, quisiera ofrecerle me acompañara a la mesa y, de esta forma, mientras disfrutamos las viandas le atenderé gustoso-

-En fin, ya le digo no me parece lógico esta forma de atender un caso peliagudo del que quiero hablarle. No obstante, haré una excepción-

-Gracias y disculpe de nuevo. Por favor, tome asiento. Enseguida pido un cubierto y otra copa. Por cierto, iba a preguntarle ¿Se trata de algún divorcio? Le advierto que es una de mis especialidades, o, tal vez ¿Espionaje industrial? En este caso, puedo asegurarle he intervenido en varios casos con resultados muy favorables ¿Quizás temas laborales? ¿Un empleado amigo de lo ajeno? ¿Alguno que simula enfermedad?-

-Nada de eso, detective, se trata de algo más truculento-

-Bien, imagino que alguna disputa familiar por herencia. No suelen ser difíciles y, en un plazo más que ajustado, obtengo normalmente buenos resultados-

-Nada de eso, Santiago. Se trata de asesinato-

-¿Crimen?-

-Así es-

-Bien, Andrea. En ese caso tendríamos que hablar, y perdone que sea tan burdo, de mis honorarios profesionales. Un caso de asesinato no es una simple investigación y...-

-Me hago cargo y le pagaré lo que estime conveniente-

-De acuerdo y dado cómo tendré que hacer frente a una serie de gastos y...-

-No se enrolle ahora con detalles de cómo va a trabajar, Santiago, y límitese a indicarme la cantidad-

-Bien, bien, antes le he felicitado por su pragmatismo, sin embargo diría que es excepcional y más en estos días. Por lo tanto, digamos que aceptaría un

anticipo, claro está que estimativo, de ciento cincuenta mil pesetas. Tenga en cuenta cómo para asesinato tengo que disponer de un equipo, sin contar desplazamientos, dedicación exclusiva durante veinticuatro horas y...

-Frene, Santiago. Le reitero que no deseo me cuente historias de cómo abordar el caso. Si le parece, le firmaré un cheque por esa cantidad-

-Claro, sí, por supuesto, un cheque, sin problemas-

-¿Al portador?-

-Sí, muy bien, me parece correcto-

-Aquí tiene. Hoy es ya tarde, pero mañana podrá cobrarlo o bien ingresarlo en su cuenta corriente-

-Mejor lo cobraré. He tenido algún que otro problemilla con la cuenta corriente y el director de mi Caja de Ahorros me ha declarado "persona non grata". Ya se hará cargo-

-Entiendo. De todas formas, puede ir a cualquier sucursal-

-Sí, claro, eso mismo haré, porque el fulano en cuestión sería capaz, y capataz incluso, de confiscarme el cheque sólo por fastidiarme. Bueno, es hora de que me confíe cuanto sepa del caso-

-Pues, verá, resulta que...

-Un momento por favor y perdone que le interrumpa- dijo Santiago a la bellísima cliente que le tenía encandilado, utilizando para ello su tono de voz más suave, para luego girarse hacia la barra y hablar en voz alta a su barman y, además, secretario particular -¡Antoñito! ¡Trae otra botellita de

Manzanilla muy fría y ponnos una ración de Jamón de Jabugo!-

CAPÍTULO IV

Daniel Hidalgo comprobó la hora en su preciado reloj *Omega "Seamaster"*, regalo de compromiso de Ana María, y su visión le provocó un sabor amargo en la boca si bien se disipó en un instante, al tener constancia su mente de que faltaban todavía veinte largos y estresantes minutos hasta tanto el tren, que le llevaría lejos de Madrid rumbo al norte, hiciera su salida desde la estación de Chamartín.

Hasta allí se había deslizado tras el encuentro con Andrea y también con el sentimiento de ésta -de igual manera confesado con sinceridad- donde convivían amor y odio a partes iguales, teniendo en cuenta cómo contaba con argumentos suficientes para creerle asesino de su amiga de la infancia y, a la vez, rival durante media vida en cuestiones amorosas; donde él mismo figuraba en ese punto equidistante de los tres lados del triángulo que habían llegado a formar largo tiempo.

Antes de volver a mirar la hora, cuando aún no habían pasado más que segundos y motivado por la agitación que llevaba encima, se palpó el fajo de billetes de mil pesetas que, salvo el importe de uno ya cambiado, permanecía a buen recaudo en el bolsillo interior de su chaqueta.

Tranquilizado de que estuviera en su sitio el salvoconducto de color verde que portaba, gracias a la generosidad de Andrea, deambuló de un lado para otro y, harto de recorrer el andén, decidió dirigirse con todo el cuidado que pudo prever hacia la cafetería de la estación, la cual estaba a esa hora intermedia del día y la tarde con menos barullo que a primera hora.

-Por favor ¿Me pone una Mahou?- le dijo al camarero, quien permanecía rellenando un boleto de la quiniela, de espaldas a la barra.

-Ahora mismo- respondió el hombre, quien lucía una corbata de color rojo sobre camisa negra que le daba una imagen poco menos que gansteril -Por cierto, señor ¿Atlético de Madrid-Las Palmas?-

-Yo diría que un dos clarísimo- soltó Daniel sin pensarlo.

-¿Un dos?- preguntó extrañado el camarero, quien a la vez le servía un botellín de cerveza -Me parece arriesgado-

-No tanto, hombre ¿Ha visto la lista de lesionados del Atleti? Ayer decía el entrenador que tendría que echar mano de los juveniles. Así que un dos y fijo-

-¿Y qué me dice del Barcelona contra el Betis? Me imagino que un uno fijo-

-Lo mismo le digo del otro partido. El Barcelona tiene competición europea el miércoles que viene, así que reservará su artillería pensando en Europa. En cambio, el Betis ha recuperado toda la suya. Por lo cual, diría que un dos sin duda-

-Bien, de acuerdo. Esta es aún más arriesgada. Sin embargo, voy con ello tal cual dice. Si gano los catorce tendrá una buena recompensa-

-Espero que así sea. Pero, siento no poder darle mis datos y más cuando voy lejos de Madrid-

-Usted no se preocupe, amigo. Soy hombre de palabra y aquí me tiene. Pero, mejor todavía, vamos a hacer una cosa: verá, voy a rellenarle otro boleto con la misma apuesta y, si me lo permite, le invito. Si ganamos, recuerde que

está aquí su boleto sellado y premiado-

-Todo conforme, pero rectifico en una cosa-

-Usted dirá-

-¡Tome!- puso Daniel encima de la barra un billete de mil pesetas *-cóbrese el botellín, deme un paquete de Winston y también coja el importe de una apuesta múltiple-*

-Muy bien, señor, pero si he sido yo quien le ha ofrecido...-

-Nada, hombre. Hágame caso y actúe tal cual-

-Bueno, no se hable más- obedeció el camarero ante la insistencia de Daniel *- Dígame su nombre y dirección, porque...-*

-Confío plenamente en usted- respondió Daniel *-Ya vendré algún día y, tal vez, me convierta en millonario-*

-Ojalá, señor. Tome ese boleto con la apuesta que le comenté. Ahí está nuestra apuesta y, tal vez, millonaria-

-No sé, no sé- escucharon por detrás de Daniel.

-¿Cómo?- preguntó el camarero a un sujeto sentado en una de las mesas, mucho más allá de donde permanecía Daniel.

-Perdonen, pero he escuchado lo que hablaban y, sin querer aguarles el vino, voto por otros resultados. No digo que no sean posibles, pero están ustedes arriesgando demasiado si quieren conseguir esos catorce aciertos-

-Pues, amigo ¿En qué se basa? Si se puede saber- el camarero, rascándose la coronilla y pensativo, quiso hacer lo propio con las palabras del individuo de mediana edad, bigote sesentero y traje gris de corte vulgar.

-Bueno, creo les falta información actualizada, señores- respondió sin pensárselo, levantándose luego y acudiendo a la barra hasta situarse junto a Daniel *-Perdonen, no me he presentado. Soy Luciano Marín-*

-Pues, encantado señor Marín, pero no ha respondido-

-Sí, tiene razón. El caso es que me parece que no saben cómo el Atleti tiene prima-

-¿Prima?-

-Sí, hombre. Eso que todos los jugadores y equipos dicen que no existe y éstos suelen bien dar o bien recibir cada temporada-

-¿Y eso?- el camarero quiso aclaración.

-Muy fácil. La temporada para el Atleti se ha acabado. Me refiero a que su objetivo de ganar la liga es ya una quimera. Los partidos que quedan son de trámite pero, con una succulenta prima, ya se imaginarán cómo van a salir el domingo-

-Incluso así, no estoy de acuerdo- habló Daniel *-Está más en forma el equipo que va a tener enfrente y, además, que los canarios se juegan una pequeñísima posibilidad de poder jugar en Europa la próxima temporada y eso, no me negará, es un acicate muy fuerte-*

-De acuerdo. Los dos tienen buenos argumentos pero, y perdone usted señor Marín, me quedo con la apuesta ya hecha y la dejo en un dos fijo. Guardaré las múltiples para otros, aunque corremos un riesgo serio de pegarnos el

trompazo-

-Nada que objetar, amigo. Además, les deseo muchísima suerte-

-Gracias- respondieron tanto uno como otro y el tal Marín pagó su café con leche y desapareció hacia el andén, quedando de nuevo solos Daniel y el camarero.

-Creo que ya casi es la hora- dijo Daniel a los pocos minutos, haciendo amago de marcharse para el tren.

-Tenga a mano la copia del boleto que le he dado- advirtió el camarero.

-Por supuesto y estaré atento a los resultados el domingo por la tarde. Ahora, tengo que marcharme. Ha sido un placer-

-Hasta pronto, por cierto ¿Su nombre?-

-Ernesto- contestó Daniel a bote pronto, siendo el primer nombre que se le vino a la memoria dado que la temporada pasada había sido integrante del elenco que representó en Madrid “La importancia de llamarse Ernesto”, la inolvidable obra del gran Oscar Wilde.

-Muy bien, Ernesto, suerte y al toro- contestó el camarero, mientras de lejos Daniel le correspondía levantando el brazo derecho para despedirse. Tras volver al andén, fue de coche en coche hasta comprobar en el cajetín exterior de uno de ellos que coincidía con su billete. Subió sin problemas, al menos en apariencia, y se tranquilizó todavía más cuando el revisor, con quien se cruzó, apenas le hizo caso y ni tan siquiera dijo esta boca es mía ya que emitió una especie de gruñido ronco que se asemejaba más al lanzado por los burros, cuando les pican las moscas, que un humano intentando saludar a un mortal cualquiera.

Daniel accedió a los coches-cama por fin, tomó su billete y comprobó una vez más el número, sin echar mucha cuenta de cómo estaban todos ocupados salvo uno a pocos metros más allá. No hizo falta por tanto mayor cuidado y, sin hacer esfuerzos por cotejar los números, decidió tomar asiento.

-¡Vaya! Pero, esto sí que es casualidad- le habló una cara conocida, al bajar su propietario el periódico que estaba leyendo.

-Pero, bueno ¿Luciano Marín?-

-El mismo que viste y calza ¿Señor?-

-Pérez, sí eso es, Pérez. Ernesto Pérez- contestó Daniel haciendo gala de nuevo de esos reflejos actorales, formados en largas jornadas en su primera compañía juvenil de teatro universitario, donde la improvisación jugaba un papel preponderante en el durísimo sistema de aprendizaje.

-Encantado de saludarle una vez más y, según entiendo, acompañarle hasta Gijón en este “Expreso Costa Verde”-

-Cierto, ese es mi destino y veo que de igual forma el suyo, señor Marín. Un placer, entonces, compartir este largo viaje-

-¿De vacaciones o negocios?- preguntó Marín y Daniel, sin titubear un segundo, se lanzó en tromba.

-Mitad y mitad- respondió con seguridad.

-Bueno, me deja con dudas y no sé si son compatibles las dos cosas-

-Quiero decir que hay de todo en este viaje hacia el norte- contestó Daniel sin dejar margen a la mínima sospecha, utilizando esa técnica aprendida en la

improvisación mediante la cual responder con una imprecisión daba tiempo a la mente a buscar subterfugios y componendas con tal de atar la respuesta debida, lo que a su vez permitía salir airoso del envite *-Verá, en concreto asisto a un congreso médico y, en esos momentos libres, pienso hacer turismo aunque tan sólo dispondré a lo máximo de un día-*

-Ya deduje era usted galeno, lo cual no es difícil viéndole con el maletín en ristre y hasta el fonendo que asoma. En cuanto a su viaje, le voy a recomendar haga una ruta hacia el Cabo de Peñas, con unas vistas espectaculares y, antes de eso, no deje de visitar pueblos costeros como Candás y Luanco. Por supuesto, si no conoce Gijón, le vendrá bien visitarlo a fondo y encontrará auténticas maravillas, aparte de las gastronómicas que ya sabrá encierra-

-Lo tendré en cuenta sin duda. Por cierto ¿Qué tarda en llegar el tren?-

-Más de lo que debiera y eso que ahora en los ochenta la cosa ha mejorado. Fijese que hasta no hace muchos años tardaba casi veintidós horas ¡Una eternidad! De todas formas, estaremos en la estación de “Jovellanos” cuando despunte el día de mañana. Y no se preocupe, que le cederé más tarde la litera de abajo-

-Se lo agradezco, señor Marín, pero me daba igual. No soy persona temerosa de las alturas-

-Bueno, acepte mi ofrecimiento y siéntase como en casa-

-Agradecido de nuevo y acepto ese detalle, aunque con la condición “sine qua non” de que me permita invitarle a cenar en el vagón restaurante-

-No voy a hacerle ascos a eso y, por cierto, vamos a tutearnos si no tienes, y empiezo ya, inconveniente-

-Claro que no, Luciano, lo mismo digo-

-¿Quieres un cigarrillo?- le dijo aquél, extrayendo un paquete de “Salem” mentolado.

-¡Pero, vamos a ver! ¡No puede ser! Hoy vamos de casualidad en casualidad ¿Sabes, Luciano?-

-No entiendo, Ernesto. Explicáte, hombre. Sólo es un cigarrillo, mentolado eso sí, pero sólo un cigarrillo corriente y moliente-

-No voy por ahí. Verás, es que resulta que tengo un gato, más negro que un chorro de humo y con un carácter de mil demonios salvo que sea yo quien le riña, dado que es un travieso compulsivo, además de permanecer todo el día maquinando los proyectos más ladinos que puedas imaginar. El caso es que cuando me lo regalaron unos amigos, precisamente al terminar mis estudios sabiendo que adoraba a los mininos, tuve que buscar un nombre para él. Por eso te digo lo de la casualidad y es que uno de mis compañeros como tenía en la mano justamente un paquete de esa marca, “Salem”, se me ocurrió ponérselo y así se quedó-

-Ya lo creo que es una casualidad y más cuando no mucha gente tiene este gusto mío por el mentol en el tabaco-

-Pues perdona que decline tu ofrecimiento, porque el mentol me causa carraspera y es que debo ser alérgico a la clorofila o sus componentes. En su lugar, me gustaría ofrecerte un “Winston”, marca de la que soy un fanático desde que gané mi primer sueldo y me lo pude permitir. Antes de eso, no sé si ya te lo imaginas, fumaba “Celtas”-

-¿Celtas? Pues claro, hombre ¿Quién de estudiante no ha fumado “Celtas”?

-

-Yo resulta que...- paró Daniel sus palabras en el justo momento que la manivela de la puerta del coche-cama giró y, tras ésta, aparecieron tres personas. La primera, quien entró en ese orden, ya la conocía y se trataba del antipático interventor, uniformado incluso con su gorrita. Por el contrario, en segundo y tercer orden la cosa se complicó puesto que a los dos sujetos no les había visto ni en la cafetería, ni en el andén y, mucho menos, por entre los coches del tren; lo cual le puso en guardia y más cuando sus expresiones y maneras no le daban buenas vibraciones.

-Por favor, caballeros ¿Billetes?-

-Aquí tiene- dijo Luciano enseguida.

-Gracias, señor-

-Éste es el mío- a continuación Daniel facilitó el suyo.

-Muchas gracias. Que disfruten del viaje. Saldremos dentro de unos minutos. Recuerden que el restaurante está en el siguiente coche- respondió de manera casi robótica aquel sujeto, quien apenas levantó la mirada y, salvo la comprobación de los billetes y el mensaje que parecía grabado y dictado con tono monocorde, no la cruzó con ninguno de ellos dos. Luego, dio media vuelta, hizo que le dejaran paso los otros dos individuos, quienes le habían acompañado, y salió rumbo a su tarea.

-Buenas tardes- dijo de manera seca, ofreciendo una mirada desconfiada el primero de aquellos hombres, cerrando al mismo tiempo la puerta del coche-cama para sorpresa de ambos.

-¿Qué sucede?- dijo Luciano.

-¿Por qué cierran la puerta?- preguntó Daniel, perdiendo la prudencia y envalentonándose con su nuevo compañero al lado.

-¿A usted qué le importa?- respondió con toda la antipatía que pudo el de mayor complexión y gesto más fiero -¡A ver, documentación!- exclamó levantando la voz y colocándose entre los dos viajeros.

-¡Vamos! ¿No ha oído?- se unió el otro sujeto, de quienes ya sabían eran policías, dirigiéndose a Daniel quien, incluso con su sangre fría consustancial, experimentó algo muy cercano a un infarto agudo de miocardio cuando el corazón desbocado comenzó a latir con inusitada fuerza en su interior, consiguiendo que durante unos instantes su vista se nublara y una sensación de vacío le inundara por completo.

-¡Documentación! ¿Es que está sordo, amigo?- gritó el primero de aquellos groseros bravucones, ya a centímetros de Daniel agachándose para ello, consiguiendo que éste pegara un brinco involuntario, llevando luego las manos temblorosas hacia el bolsillo interior de su chaqueta.

-¡Vaya! ¡No sé dónde la he puesto!- respondió Daniel al poco de toquetear cada bolsillo desde la propia chaqueta hasta el pantalón, para luego volver a realizar la maniobra un par de veces más -¡Esto es el colmo! Resulta que hace un rato la tenía en las manos y ahora, pues, ya se harán cargo ustedes...-

-¡Está acabando con nuestra paciencia, amigo!- tronó la voz del otro grandullón.

-¡Un momento, un momento!- reaccionó Daniel, quien parecía con ánimo renovado improvisando otra respuesta de más enjundia -Tal vez con esta cabeza mía me la haya dejado en el hospital, o en la consulta, o, en fin...-

-¿Sí? Pues tendrá que acompañarnos a comisaría, amigo ¡Vamos, andando!- uno de los policías le agarró del brazo izquierdo, tirando con fuerza.

-¡Alto, un momento!- exclamó Daniel zafándose y, de nuevo, intentando ganar tiempo a la espera de que esa idea brillante, la cual siempre se le

ocurría en el último y crucial instante, apareciese de repente; teniendo presente cómo se hacía de rogar ante aquella situación límite en la que se encontraba –*¡Vamos a ver, caballeros! Esta cabeza mía...porque soy capaz de haberla puesto en el maletín, ya se imaginan ustedes donde llevo las cosas y...-*

-¡Vamos, coño, de una vez!- cortó la retahíla lanzada por Daniel el otro policía, quien permanecía detrás justo al lado de la puerta, tomándole con una fuerza hercúlea del brazo y levantándole del asiento con brusquedad.

-Pero ¿Qué hace? ¡Déjeme! Estoy comprobando si...- actuó en plan exaltado Daniel, aunque sin el efecto esperado por su astucia para eludir a los dos tipos, quienes parecían haberle mordido sin querer soltarle.

-Ya está bien- habló en voz baja Luciano, pero con firmeza en el tono sin apenas hacer amago de espaviento alguno, para al momento extraer del bolsillo interior de su chaqueta una placa policial, la cual mostró a los dos sujetos quienes tiraban con fuerza de Daniel hacia el exterior del coche como *-Hagan ustedes el favor de dejar al doctor Ernesto Pérez, ya que acude a un congreso en Gijón-*

-Disculpe, inspector jefe- dijo el grandullón de las manos de hierro, dejando libre a Daniel quien tomó asiento de nuevo, nada más observar la documentación que exhibía su superior donde figuraba el cargo dentro del Cuerpo.

-De acuerdo. Sólo hacían su trabajo. Y, tranquilos, que yo respondo por el doctor quien, como ven, ha sufrido algún despiste corriendo para la estación y se habrá dejado su documentación en cualquier parte. Seguro que aparece en los próximos días-

-No hay problema en ese caso, señor- respondió el mismo de antes, apartando a su compañero hacia la puerta con objeto, al parecer, de soltar su presa de manera definitiva.

-Bien, y ahora díganme ¿Qué ocurre? ¿A quién buscan con esas maneras tan violentas?- preguntó Luciano intrigado.

-Un tipo que se nos ha escapado esta mañana. Un tal Daniel Hidalgo, actor por lo visto. Un individuo de cuidado que todos los indicios señalan como el autor del asesinato de su esposa. Precisamente hoy, que era la vista de su divorcio. Tenemos claro cómo estará intentando dejar Madrid y, seguro, con ayuda. Hay compañeros por todas las estaciones tanto de autobuses como de tren, aparte los del Metro quienes ya cuentan con aviso-

-Entiendo. En fin, suerte en su rastreo pero ya ven que aquí no está-

-Sentimos las molestias. Nos marchamos ya, señor. Gracias y buen viaje hasta Gijón-

-Gracias a vosotros, compañeros. Hasta pronto- dijo Luciano finalmente, con más educación que ellos, y lanzó una sonrisa hacia su compañero de viaje.

-No tengo palabras- le dijo Daniel *-Me has librado de una buena, Luciano. Oye, y todo esto por un simple descuido, o hasta que se me haya caído por ahí la documentación...-*

-Oye, tranquilo. Ya sé que acojonan esas formas ¿No?- contestó Luciano.

-¿Acojonan? Más bien diría que los tenía en la misma boca a punto de escupirlos. No pensaba que fuera así cómo trabajáis-

-Bueno, Daniel, hombre, es un poco exagerado su comportamiento, pero debes disculparles. Son buenos chicos, sólo que un poco exaltados a la hora de hacer su trabajo. Y no creas que resulta algo fácil. Simplemente ponen en suerte esa forma tan enérgica de arrinconar a los sospechosos-

-Pues, Luciano, menos mal que estabas ahí para quitármelos de encima. No soy ningún asesino, sólo alguien con mala memoria, o distraído, o...-

-Esa es la cuestión. Ellos ven en todos a un asesino en ciernes y reaccionan de esa forma cuando alguien pierde los nervios olvidando dónde tiene los papeles. Pero, no te preocupes, hombre. Eso le pasa a cualquiera. No creas que incluso a mí me ha pasado en más de una ocasión y hasta me han retenido en alguna comisaría hasta comprobar quién era en realidad. Así que tómatelo como una anécdota más y una experiencia-

-¡Pues vaya experiencia! Casi me dejan frito aquí mismo. Por un momento pensé que no había hecho testamento-

-Bueno, Ernesto, veo que el humor es otro de tus rasgos-

-Nada de humor, Luciano, me vi amortajado y en medio de una iglesia llena de gente llorando mi muerte repentina en un tren camino de Gijón-

-Nada, hombre, todo ha quedado en agua de borrajas. Ahora a disfrutar del viaje, degustar la cena y luego un par de pitillos en tertulia y a dormir. En cuanto abras los ojos estarás viendo el Cantábrico y lo de hoy será algo que ya estará olvidado-

-Mejor así y espero que no se repita. Desde luego te aseguro, Luciano, que jamás se me ocurrirá dejarme atrás la documentación. Sepas estoy vacunado para toda la eternidad, gracias al trago tan malo que he pasado-

-Eso se olvida tomándonos una copita, o alguna más, en el coche restaurante ¿No te parece?-

-Me parece, Luciano, pero permíteme que pague yo porque te lo mereces-
contestó finalmente Daniel, quien en esta oportunidad no tenía opción a

simular nada, ni tampoco interpretar papel alguno dado que la misma vida le había llevado por derroteros que parecían sacados de la mente enrevesada, calenturienta y, tal vez algo morbosa, de un dramaturgo deseoso de cargar sus frustraciones sobre los actores a los que daba vida, haciéndoles pasar por esa misma situación propia más de tiempos pasados, cuando las esvásticas eran la moda en Europa y se reproducían con gran asiduidad idénticas escenas en cientos y miles de medios de transporte cribados por una legión de hombres dispuestos a la barbarie nacionalsocialista e, igualmente, comunista.

Sin embargo, Daniel dio por bueno lo ocurrido gracias a ese final apoteósico, tras la angustia del momento crítico en el que sus opciones habían derivado hacia el caos más absoluto y le esperaba una fría celda con rancho aquella noche que, no obstante y merced a la magistral entrada en escena de Luciano y su reluciente placa policial, tornaría en opípara cena regada con buen caldo de Rioja, tal vez Ribera del Duero, y a los postres una exquisitez dulce que aliviase el amargor causado por los momentos vividos al borde del abismo.

Y de la misma forma en que se había planteado por ambos, interpretaron sus respectivos papeles y en la secuencia prevista que incluyó cena, tertulia y un cenicero colmado de cigarrillos conforme se sucedían historias cruzadas de cada uno con respecto a sus vidas, siendo las confidencias de Daniel trucadas, moldeadas de tal forma que todo encajase a la perfección y la trola sobre sus andanzas fuera tragada de una vez por la inocencia del policía: quien encontró en el falso galeno un amigo que parecía de toda la vida.

El corolario de la noche lo constituyó una botella de “JB”, la cual fue solicitada con rumbosidad desacostumbrada por Daniel, para quien aquel compañero le había sacado del apuro mayor de su existencia y merecía ese agasajo nocturno, mientras el tren cruzaba Castilla y León rumbo al Cantábrico.

Cuando no quedó una gota del punzante líquido ambarino en la botella, en el momento que las respectivas lenguas hacían esfuerzos por mantenerse activas vocalizando, también en el instante en que los paquetes de “Salem” y “Winston” resultaron agotados, ambos decidieron junto con el camarero del

coche-restaurante, a quien Daniel entregó una propina digna de un marqués, dar por terminada la velada y retirarse dando algunas “cambayás” por el estrecho pasillo que conducía al coche-cama donde, ya tumbados, dejaron que la euforia etílica cesase y surgiera ese sueño reparador que les llevaría a un nuevo día repleto de bondades aunque, en el caso de Daniel le bastaba permanecer libre y con esos mismos billetes verdes aún agazapados dentro del bolsillo interior de su chaqueta, esperando ser gastados en buena vida mientras la justicia no le echase el guante.

Mientras el tren traqueteaba, cruzando valles y montañas escarpadas, parando en infinidad de estaciones y avanzando con ritmo cansino, la noche fue de pesadillas por ambas partes como lógica consecuencia del exceso de comida engullida y, en mayor medida, tanto las dos botellas de espléndido caldo de Rioja, que eligieron ambos, como el escocés echado al colete copa a copa durante un buen rato en el que éste abrasó ambas gargantas y sacó de sus lenguas la misma elocuencia impulsada por los vapores etílicos haciendo de las suyas.

No obstante, esos sueños revueltos lo fueron más en el caso de Daniel, quien no parecía salir de un bucle donde era perseguido sin descanso por aquellos dos sujetos de aspecto carcelario que, sin embargo, llevaban sendas placas policiales, músculos de acero y ánimo de retorcerle poco a poco cada hueso sano del que disponía.

Una y otra vez Daniel sucumbía exhausto en ese duermevela, creyendo a pies juntillas era la misma realidad cuando, regresando al piso de Ana María, le observaba tirada en el suelo, cráneo abierto, sangre rodeándole en toda su extensión y, en su mano derecha, aquel objeto marmóreo de contorno plateado mientras chorreaba de la sangre de su todavía esposa.

Hasta pudo escuchar el maullido tierno de “Salem”, rozándose insistente con sus piernas mientras ronroneaba de satisfacción al encontrarle, mostrándole su amistad más sincera para luego, dando unos pasitos inseguros tras olisquear el suelo, acercarse de un salto vertiginoso hacia el charco de sangre y lamerla sin descanso con aquella pequeña lengua, la cual al instante cambió

su rosáceo aspecto por el rojo más intenso tras empaparse bien del succulento encuentro; pareciéndole a Daniel en su pesadilla cómo el mismo minino le miraba con ojos de satisfacción, sabiéndose vencedor contemplando a su archienemiga ama derrumbada y a su merced, alimentándose de su propia sangre vencida al fin ante sus sensibles bigotes.

Por su parte, Daniel aterrorizado, tomando conciencia de que portaba en su mano el instrumento que había acabado con la vida de Ana María, de manera instintiva lo dejó caer al suelo y, empapado en su sangre, le salpicó por completo llegando las gotas pegajosas hasta sus propios labios, haciendo que huyera desesperado hacia la puerta donde, al abrirla, se encontró con aquellos dos tipos quienes, sin mediar palabra, sintió cómo le agarraban y, tirando de él, le arrastraban escaleras abajo sin que sus súplicas fueran escuchadas de tal forma que sentía de qué manera su rostro, golpeado sin piedad por los peldaños, iba convirtiéndose en una masa sanguinolenta.

-¡Ernesto! ¡Ernesto ¡Vamos, Ernesto!- escuchó Daniel la voz de su inesperado amigo inspector jefe, y sin embargo, durante unos instantes, en los que dudó en si el sueño era la realidad y viceversa, no acertaba a cuadrar las fichas del tablero de su propia vida, desubicado y haciendo esfuerzos por concentrarse en cuál había sido la sucesión de acontecimientos; dándose cuenta al fin de dónde se encontraba, qué hacía, a quien pertenecía aquella voz y el motivo de que su nombre no encajara con el que le llamaba.

Así, cayó en la melancolía al recordar con nitidez, ya sin que el alcohol y su falsa euforia mediasen, el embrollo en el que estaba inmerso así como las vicisitudes por las cuales, imaginaba, tendría que pasar para salir airoso del asunto surgido de repente en su plácida existencia. Todavía con el sabor resacoso en la boca, con el estómago haciendo intentos de alzarse esófago arriba y expulsar lo ingerido hacia horas, Daniel tuvo que concentrarse para poner en pie la realidad y la crudeza apareció en cuanto su mente, despierta, consintió tímida dejarle patente con retazos de recuerdos del día anterior cómo Ana María era ya historia.

Aunque esto le hirió profundo, más daño le provocó no tener una lágrima

siquiera para lamentarse; quedando tan sólo una estela de desasosiego en ese interior, saliendo del interregno en el que los sueños se cruzan con lo mundano. Sin embargo, Daniel tuvo una sensación -que contrapuso a la tristísima constatación de la desaparición de su esposa- llevada en volandas sin que pudiese hacer más que sentirla y en la cual se veía a sí mismo besando los labios dulces, carnosos y vibrantes de Andrea, para luego recordar cada una de sus expresiones, incluida la del desdén, también la del desprecio pero, de igual manera, la de la comprensión.

Con este último recuerdo, de manera automática, su mano fue de nuevo a comprobar cómo el fajo de billetes entregado por Andrea permanecía en su sitio y, abriendo los ojos al nuevo día aguantándose las ganas de vomitar, observó el rostro de Luciano, quien no paraba de darle toquecitos en el hombro con tal de que despertara.

-¡Vaya, menos mal!- escuchó Daniel exclamar a Luciano y, nada más incorporarse, tuvo que taponar fuerte su boca.

-¡Vamos, echa todo!- le animó el amigo al verle en aquella situación tan lastimosa, marchando a expulsar cuanto pudo en varias acometidas que le dejaron exhausto.

-¡Disculpa, Luciano, no podía más! Ya estás comprobando qué poco aguante tengo y no me refiero a la comida, sino a la bebida-

-Tranquilo, hombre, no te apures- contestó Luciano dándole leves golpecitos en la espalda a Daniel, tras haber vomitado en el pequeño lavabo del coche-cama cuanto se había estado centrifugando en su interior *-A mí me pasa muy a menudo ¿Sabes? Pero en esta oportunidad parece he superado la prueba y he dormido creo mejor que tú que, por cierto, no has parado de hablar y también quejarte como si fueses un cerdo el día de San Martín-*

-Calla, calla, Luciano, que no te puedes hacer una idea de las pesadillas que he tenido ¡Horrible! ¡Lo peor! ¿Sabes? Y es que no vuelvo a darle al “JB”

después de una cena como la de anoche-

-Mejor sin cena ¿No?-

-¡No, por Dios y la Virgen Santísima, Luciano! Por favor te lo pido y no me recuerdes ni siquiera el nombre, que me dan arcadas de nuevo-

-Nada, nada, lo mejor para estos casos es una infusión de manzanilla que ahora mismo nos vamos a tomar en la cafetería de la estación de Jovellanos porque, no sé si te has dado cuenta, ya estamos pisando tierra asturiana-

-Ya decía yo que esto no se movía-

-Claro, hombre. Vamos, vístete, aclárate con agua la cara y así te despejas. Luego nos vamos a tomar, aparte de la manzanilla para el estómago, una buena aspirina con tal de que la cabeza se ponga en su sitio- animó Luciano y Daniel hizo lo recomendado por aquél, con lo cual y apenas minutos después, como siempre ligero de equipaje, se dirigieron saliendo del tren y cruzando el andén a esa hora repleto de viajeros, hacia la cafetería donde tras esperar unos minutos al haber “numerus clausus” por la hora, pudieron ser atendidos y, ya sentados, consumir poco a poco el líquido que pareció calmar sus respectivos sistemas gástricos junto al analgésico que a Daniel no parecía hacer efecto, a tenor del insistente dolor de cabeza que se había adueñado de ésta nada más abrir los ojos.

-No me digas, Ernesto, que esto no es ya otra cosa- habló Luciano después de ingerir ambos la infusión y notarse mejoría inmediata.

-Y que lo digas- dijo Daniel, después de tomar un buen sorbo, aguardando que el comprimido le librase de la migraña inoportuna.

-Lo malo, Ernesto, es que vas de cabeza a ese congreso médico tuyo y, como son todos, allí te llevarán a sitios de campanillas de Gijón y te pondrán de

grana y oro con exquisiteces del país-

-Te lo ruego, Luciano, no me recuerdes los banquetes que ya he tenido bastante. Te digo que, nada más terminar las charlas del congreso, me retiraré a tomar algo frugal y a la cama. Y de alcohol tras la cena, ni olerlo-

-Bueno, hombre, no digas eso, Ernesto. Eso será el primer día. En cuanto pase otra jornada y estés entre colegas de la profesión, seguro te animas y te vas de farra por ahí a cualquier sitio de postín donde las copas duren hasta el alba-

-Bueno, no quiero decir que ponga mala cara a esos agasajos, pero intentaré que las copas no lleven alcohol o, por lo menos, la mínima cantidad porque ahora mismo tengo todavía la lengua pastosa del “JB”-

-No digas de esta agua no beberé, Ernesto, porque ya te veo de cháchara, con un “Winston” en una mano y en la otra una buena copa-

-De momento, ni hablar de eso. Por cierto, Luciano, creo ha llegado el momento de la despedida y siento tener que dejar tu compañía, pero tengo que marcharme rumbo al congreso y...-

-¡Ni hablar de eso, hombre!- interrumpió el policía a Daniel, quien de repente tuvo consciencia de quién era, qué había hecho, quién le buscaba y, para colmo, tenía justo enfrente como si fuese amigo de toda la vida a todo un inspector jefe de la policía -¿No pensarás que voy a dejarte que vayas en taxi? Además, mi esposa tiene que estar al llegar. Quedamos antes de marchar a Madrid que me recogería, o eso al menos acordamos, y espero no se le haya olvidado y esté en la peluquería o, lo que es peor, hipnotizada mirando trapos en alguna boutique de moda-

-Te agradezco tu ofrecimiento, Luciano, pero no puedo aceptarlo. Me siento apurado de...-

-Ni muevas los labios, Ernesto. Aquí quien manda soy yo y, rectifico, hasta este momento porque aquí llega la jefa- contestó Luciano y él mismo frenó sus palabras señalando a su esposa, quien llegó hasta ellos besándole y luego estrechando la mano de Daniel en cuanto su marido le presentó.

-Encantado de conocerle, señora- le dijo Daniel tirando de papeles representados en la escena y eligiendo una exquisita pose galante con un leve toque de distinción difícil de superar, lo cual dejó fuera de juego a la mujer del policía y logrando que ésta no dejara de observarle ni un solo segundo; quedando tan aturdida como prendada de la belleza apolínea del, falso, doctor.

-Ernesto se viene con nosotros, querida- le advirtió Luciano a su esposa.

-Ya le he dicho que no hacía falta, señora y...- se lanzó Daniel a remediar el follón en el que estaba metido, en tanto percibió ese brillo en los ojos de la dama que, combinado con la sonrisa pícaro que mostraba, delataba de manera palmaria la atracción que aquélla sentía por él. Y, tal como pensó para sí el joven actor, era ya la guinda a todos sus problemas.

-¡No insistas, Ernesto! ¡Ni una palabra más! Te vienes con nosotros y te dejaremos donde tú nos digas- volvió a interrumpirle el policía, a quien se unió su esposa y de igual forma no aceptaron un no por respuesta de Daniel, quien se tuvo que rendir de manera incondicional a los propósitos tan hospitalarios de ambos cónyuges.

-Por cierto, Ernesto ¿Qué hotel es donde te alojarás?-

-Pues, pues...- Daniel se quedó en blanco y aquella pregunta fue como un inmenso abismo, el cual amenazante se abría a sus pies de manera inesperada. Su capacidad de improvisación -en parte por el aturdimiento de la resaca, al cual había que sumar el estómago soliviantado- estaba mermada y apenas pudo balbucear. Pensó necesitaba con urgencia una inspiración para salir de nuevo airoso de una pregunta, a simple vista, de lo más inocente que pudiese

imaginar.

-¿No lo recuerdas?- preguntó de nuevo el policía, en esta ocasión extrañado.

-Si te digo la verdad, Luciano, ahora mismo estoy confuso- dijo con sinceridad Daniel para luego, tras una revelación al ver pasar a una niña con uniforme y su madre cogiéndole con cariño de la mano, soltarle una respuesta que valía un potosí; siendo la siguiente: *-Pero de todas formas tengo que ir primero al Colegio de Médicos. Eso es, al Colegio-* repitió Daniel felicitándose a sí mismo en su interior tras aquella forma de fintar la pregunta. con una respuesta que bloqueaba el jaque al que había sido sometido.

-Entiendo, Ernesto-

-Sí, claro, Luciano, tengo que recoger documentación para el congreso y, bueno, no hay prisa puesto que la sesión inaugural en el propio hotel comienza a mediodía. Aparte que varios de mis colegas asturianos quedaron en acercarme. Así que es suficiente con que me dejéis en la sede colegial-

-Miel sobre hojuelas, Ernesto- respondió Luciano, dándose con ello por respondido *-puesto que recuerdo dónde está ese Colegio de Médicos y nos pilla de camino-*

-Pues, entonces a pedir de boca- añadió la esposa del Luciano, quien no hacía más que admirar el rostro de Daniel y éste darse cuenta sintiéndose muy incomodado teniendo al lado a su marido-

-Oídme los dos- dijo Luciano mientras ya caminaban los tres hacia la salida de la cafetería *-Me acabo de acordar que debo hacer una llamada a la Comisaría. Disculpadme un momento que me acerco a la barra, donde he visto un teléfono público, y regreso enseguida-*

-Aquí te esperamos- respondió su esposa.

-Por mi parte, no hay prisa, Luciano- añadió Daniel, ya más relajado tras haber superado una nueva prueba.

-¿Es usted de Madrid, doctor?- preguntó la esposa de Luciano, llamando así la atención de Daniel una vez quedaron ambos solos.

-Sí, claro. Aunque nací en Valladolid. Sin embargo, en pañales como dice mi madre, me llevaron para la capital al mudarse la familia-

-¿Está casado?-

-Sí- respondió Daniel a la segunda pregunta algo más tenso.

-¿Y su esposa? ¿No le gustan los congresos?-

-¿Mi esposa?- respondió Daniel con la pregunta, utilizando su técnica preferida de ganar décimas de segundo para buscar una respuesta acorde con la conversación, el momento y la persona *-Pues no sabe usted lo que odia estas reuniones de gente sesuda hablando de medicina interna, operaciones a corazón abierto, hígados grasos, riñones trasplantados y demás lindezas de nosotros los médicos. Prefiere el ritmo urbanita de Madrid, su dosis de polución, el ruido ensordecedor de la calle, las disputas del tráfico, la gente corriendo por las aceras como pollos sin cabeza; en fin, ya se hace usted una idea-*

-¡Jesús bendito, Ernesto, cuánta razón! Sería incapaz de acostumbrarme a una gran ciudad y Madrid, déjeme le diga con sinceridad, es para visitar, no para vivir. Le aseguro que, en el lugar de su esposa, no dudaría en acompañarle donde fuera- soltó aquello la mujer de Luciano con una mirada que Daniel interpretó enseguida, conocedor de esa peculiar caída de ojos femeninos, acompañados de una leve inclinación de la cabeza, la contracción

de los labios y una insinuante aparición de la punta de la lengua sobre el labio inferior-

-Bueno, pues cumplido el deber, aquí estoy de nuevo- paró Luciano aquella escena que a Daniel le puso un tanto nervioso, en particular cuando se le acercó la dama a escasos dos centímetros de su rostro con una clara insinuación que bordeaba lo puramente sexual. De cualquier manera, esa turbación de Daniel no estaba motivada por la fémica en sí, quien le atraía al tener un cierto encanto, un cuerpo proporcionado y bien conservado, con medidas ciertamente admirables, sino por el compromiso en el que le ponía con su marido alrededor.

-Querida, por cierto ¿Dónde tienes el coche?- Luciano pareció no percatarse del nivel de temperatura que el acercamiento de su mujer estaba provocando, y no sólo en ella misma sino también en Daniel, sintiéndose incapaz de sustraerse a esa llamada salvaje del sexo.

-Ahí mismo, justo enfrente. A esta hora no hay agobios de aparcamiento y, ya ves, querido, a la primera he logrado encajarlo- respondió la esposa todavía mirando de manera obsesiva a Daniel, y no sólo a sus ojos.

-Estupendo, vamos allá- dijo Luciano y los tres cruzaron la calle hasta dar con el vehículo. Subieron a éste enseguida, ocupando Daniel una de las plazas traseras y el matrimonio delante, siendo el marido quien arrancó y condujo por Gijón.

-Por cierto, y aprovechando que ninguno tenemos prisa, me ha surgido un tema hablando con la Comisaría y, si no tenéis ninguno inconveniente, tengo que acercarme a un sitio un tanto fuera del centro de la ciudad aunque, en un santiamén, resuelvo la cuestión y regresamos de inmediato-

-Siempre que me dejes luego en casa de mi madre, me parece bien. Pero, querido, estoy pensando que me voy a bajar con nuestro doctor. Justamente cerca de allí me gustaría acercarme a la tienda de una amiga, porque me ha

dicho que tiene nuevos modelitos- dijo la esposa girando la cabeza para encontrarse con la mirada de Daniel, y éste teniendo la seguridad al ver su sonrisa y el guiño de ojos que le hizo, de que un nuevo problema aparecía en lontananza, y más conociéndose a sí mismo y su incontinencia con las mujeres lo cual, y si nada lo remediaba, provocaría que dentro de un rato sumase una nueva conquista a su larguísima lista.

-Ya te digo que prisa ninguna, Luciano- añadió Daniel por su parte encantado de dar un paseo por la ciudad y así tener tiempo para pensar en planes con los cuales pasar desapercibido una vez le dejaran en el Colegio de Médicos y así adoptar nueva personalidad, una vez cerrado el asunto romántico de la dama, quien insistía en girar la cabeza, sonreírle y hablarle sin pronunciar palabra con su lengua y sus labios humedecidos.

-¡Fantástico, vamos allá!- dijo finalmente Luciano y luego, cambiando de sentido en la primera oportunidad que tuvo, puso rumbo hacia las afueras de Gijón, cruzando una zona industrial donde abundaban fábricas con hornos humeantes para, tras unos kilómetros, divisar el mar durante unos minutos y luego perderse a sus espaldas.

Diez, quince, tal vez veinte minutos transcurrieron, en los que Luciano y su esposa cruzaron palabras sobre meros asuntos domésticos y Daniel fumó un “Winston” con la ventanilla bajada dejando que el aire con aroma salino le diera en la cara y, de paso, se llevara el humo del tabaco.

-¡Aquí es!- dijo finalmente Luciano, aflojando primero la marcha del coche y luego frenando en un lugar que tanto su esposa como Daniel creyeron de lo más extraño.

-Luciano, dime ¿Dónde tienes que ir?-

-Querida, es tras ese muro de piedra que ves ahí- señaló Luciano hacia una fábrica abandonada, llena de cascotes y herrumbre podrida por doquier con una verja a punto de caerse con cualquier incipiente vendaval; y no digamos

con una galerna cantábrica como Dios manda-

-Pues, Luciano, vaya sitio donde te mandan-

-Cariño, sólo es recoger unas muestras para el laboratorio del forense. Por lo que me han comentado en Comisaría, se las dejaron ayer los compañeros. Así que vuelvo enseguida- respondió el policía, saliendo después del vehículo del coche para dirigirse hacia la entrada de la fábrica, entrando luego tal como observaron su esposa y Daniel, perdiéndose en su interior.

-Este trabajo de Luciano tiene estas cosas ¿Sabe, doctor?- habló la esposa, tras un minuto de silencio en el que se limitó a lanzarle esta vez una mirada lasciva.

-Como en el caso de la medicina o la carrera eclesiástica, el ser policía es vocacional. Yo mismo reconozco que sería incapaz de dedicarme a una tarea como la de su marido. Tiene que ser, reconozco emocionante a veces, pero en algunas ocasiones terrible con lo que tienen que ver y aguantar por la dureza del trabajo- respondió Daniel intentando no corresponder a esas miradas, y tampoco a los dobles sentidos de las palabras que ella remarcaba con gestos.

-Ya lo creo- respondió la dama, esta vez lanzando la mirada más libidinosa y aterciopelando la voz *-Una dureza extrema, doctor. Yo diría “durísima”. Por cierto ¿Querrá tomar una copa conmigo antes de entregarse a ese aburrido congreso?-*

-Bueno, en fin, no sé si debo, porque su marido...-

-Mi marido tiene sus, digamos, distracciones, y usted entenderá que yo no sea menos ¿O no, doctor?-

-Bien, aun así, señora, yo, verás, es que no quisiera decirle que no me atrae,

pero hágase cargo de que...-

-¿Sabe, doctor? Acabo de acordarme que mi madre estará de viaje hasta mañana noche. Y que tengo llave de su piso, que además está a una manzana de ese Colegio de Médicos. No creo que me haga el feo de no acompañarme y que tomemos esa copa juntos y, por supuesto, solos-

-Pues ¿Qué quiere que le diga? Si está cerca el piso y sólo es una copa, yo le diría que encantado acepto la invitación. Pero, por favor, sólo una-

-Como quiera, doctor, pero le aseguro que repetirá y varias veces, hasta saciarse- contestó la esposa de Luciano de manera sugerente, lo que incluyó se desabrochara de manera sutil un botón de la blusa y dejara al descubierto más de lo que debiese y Daniel podía aguantar, sin hacer algo de lo que se arrepintiese de inmediato en cuanto apareciera el marido en cuestión; al que ya imaginaba en su extensa lista centenaria de burlados astados.

Ayer noche precisamente, mientras cenábamos...- Daniel interrumpió su parrafada, que intentó frenar el impulso de aquella mujer a punto de saltar sobre él y comerle literalmente, cuando no entendió qué ocurría al ver cómo un individuo de aspecto patibulario aparecía por delante del parabrisas del coche, se dirigía luego hacia la ventanilla del lado del copiloto donde permanecía sentada la esposa de Luciano y luego extraía un enorme revólver de su chaqueta, apuntaba a la sien derecha de ésta y le descerrajaba un disparo con tal violencia que vio como la tapa de los sesos se levantaba, rebotaba en el techo del vehículo y luego salía impulsada por la ventanilla abierta del lado del conductor, hasta perderse muchos metros más allá.

Daniel, tras contemplar petrificado esa escena, sólo tuvo tiempo a colocar ambas manos sobre sus ojos pero, incluso así, pudo ver cómo un destello se producía, también escuchó otra detonación y sintió al instante cómo su cráneo se partía en dos.

Antes de comprender que su existencia había llegado a su final, tuvo tiempo

de oír voces, gritos y, como colofón, otro disparo que resultó ser lo último antes de que la nada le envolviese.

CAPÍTULO V

-*¿Sebastián Santiago?*- dijo preguntando el conserje del edificio donde Ana María había sido asesinada, tras repetir idéntica maniobra de leer la tarjeta que le habían entregado y a continuación fijar la vista en el rostro del donante.

-*Bueno, eso dice la tarjeta ¿No?*- contestó extrañado el propio Santiago-

-*¿Detective Privado?*-

-*También, y bien claro, lo dice justo debajo de mi nombre. A menos que le haya dado la tarjeta de aguinaldo del servicio de limpieza-* le largó, ya con ironía y un punto de mala leche, el propio detective.

-*Verá, hace unos años leí en la prensa un caso, con varios asesinados en una casa para más señas, donde el policía encargado del caso se llamaba, casualmente, igual que usted-*

-*Más bien no era por causalidad. Era yo mismo, amigo. Sólo que con más pelo, menos tripa y, tal vez, no con tan mala baba como ahora-*

-*Ya decía yo que me resultaba familiar su cara-* contestó el conserje con la boca abierta y las gafas de presbicia al borde de la nariz, a punto de despeñarse y caer de manera estrepitosa al suelo -*Oiga y ¿No era policía? Quiero decir detective, pero oficial-*

-Sigo siendo detective, sólo que ahora me pagan mis clientes y no los contribuyentes. De cualquier forma, la diferencia primordial es que no tengo ningún pelota rastrero diciéndome qué es lo que tengo que hacer ¿Sabe? Y tampoco lameculos que aguantar viendo cómo hacen su tarea con los gerifaltes, con gran celo por cierto y a destajo, delante de mis narices. No puede hacerse una idea del placer que siento al comprobar cómo aquello terminó y, ahora, es agua pasada-

-Entiendo. Bueno, pues dígame qué se le ofrece aunque, ya barrunto que estará relacionado con Doña Ana María-

-Barrunta bien usted, amigo. Claro que vengo por ese asunto y creo, por lo que me han relatado, usted es el testigo clave-

-Bueno, señor, yo no diría tanto. Únicamente fui la última persona que habló por teléfono con ella y también quien descubrió el cadáver-

-Vamos a ver ¿Cómo se llama, por cierto?-

-Evaristo Fernández García, para servirle- respondió respetuoso el portero, quien casi se cuadró y más porque Santiago se le acercó y su envergadura le impuso.

-De acuerdo, Evaristo. Vamos a ver si nos aclaramos entre los dos y alumbramos este caso-

-Pues ya, según dijeron los policías que investigaron, hay luz de sobra. Incluso dejaron caer que Daniel Hidalgo, el marido, bueno ex marido, o no sé qué, fue quien le asesinó-

-Por eso mismo estoy aquí, Evaristo. Tengo fundadas sospechas de que el tal Daniel Hidalgo es inocente-

-Pues, si me guarda el secreto, yo he pensado lo mismo, señor-

-Eso me gusta, Evaristo. Ahora dígame dónde se agarra usted para decir eso así tan categórico, aunque con voz baja como ha utilizado-

-Muy fácil. Daniel Hidalgo aquel día no estuvo aquí. Aunque el día anterior sí. Eso lo tengo muy claro-

-¿No le vio entrar? ¿Ni salir?-

-Estoy completamente seguro. Pero la policía me dijo que se las había ingeniado para burlarme y entrado por la parte de atrás-

-¿Lo comprobaron o sólo fue hipótesis?-

-No sé, pero de comprobación ninguna porque ni me pidieron la llave. Y es que el acceso del edificio por esa zona la necesita. Además que tendría que haber pasado por aquí y le hubiese visto. Pero, bueno, me moví unos minutos de la portería y a lo mejor me cogió las vueltas. Vaya usted a saber-

-Entiendo. Bien, ahora dígame paso a paso cómo fue eso de hablar con Ana María Cienfuegos, el motivo y, por supuesto, el que subiera usted a su piso justo en aquel momento-

-Pues, ya me lo sé de memoria- dijo el conserje con cierta resignación en su tono, a lo que añadió un movimiento de su cabeza de lado a lado en señal de hartazgo -Los policías, qué pesaditos se pusieron, me lo hicieron decir no recuerdo cuántas veces-

-Pues, tranquilo, hombre, en mi caso con una vez me basta-

-Me alegro que me diga eso, porque por las noches hasta sueño con este asunto. Hasta la coronilla estoy, señor-

-Adelante y cuénteme, esa única vez que me bastará, cómo empezó todo-

-Pues, una llamada. Eso es- comenzó a desgranar los acontecimientos el conserje, en tanto Santiago le cogía del brazo y le invitaba con ese movimiento a tomar asiento junto a él en el sillón de la portería, aunque sus posaderas cayeron sobre un banquito del que calculó servía para alcanzar las alturas de la estancia *-Una llamada, tal cual le decía, procedente del número interior de Doña Ana María y, como otras veces, desesperada con ese puñetero gato, por cierto que no es suyo sino de su marido, o ex marido, o no sé qué será, puesto que se casan, se descasan, viven juntos, luego separados, él se va con otras, ella no sé qué haría ni tampoco con quién también, en fin, los tiempos modernos-*

-Seguro, Evaristo ¡Sodoma y Gomorra!-

-Justo, señor, y no hace falta recordar cómo terminaron. Bueno, continuó mi relato. El caso es que Doña Ana María me rogó que buscara al minino el cual, nada más tenía oportunidad, cogía disparado las de "Villadiego" y se esfumaba caminito del entresuelo, donde los vecinos tienen una gatita que le vuelve tarumba. Allá que suele ir nada más olisquea el celo de la susodicha, que para eso es macho, y atendiendo a lo pedido pues colgué y me fui para el patinillo a echarle el lazo a la bola peluda esa, por cierto que tiene unos instintos salvajes y pega cada gañafón que hay que andar con cuidado, hasta se le pilla por la parte superior del cuello y quedan lejos las garras de manos y pies. Ya le digo que, como se descuide uno, pues va listo y con un arañón bien profundo de la fuerza que tiene con lo que le dan de comer y lo ocioso que está todo el día maquinando cómo desahogarse encima de la gatita-

-Muy bien, Evaristo. Entonces ¿Consiguió dar con el gato?-

-Como siempre, señor. Le tengo cogida la medida y no tardé más de tres o

cuatro minutos en dar con él y otros dos en acorralarlo, de tal manera que me dejase pillarle por detrás. A continuación, con el bicho mosqueado dando gañafones al aire, me fui para la escalera y, como es el primero, pues hice el tramo a pie sin tomar el ascensor-

-Un momento, Evaristo. Ahora viene la pregunta de rigor-

-Ya la sé, señor-

-Bien, veo que los policías han hecho su trabajo-

-¡Que se les iba a escapar ese detalle!-

-Bueno, ahora repita lo que les dijo-

-Pues que no vi al tal Daniel ni nadie que se le pareciese, hombre. Allí, al menos cuando subí o bajé, no había alma alguna y sólo me crucé con la asistente de los vecinos de Doña Ana María, quien viene a mantener la casa y punto-

-¿Observó algo extraño en ese tramo? Me refiero a puertas que se abrían o cerraban, o alguna sombra por los laterales de los pasillos-

-Cero patatero, señor. Nada de nada. Todo normal, como cada día-

-Bien, pues continúe. Estábamos con el gato intentando hacerle un buen siete en los brazos y usted subiendo peldaños hacia el piso de Doña Ana María, como le llama de manera respetuosa-

-Y ahora más, que el Señor la tiene en su seno ¿Sabe? Era una señora estupenda, educadísima y de una familia de clase, mucha clase, de Madrid. No se puede hacer una idea el capital que tienen, en especial la madre que

cuando joven heredó la mitad de las tierras de Talavera de la Reina. Y el padre no digamos, Abogado del Estado y que hace unos años, cuando Franco todavía estaba en el poder, sonó para Ministro. Este piso tan fabuloso fue el regalo de boda cuando se casó con el actor ese-

-Daniel Hidalgo...-

-Claro ¡Menudo “braguetazo” pegó! ¿Sabe usted? Un fulano que se iba detrás de cualquier falda que pasaba y se ha acostado con media compañía de teatro, y porque la otra mitad tenía barbas, aparte de llevarse al catre a todas las amigas de Doña Ana María, en especial una guapísima que estuvo por aquí y es la abogada de ellos ¡Una vergüenza! Hasta le vieron besuquear a esa delante de su mujer, o ex mujer, o lo que fuese porque nunca me aclaro-

-Ya estoy al tanto de ese tipo, Evaristo, y también de que le gustaba la buena vida, las mujeres y, en particular, el dinero de su esposa, o por lo menos lo era hasta ayer mismo porque el divorcio no se produjo por el asesinato-

-Ya le digo que no le vi por aquí y no puedo señalarle. No sería justo, ni verdadero tampoco, si lo hiciese. Ahora bien, también no tengo más remedio que confesarle cómo no le faltaban argumentos para cargársela, porque dineros había para retirarle de por vida del trabajo, cosa que ahora se ha hecho realidad puesto que el divorcio no llegó a realizarse como bien dice usted, así que imagínese la herencia con la que va a hacerse. Vamos, que el sujeto ahora le van a salir los billetes por las orejas ¡Y qué pena! Con lo que le quería Doña Ana María, la pobre, que en Gloria esté ¿Sabe? Es que le perdonaba todo, incluso esas asquerosidades que le he referido antes y todo lo que llegaba a sus oídos, porque en el teatro era algo que levantaba los pelos como escarpas-

-Bien, Evaristo, tomo buena nota de esos detalles, que calificaría de muy escabrosos y los cuales ponen en un aprieto, de confirmarse, al actor en fuga. Pero, ahora volvamos donde nos quedamos-

-Sí, señor, con el gato a cuestas y camino del piso de Doña Ana María. Como le he dicho antes, no era ni mucho menos la primera vez y nada más llegar me extrañó que la puerta estuviera abierta. Así que antes de entrar, por educación y respeto, alerté de mi presencia allí. A continuación pregunté por ella en voz alta desde el umbral varias veces. Luego, viendo que no me contestaba, lo traspasé y, tras dejar al minino suelto y que este saliera como alma que lleva el diablo en dirección a la cocina, que se encuentra en el otro ala de la enorme vivienda, cerré la puerta para que no volviera a escaparse y reanudé las llamadas a Doña Ana María de nuevo alzando la voz-

-Paremos la cinta-

-¿Cómo? No le entiendo, señor-

-Sí, claro, Evaristo. Es sólo una expresión. Quiero decir con ella que hagamos un alto en el relato y respóndame a un detalle crucial en mi investigación, el cual creo capital en el caso-

-Usted dirá-

-Bien. En ese momento de llegar, poner el gato en el suelo, observar cómo salía corriendo, incorporarse y luego cerrar la puerta, dígame si algo le llamó la atención en la entrada del piso ¿Tal vez algún objeto? ¿Algún ruido? ¿Alguna sombra?-

-Nada, señor. El recibidor es amplio pero me cuidé, como siempre, de abrir de par en par la puerta y...-

-¿Puede asegurar que sería imposible que el asesino se hubiese colocado escondido tras la puerta y, aprovechando el momento de su distracción con el gato, diera la vuelta a aquélla y saliese sin que lo advirtiera?-

-¡Muy seguro! Es por deformación profesional y también, como le digo, por

educación y saber estar, quiero decir el lugar de un empleado de la finca. Lo primero que hago cuando llego a la vivienda de un propietario, y si éste no se encuentra de inmediato atendiéndome, es empujar la puerta hasta abrirla por completo. Por lo tanto, allí detrás no había nadie y el dejar al gato en el suelo y a continuación volverme para cerrar, con objeto de impedirle de nuevo la escapatoria, fue de un segundo escaso-

-Conforme. Pues, la verdad, todo aclarado y detalle muy importante, el cual le agradezco haya explicado con esa rotundidad. Sigamos, pues-

-Bien, resulta que ya mosqueado porque no me respondía Doña Ana María, y eso que me hice notar, decidí avanzar por el pasillo, crucé por el salón, luego por una biblioteca, dos habitaciones y, al final, llegué hasta el dormitorio principal, todo lo que le digo sin dejar de llamarle. Y ahí fue precisamente donde, nada más poner el pie, me la encontré tirada en el suelo en medio de un charco de sangre enorme-

-Paramos de nuevo la cinta-

-Esta vez he cogido el sentido-

-Muy bien. Pues entonces, Evaristo, renuevo la pregunta-

-Ya la sé también y a los policías se lo aseguré. Le digo lo mismo que a ellos, puesto que en el piso no había nadie ¡Absolutamente nadie! Como le he comentado, me encargué de ir de habitación en habitación y, pongo la mano en el fuego, quien asesinó a Doña Ana María se había ido con la suficiente antelación para que no le atrapasen-

-¿Tuvo usted esa sangre fría de andar por allí? Quiero decir que, en ese momento de encontrar el cadáver, pudiese haber estado el asesino cerca-

-No soy miedoso, pero sí que lo pensé. Aunque mi reacción estuvo más

relacionada con alertar de lo que ocurría y enseguida se me pasó hasta la precaución que debía tener, por si acaso me daban a mí otro trancazo como a la pobre Doña Ana María. Pero aguanté el tipo porque, aquí donde me ve, serví en África ¡En Regulares! Y ya se hará una idea de las cosas por las que pasé y, tristemente, otras que vi-

-Eso le honra. Es un valiente, Evaristo. A propósito ¡Mire!- le mostró Santiago un tatuaje subiéndose la manga de la chaqueta y luego echando para atrás la camisa, hasta dejar el brazo desnudo-

-¡Paraca!- exclamó el portero.

-A mucha honra-

-Pues, otro valiente-

-No tanto como usted, Evaristo. África era otro cantar-

-¡Y que lo diga! De allí salí curtido para toda mi vida. Llegué siendo un niño y salí hecho un hombre hecho y derecho. Todavía tengo cierta nostalgia de aquellos días, que al principio se me hacían de plomo y, nada más licenciarme, parecía que me faltaba algo-

-Eso nos pasa a todos, Evaristo. Yo experimenté algo muy similar, sólo que me duró muchos años más. Bueno, pero dejémonos de batallitas y volvamos a lo nuestro-

-Es verdad. Sigo, entonces, aunque poco puedo añadir. Como le decía, me aseguré de que no había más nadie en el piso y luego tomé el teléfono y marqué el 091. Y hasta ahí puedo decirle-

-Bien, vamos con los detalles. En primer término, dígame dónde estaba el arma homicida o, más bien, ese trofeo que sirvió de tal-

-Justo al lado derecho del cuerpo-

-¿Cómo si lo hubiesen dejado caer o, más bien, colocado allí a propósito?-

-Colocado. Y bien colocado-

-O sea, que saltaba a la vista-

-Perfecto. A la primera. Vamos, que estaba puesto como si lo hubiesen dejado en una estantería, y alineado con el cuerpo. Algo de una frialdad asombrosa-

-Justo, Evaristo, algo muy frío y calculado. Ese detalle me lo guardo porque habla de nuestro asesino y su carácter. Ahora, dígame si nada más alertar a la policía salió del piso-

-Sí, me acerqué un momento a la portería para coger mi cartera, que guardo en el cajón de la mesa, porque imaginaba que los policías, como es su trabajo, me pedirían mi documentación, aparte la declaración que me tomarían-

-¿Tiempo que se ausentó del piso?-

-Máximo un minuto. No hay más. Sólo es un pequeño tramo de escaleras-

-¿Dejó la puerta cerrada al salir?-

-Por supuesto. Cerré, echando el pestillo de seguridad, con la llave que estaba sobre un cenicero en la entrada. Con esa misma, después abrí a la llegada de los agentes-

-Correcto, Evaristo, eso habla bien de usted y le felicito, puesto que deja cerradas las hipótesis sobre los movimientos del posible asesino y centra las pesquisas en otras direcciones. Ahora dígame ¿Cuántos vecinos son por planta?-

-Dos, en la planta primera y, otros dos, en el entresuelo. A partir de la segunda son tres y así hasta la última-

-Llegados aquí, hábleme de los vecinos de Ana María-

-¡Vaya! Eso es nuevo-

-¿Nuevo?-

-Me explico. Es que de eso no me preguntaron los policías-

-De acuerdo. La verdad que no viene mucho al caso pero, también por deformación profesional mía, tiendo a atar todos los cabos sueltos y, si no me corrige, ellos son sin duda-

-Claro, señor. En fin, no hay mucho que decir. Son padre e hijo quienes viven en ese piso que comparte planta con el de Doña Ana María, que en paz descansa. Se trata de un coronel de Infantería, ya retirado, y su hijo treintañero que, al menos yo sepa, no tiene ni oficio ni beneficio conocido-

-¿Esposa? ¿Madre?-

-La pobre falleció hace siete u ocho años, no lo recuerdo bien. Una tragedia porque se arrojó desde la azotea ¿Sabe? ¡Terrible!-

-¿Problemas mentales?-

-¿Mentales? Pues, tal vez causados por algo más doméstico y mundano-

-No caigo ahora-

-Pues el marido, el militar, que tenía pagado un piso a una fulana-

-Doble vida-

-Bueno, digamos que doble o, cualquiera sabe por la desesperación de la mujer, si no era triple o cuádruple-

-Un sujeto de cuidado en eso-

-Y en otras cosas. Tanto es así, que el mismo día que se enterró a la mujer le vieron entrar en una casa de citas que está al final de la calle, según se dobla en dirección hacia la Castellana ¿Sabe? Además, que no se escondió-

-Entiendo, Evaristo. Bien, en cuanto al hijo ¿Qué me dice, aparte de no dar un palo al agua?-

-Pues, que es más raro que un perro verde-

-¿Raro normal o raro, raro?-

-Yo diría que lo segundo. O sea, que es para darle de comer aparte. Vamos, que el tío por no cansarse no da ni los buenos días, y si te lo cruzas en la calle agacha la cabeza y sigue a lo suyo. Yo, y llevo años aquí, jamás le he oído la voz-

-Un antipático de época, por lo visto. Oiga, y en cuanto a vicios del sujeto éste ¿Qué me dice?-

-Que yo conozca, los normales, o sea que fuma como un carretero, igual que el padre, y las botellas de JB las compran a pares. Pero si le soy sincero, y no exagero, la inmensa mayoría de los vecinos del edificio hace lo mismo-

-Bueno, yo incluso algo más en lo referido al escocés-

-Normal, aunque yo soy más de caldos nacionales y, si me apura, del vino de pitarra de mi tierra-

-¡Excelso, amigo Evaristo! Una delicia-

-Que me lo digan a mí, señor-

-Bien, volvamos al tema de esos vecinos y ahora dígame si desde el piso de ellos hay forma de acceder al de Ana María-

-Bueno, siempre que uno esté en forma y no tema partirse las piernas al pegarse el trompazo al estamparse contra el suelo del patinillo, dado que hay sus tres o cuatro metros en caída libre, pues sí lo hay-

-O sea, no hay alguna terraza interior ni nada que se le parezca para tener acceso-

-Ya le digo que sólo aéreo y, si me lo permite, esos dos están ambos bastante fofos. El único deporte que practican es ir del sofá hasta el supermercado "SPAR" cruzando la calle, y cargando una bolsa con botellas de JB y cartones a porrillo de "Camel". Bueno, los domingos sí van a Misa de doce, se toman un par de tapas de arroz caldoso en el bar de la esquina y vuelta al sofá-

-¿Sabe si están en casa?-

-Ya lo creo. Hoy no es domingo, no son las doce, y les toca asomar la gaita esta tarde a eso de las siete y media para su compra etílica y tabaquera. Luego volverán a la gruta-

-Pues, Evaristo, acompáñeme y hagámosles una visita- le dijo Santiago y aquél gustoso aceptó ser su escudero en esta oportunidad, picado también por la curiosidad y envuelto por el carácter campechano del detective, quien nada tenía en común con los oficiales que se habían comportado con él de manera altiva y, hasta, soez en algunos momentos en los cuales le trataron como una sucia aljofifa. Así, ambos subieron el tramo de escalera y en un par de minutos se encontraron llamando al timbre de la puerta en cuestión.

-¿Qué ocurre, Evaristo?- nada más abrir la puerta, preguntó al conserje un tipo metido por su aspecto en la sesentena, tal como aquél le había descrito, vestido pero con zapatillas, gafas de presbicia y sosteniendo un ejemplar del ABC en su mano derecha, mientras con la izquierda se mesaba el grueso bigote de aspecto militar que lucía.

-Disculpe que le molestemos, mi coronel, permítame presentarle al detective Sebastián Santiago, quien lleva la investigación del asesinato de Doña Ana María-

-Es un placer, señor- habló con educación el coronel *-Sin embargo, tengo entendido que la policía concluyó su tarea-*

-Es así, mi coronel- contestó Santiago dando su sitio al militar, lo cual pensó era la mejor política en ese momento, aparte de estimar que el tratamiento era para él algo necesario como respeto *-En esta ocasión soy detective pero por cuenta de la abogada de Doña Ana María, no sé si tendrá el gusto de conocerle, Andrea...-*

-Sí, sí, entiendo- el coronel se avino a razones *-Bien, por favor, pasen ustedes-*

-Muchas gracias, mi coronel- dijeron ambos y le siguieron por el pasillo hasta una pequeña biblioteca atestada de libros, trofeos militares y también armas en las paredes con más polvo del que debiesen-

-Perdonen el desbarajuste pero, no sé si Evaristo le ha puesto al día, señor, mi mujer falleció hace unos años y, la verdad, ni mi hijo ni yo mismo nos hemos repuesto del golpe. Le echamos de menos todos los días y, aunque disponemos de una asistente magnífica que nos cuida todo lo que puede, se nota en la casa que falta ese toque femenino de una mujer y una madre- habló de una manera sincera y eso percibió Santiago, quien vio en la mirada de aquel militar la sombra de la tristeza, aumentada en el tono monótono y desgano de su voz.

-No se preocupe, mi coronel, nos hacemos cargo y entiendo esa herida que tienen, muy difícil de cicatrizar. Espero que el tiempo lo vaya haciendo, en la medida de lo posible, y recuperen el bienestar perdido en la confianza de que su esposa, y madre de su hijo, se encuentra en una mejor vida-

-Gracias, muchísimas gracias, señor Santiago- respondió suspirando el militar, tras unos segundos en los que se quedó mudo ante la parrafada del detective; de quien no esperaba aquella sutileza, además declamada con una forma tan precisa y sincera, que le dejó el ánimo encogido.

-No las merece, mi coronel-

-Por casualidad ¿Ha sido usted militar, señor?- le soltó el coronel a Santiago, todavía con la mirada pensativa.

-Tuve el honor de ser Paracaidista, mi coronel. Bandera “Roger de Lauria”-

-¡Lo imaginaba! Tiene ese aire, sí, señor. Le cuadra. Hasta moviéndose con esos dos metros, que calculo al menos, he pensado en que sería tal vez guerrillero-

-Pues, si me lo permite decirlo, en este caso a nuestra manera, mi coronel, pero paracaidista al fin-

-Es para mí, señor, un honor estrechar de nuevo su mano- se levantó ceremonioso el coronel, hizo lo propio Santiago y, cuadrándose, correspondió dándole la suya.

-El honor es para mí, mi coronel. A sus órdenes-

-Muy agradecido de encontrar alguien todavía con honor en este país, detective-

-Lo mismo digo, mi coronel-

-Por favor, tome asiento de nuevo y dígame ahora qué se le ofrece. Pero, antes no sé si sabe que nuestro Evaristo fue un valiente de Regulares-

-Hace un momento acabo de conocer ese detalle y le he dado mi enhorabuena. Es muy complicado en estos días toparse con compañeros que llevan a gala haber servido a nuestra patria y, además, enorgullecerse de ello- aquellas palabras emocionaron al coronel y abrió las puertas que Santiago había estado esperando *-En cuanto a lo que me decía, señor, voy a pedirle me indique si en el día de ayer vio, o tal vez escuchó, algo fuera de lo común a la hora en la que se produjo el asesinato de su vecina-*

-Absolutamente nada-

-¿Su hijo, tal vez?-

-Lo mismo le digo, detective. Verá, llevamos ambos una vida casi monástica y apenas salimos de casa. Él es huraño y no tiene amigos, permaneciendo todo el tiempo junto a mí en casa. En cuanto a lo de ayer, he de confiarle cómo, cada jornada, ambos permanecemos en la cama hasta bien entrado el

mediodía, con lo cual estábamos aún en sueño profundo cuando, tal como he escuchado, se produjo el asesinato tan desgraciado. Dios le tenga en su Gloria-

-Sin embargo, mi coronel, tengo entendido que sí hubo quien llegó hasta su vivienda en ese momento-

-Por supuesto. Se trata de la asistente que antes le comenté y, como cada día, llegó a su hora, hizo las tareas de la casa y, nada más terminar, se marchó. Tenga en cuenta que conoce nuestras costumbres, y sabe que estamos despiertos hasta altas horas de la madrugada y, casi, cuando ella llega nosotros hemos empezado nuestro descanso-

-Entiendo. Conforme, mi coronel. Ahora, si no le fuese mucha molestia, me gustaría conocer este piso y su orientación, en particular hacia el de la vivienda de su vecina-

-No hay problema, sólo que tendrá que perdonar de nuevo el poco aseo que encontrará-

-Para mí eso está de más y, en particular, porque si viese, mi coronel, la vivienda donde resido, le parecería la suya un palacio recién acristalado. También me quedé hace tiempo sin esposa, aunque no por algo tan trágico como es su caso- respondió Santiago y, junto con Evaristo guiados por el militar, fueron de estancia en estancia, comprobando cómo ninguna daba hasta la orientación que el detective rastreaba y, justo al final del tour por la amplia vivienda, dio con lo que esperaba.

-Y aquí tiene la habitación de mi hijo, quien por cierto ahora está en el baño por una muela que esta noche le ha dado la cara, de ahí que estemos despiertos hoy más temprano de lo habitual. Pero, pasen, por favor-

-Veo que esta habitación sí es interior y se comunica con el patio de luces-

-Así es, detective. La verdad, le soy sincero, es la que él prefiere, incluso pudiendo acomodarse en las otras que son exteriores y, como es lógico, con más luz. No obstante, al ser de costumbres tan noctámbulas, se decantó por ésta-

-Muy bien, mi coronel, agradecido por su hospitalidad y cortesía. Ha sido un placer conocerle y le reitero nuestras disculpas-

-Detective, le aseguro que el placer ha sido mío y un gran honor tenerle hoy aquí- respondió el coronel estrechando su mano y Evaristo haciendo luego lo propio tras el cuadro de todos, que no podía faltar en aquella escena casi castrense donde sólo se echó de menos el reglamentario toque de corneta.

Minutos más tarde, realizadas las despedidas finales, tanto Santiago como Evaristo regresaron hasta la portería.

-Evaristo- no dio tregua alguna Santiago al conserje, quien veía turbada su natural tranquilidad con aquel torbellino de preguntas y acciones rápidas e incisivas *-¿Tiene aquí teléfono con línea hacia el exterior?-*

-Por supuesto ¿Necesita llamar?-

-Así es. Sólo será un momento-

-Lo que haga falta, señor-

-Evaristo, por cierto ¡Llámame Santiago como todos, hombre! Que somos camaradas, además me tuteas y, por favor, deja ya lo de señor porque además no lo soy- le soltó el detective al conserje de sopetón, quien recibió aquello con una sonrisa de oreja a oreja, poco acostumbrado a que alguien le tratase de forma tan cercana y más bien a la contraria del menosprecio de señoritos de “pan pringao”, quienes se regodeaban de su mezquino comportamiento.

-¿Andrea?- preguntó Santiago en cuanto escuchó al otro lado de la línea telefónica una tierna voz femenina, tan infantil, aterciopelada y sugerente como la que tenía la preciosa abogada, aparecida en su vida para turbarle a cada momento que permanecía a unos palmos de él -¿No eres Andrea?- preguntó de nuevo Santiago contrariado ¿Dónde llamo, entonces?- insistió aún más cabreado -Bien, bien, espero, señorita, oiga, dígame que soy Santiago, Sebastián Santiago- dijo finalmente y permaneció a la espera.

-¿Santiago?- escuchó el detective después de permanecer tres o cuatro minutos en silencio tamborileando sobre el pequeño escritorio de Evaristo, quien había salido para atender a un vecino y se incorporó en ese instante en el que había aparecido la joven abogada.

-Aquí estoy, Andrea, y compruebo se encuentra usted muy ocupada-

-Tenga en cuenta, Santiago, que el tema de Daniel es uno más. Mi despacho, ya se hará una idea, atiende multitud de casos de divorcio y no damos abasto-

-No hace falta que lo jure. Me hago esa idea sólo con escuchar por este cacharro el guirigay que tienen montado por ahí-

-¿Y para eso me llama? Oiga, detective, vamos a ver, sepa tengo mucho trabajo y debo continuar...-

-No, no, Andrea. Espere, mujer, un momento. No me ha dejado acabar la frase. Verá, el motivo real de mi llamada, aparte de escuchar esa voz que tiene usted, la cual me eriza la piel, es para preguntarle por su cuenta corriente-

-¿Qué? ¿A qué viene eso? ¡Y ya le he dicho que se deje de esos comentarios machistas! No va a conseguir nada conmigo, detective ¿Entiende? No me interesa para nada usted-

-Todo se andará. Ya veremos más adelante y déjeme, al menos, intentarlo. El amor es así de imprevisible ¿No cree?-

-Santiago, déjese de estupideces-

-Está bien, Andrea. La verdad es que sólo me quería asegurar de que tiene a mano el segundo pago de mis honorarios, en particular porque tengo casi resuelto el tema de Daniel Hidalgo y Ana María Cienfuegos-

-Le gusta gastar bromas ¿No? Veo que es aficionado a ellas-

-Nada de eso, Andrea, la verdad es que le he llamado para escuchar su voz y decirle que le amo con todas mis fuerzas- Evaristo, quien permanecía leyendo el MARCA, apartó la mirada del reportaje sobre los nuevos fichajes del Real Madrid y, con cara de sorpresa, la giró hacia el detective.

-¡Santiago, no sea majadero! Y, de una vez por todas, déjese de sandeces. Además, haga el favor de no molestarme en horas de trabajo-

-Sólo intentaba hacerle llegar mi amor más sincero por usted y, aparte de esto, tenía otra cuestión que referirle y, conforme a ésta, pedirle algo encarecidamente-

-No entiendo nada, detective. Me está mareando con sus tonterías. Venga, sea rápido que tengo asuntos pendientes-

-Bien, vamos a ver. Lo primero es decirle que sigo loco por usted, lo segundo que aún no he llegado a los cuarenta y uno, que tengo intención de dejar la bebida, también de comprarme ropa nueva e ir a Misa los domingos, festivos, días de guardar y, por último, quería rogarle llamase a sus amigos los policías metiéndoles prisa, para que vayan al juez y soliciten una orden de registro del domicilio del vecino militar retirado de Ana María Cienfuegos y,

en concreto, hagan un repaso concienzudo a la habitación que ocupa su hijo. Finalmente, deje que le diga que mi propuesta de matrimonio incondicional está sobre la mesa y le mando el beso más tierno que sea capaz de imaginar-

-Entendido, llamaré enseguida a mis amigos, como dice usted con ese retintín tan desagradable, Santiago, y en cuanto a lo demás le remito por esta misma vía un enorme saco de calabazas bien maduras-

-Será un placer recibirlas. Bien, se me olvidó decirle que me marcho ahora mismo al teatro a ver si ligo más que con usted. Besos y abrazos-

-Puede ir donde le plazca, pero nada de eso último. Adiós y va usted en coche, Santiago- contestó la joven al detective, con uno de esos cortes que tanto gustaban a éste y hasta gozaba de manera casi masoquista para, nada más colgar el teléfono, quedarse embobado de manera infantil mirando el techo y pensando en ella.

-Es que es guapísima, Santiago- dijo Evaristo, con la boca a punto de desbordarse la baba.

-¡Una belleza irresistible, Evaristo, una Valkiria!- respondió Santiago de manera teatral, en tanto se levantaba, daba la vuelta y ponía rumbo hacia la salida del edificio, para luego detenerse en el umbral y advertir al conserje - *En cuanto al encargo que has escuchado, amigo ¡Chitón!-*

-¡Punto en boca, camarada!- respondió el portero guiñando un ojo, volviendo a los fichajes recientes del Real Madrid y Santiago dirigiéndose como las balas hacia la parada de taxis más cercana, tomando uno y pidiendo al conductor le llevase al teatro a la mayor celeridad posible; cosa que éste se tomó al pie de la letra y más cuando el detective colocó ante sus narices un billete morado. Fue verlo y Santiago sintió rejuvenecido el motor del coche, ya con unos años auestas, al pisarle bien a fondo aquel tipo. Hasta tanto cumplió éste sus deseos de velocidad, que no le importaron los muchos guardias que jalonaban el camino hasta alcanzar la Gran Vía, dejando atrás

un par de atascos que su pericia y el conocimiento del centro madrileño, atajando por calles estrechas, hizo que en menos de lo previsto Santiago pusiera los zapatos del cuarenta y nueve y medio en las puertas de la sala teatral.

-Muy buenas, soy Sebastián Santiago y tengo una cita con el director de la compañía, señor...

-Sí, me han dejado razón hace un rato. Pase usted, que Don Domingo le está esperando- le respondió el encargado de mantenimiento, dejando el tablero de iluminación para atenderle de manera educada aunque con cara de pocos amigos toda vez, que ya fuesen policías o detectives, en el teatro no daba buena espina su presencia.

-¡Oiga! ¡Aquí!- escuchó Santiago nada más entrar en el teatro con las butacas vacías, salvo las primeras del escenario desde donde le hacían señas para que acudiera. En un momento, se encontró frente a un señor con toda la pinta de dirigir el cotarro y también una bocanada de humo en toda la cara.

-Encantado de atenderle, señor Santiago- tras el preludeo de cortesía con manos estrechadas y presentaciones por ambas partes, el director fue al grano espoleado por tantas preguntas de unos y otros *-Tengo entendido que ha sido Andrea, muy amiga de Daniel y la pobre Ana María, quien le ha contratado-*

-Cierto-

-Me imagino que para probar la inocencia de nuestro compañero Daniel-

-Así es, señor- soltó Santiago, tirando de diplomacia para empezar *-No obstante, aún es pronto para determinar si él, por sí mismo, o tal vez ayudado por un tercero, ha tenido algo que ver. Por mi parte, y lo entenderá, hasta tener todas las pesquisas hechas, debo permanecer equidistante en cuanto a su culpabilidad o no. Ya sé que tanto la abogada, amiga de la familia, como ustedes, sus compañeros, tienen sobrados motivos para pensar*

que no ha sido él. No obstante, debo advertirle cómo hasta el momento todo apunta a su autoría-

-Imposible, detective. Se lo garantizo-

-Disculpe, Don Domingo, pero en mi profesión las garantías las dan las pruebas, los indicios y, en este caso, aunque le confieso tengo el palpito favorable para los intereses que defiende, no descarto tenga algo que ver en toda la trama, por otra parte harto compleja según avanzo en mis investigaciones-

-Ya verá como “Cary”, quiero decir Daniel, resulta ser absolutamente inocente. Es un gran chico, también un actor con un futuro extraordinario, dotado para la escena, que domina la comedia, el drama, incluso tiene bis cómica, lo cual demuestra que es un actor completo y versátil sobre las tablas-

-No pongo en duda sus cualidades profesionales-

-Entiendo, detective, pero a eso suma que es una muy buena persona, un compañero entregado, muy popular entre todos...-

-Creo que más bien entre todas, Don Domingo-

-No discutiré ese detalle. No sé si le conoce en persona, pero es un chico muy bien parecido, con un cuerpo que raya la perfección, unos rasgos de galán moderno, pero con un toque de distinción a la hora de declamar que a las damas les resulta irresistible-

-Muchas damas, añadiría-

-Tampoco me opondré a ese detalle. De todos es conocido que es un auténtico Don Juan y, le soy sincero, las más de las veces no por su propia

voluntad sino, le aseguro, por la de las féminas que se lo rifan. De eso, señor, sabía muy bien Ana María y, aunque él mismo se había reformado abandonando antiguos hábitos, le era difícil sustraerse a tanta mujer rendida a sus brazos por donde pisaba-

-¿Qué me dice de esa tía del empresario?-

-Veo que Andrea le ha puesto en suerte el tema-

-En suerte y algo más. Tanto es así que me ha confiado cómo circulan por ahí unas fotos comprometedoras-

-Ya había oído algo. No sé realmente qué ocurrió. Lo que puedo certificar es que, como es habitual, habíamos ido a cenar juntos toda la compañía y que, en un momento del final de la noche, tanto Daniel como la primera actriz y tía de nuestro joven empresario, desaparecieron sin rumbo conocido-

-Pero, calculo, adivinado conociendo el percal-

-No sé los demás pero, en mi caso propio, jamás pensé en ese sentido que sugiere de manera tácita, detective, en particular porque la diferencia de edad es enorme y, aunque me consta que la primera actriz estaba obnubilada por Daniel y eso se notaba tanto en la escena como en el día a día, él me confesó que sólo era una atracción por parte de ella y que le había dejado claro cómo no tenía opción a pasar esa línea roja, la cual lleva al sitio donde usted está pensando ahora mismo, detective-

-Es algo lógico conociendo, aunque sea de oídas, las andanzas amorosas del tal Daniel Hidalgo y la persistencia en la persecución del muchacho por parte de esa señora, tan señoreada, y tan bien emparentada con el empresario al que, según me comentan, nutre de manera generosa su cuenta corriente y, por ende, las de todos los integrantes de la compañía-

-Acierta de nuevo, detective, pero insisto en que Daniel se mantuvo alejado de esa línea. Verá, según me consta, fue ella la que en un momento de aquella noche, y en la intimidad de la entrada al edificio donde el joven residía tras su separación de Ana María, quien no pudo resistirse a probar la fruta que tanto ansiaba-

-Bien, Don Domingo, no obstante queda en la nebulosa de las mentes calenturientas, nunca mejor dicho, lo que ocurrió aquellos minutos en los que ambos permanecieron a solas en el piso de Daniel, cuatro plantas más arriba y si fueron los dos quienes decidieron dar ese saltito al vacío y caer sobre unas sábanas blancas recién puestas-

-Pondría la mano en el fuego por Daniel, detective-

-En mi profesión, Don Domingo, esa frase es la antesala de la constatación de la culpabilidad en los casos. Siempre surge alguien que la expresa, tal como ha hecho usted, y resulta para nosotros como un faro que nos guía hasta el culpable. Ya le aconsejo que jamás ponga ninguna de sus manos en el fuego por nadie, ni siquiera por mí, si llegado el caso-

-Ciegamente confío en ese muchacho. Sólo tiene ese, si se puede llamar así, defectillo de caer de manera inocente en las redes de las mujeres y, la verdad, no le veo culpable de atraerlas como la miel a las moscas-

-Bendito defecto, Don Domingo, no me importaría tenerlo, esa es la verdad. Pero, bien, ya que hablamos de estos temas, ahora quisiera me dijese si, aparte de Daniel, alguien de la compañía, y me da igual si fue mujer u hombre, abandonó a la misma hora el teatro-

-Por mi parte, puedo asegurarle que la compañía al completo permaneció sobre el escenario, salvo Daniel por supuesto que se ausentó el tiempo necesario-

-Bien, eso me alegra enormemente, Don Domingo. Ahora, dígame si notó

algo raro en Daniel al volver, y no me refiero sólo a su actitud, sino en sus ropas y manos, en concreto salpicaduras de sangre-

-No, por Dios, detective. En primer término, su actitud fue normal y comentó todo lo referido a la ausencia de Ana María como una simple anécdota. En cuanto a sus ropas, sus manos y demás, no presentaba resto alguno ni de violencia, ni de sangre, ni nada que se le pueda parecer-

-Estupendo. Ahora, dígame si Daniel comentó en alguna oportunidad algún, digamos, escaqueo amoroso de Ana María, quien fue su ex durante bastantes meses-

-Es algo confidencial, detective-

-Conmigo eso no vale, Don Domingo. Tenga en cuenta que estoy intentando sacar a Daniel de un apuro y serio. Tiene a un montón de gente trabajando para meterle entre rejas una buena temporada. Tal vez, en su sesenta cumpleaños pueda volver a las tablas e, imagino, usted no querrá contribuir con su silencio a ello-

-Por nada del mundo. Le tengo como el hijo que no pude criar, detective. Le protejo siempre que puedo, le aconsejo en todo lo referente a su carrera prodigiosa y con un futuro halagüeño, así que él me perdonará si quito el velo a las confidencias que, muy en privado, me hizo no hace mucho tiempo y me consta, detective, que nadie y ni siquiera Andrea tiene noticia-

-Eso le honra, en vez de caer sobre usted como una losa de oprobio por lo que pueda tener de clarificador sobre el caso y, quizás, alumbre una nueva pista para su resolución lo más rápida posible, con tal de que su pupilo regrese a pisar esas tablas donde, a su parecer, tiene un futuro lleno de éxitos-

-Eso sin dudarlo, detective, llevo toda mi vida entre estas paredes, en esta profesión y rara vez encuentro un diamante en bruto con esa categoría con la

que atesora Daniel. Es capaz de mutar entero para encajar en sus personajes, parece transido cuando interpreta, se presenta ante el público transformado en ese espíritu que mora en el libreto, incluso me atrevería a vaticinar que será la estrella de nuestro teatro a la vuelta de un par de años. Por ello, me veo en la obligación de faltar a mi palabra de honor y poner en su conocimiento lo que en privado me confió, con esa premisa de la que ahora reniego por su bien-

-Le recomiendo no flagelarse con ese remordimiento, Don Domingo, puesto que se trata de enfangar su conciencia con una villanía no propia de alguien como usted, a quien le supongo una lealtad inquebrantable, sino que por el contrario su revelación puede llegar a convertirse a un clavo ardiendo o, más bien un salvavidas para Daniel, cuando se encuentra en una situación parecida a alguien a merced de aguas procelosas-

-En ello sostengo mi deshonor al confiarle cómo Daniel, y esto ocurrió hará cosa de un mes, me dejó caer mostrando un gran enfado cómo había encontrado a Ana María abrazando a un joven vecino, quien por lo visto reside justo en el piso de al lado, hijo de un militar retirado, y del que jamás pensaría le pudiese atraer-

-Disculpe Don Domingo que le pregunte por algún detalle más de esa escena comentada por Daniel, pero no crea que es por afán morboso sino para ahondar en el sentido de ese encuentro entre Ana María y ese vecino-

-Si es lo que está pensando, pues se equivoca. Cuando me refería a que les sorprendió uno en brazos del otro es algo literal, detective. En mi caso de igual forma cuestioné a Daniel y él aclaró que no se refería a que estuviesen en ese momento, ya sabe usted cómo, sino que se limitó a un simple abrazo de ella al muchacho sentados en el sofá del salón, lo cual contempló al llegar a éste. En resumidas cuentas, no hubo escena de cama, sino apenas un escarceo-

-Bien, esto que me cuenta, Don Domingo, tiene un valor incalculable para Daniel y, a semanas vista, él mismo no imagina en este momento el valor que

tiene el que haya llegado a mi conocimiento esa situación que, por otra parte, sería para su pupilo un aldabonazo serio, incluso sin que se produjese un encuentro de su esposa con el vecino, digamos, más íntimo y con menos ropa encima, si me lo permite decir así-

-Es tal cual, detective, y estuvo apesadumbrado Daniel muchos días hasta que aquella nube pasajera se marchó y pareció retomar su nivel cotidiano tanto de humor como de trabajo. No sé, la verdad, qué ocurrió pero todo quedó en una anécdota que él mismo no dio importancia. Con lo cual, o bien aclaró el tema con Ana María o decidió asumir que, de igual forma que él mismo tenía sus deslices con otras chicas, su esposa pensó debía tener derecho a hacer lo mismo, y más cuando en esos días llevaban separados muchos meses y se acercaba el divorcio que fue truncado con el asesinato-

-¿No dio norte del motivo?-

-La verdad es que no entró en detalles y su vuelta al redil de la normalidad se produjo de repente, digamos que quince o veinte días después de aquel incidente para él tan desagradable. De todas formas, lo que sí puedo decirle es que, precisamente en aquel jolgorio en el que luego se marchó con la primera actriz y con una copa de más, me dijo en voz baja que olvidase aquel asunto de Ana María y que a ella le gustaba demasiado eso de ayudar al prójimo-

-¿Ahí quedó? ¿Nada más?-

-Así es, detective, porque después de aquello el asunto se olvidó por completo y, me consta, retomó el acercamiento a Ana María. Y no me refiero sólo al espiritual, sino al otro que usted está pensando-

-Correcto y sí es cierto que lo pensaba. En particular porque también me consta, por terceros, que mantenían, digamos, esos encuentros íntimos incluso a punto de divorciarse-

-Tiempos modernos, detective-

-Sin duda, Don Domingo, y en cierta medida difíciles de digerir para generaciones anteriores como es el caso suyo y mío, de igual forma. Bien, llegados a este punto, quisiera ahora que volviéramos un instante a esa primera actriz-

-Reitero, detective, lo dicho antes de ella y no exagero porque está perdidamente enamorada del joven-

-Bueno, le veo en ese aspecto muy contundente. Por lo tanto, tomo nota, Don Domingo, pero quiero referirme a si pudo aquella mañana ausentarse y...-

-Imposible. Bórrela de sus sospechas. Precisamente estuvo ensayando con la compañía y, en lugar de Daniel, otro joven actor le sustituyó. De tal manera que no abandonó el teatro en este intervalo de tiempo, ni siquiera para retirarse a los camerinos-

-Bien, lo que no obsta para que, momentos antes de personarse en el ensayo, acudiese a casa de Ana María y cometiera el asesinato para luego, libre de sospechas como dice, incorporarse al trabajo y así tener una coartada perfecta-

-Si me lo pone así, hasta me cuadra a mí. En especial porque es cierto que llegó tarde al ensayo y le tuve que decir unas palabras al respecto, incluso apelando a que el tráfico había sido el causante de no aparecer a la hora indicada para comenzar. Sin embargo, no es que ponga la mano en el fuego, pero no le veo de asesina y, si me deja meterme en su papel detectivesco, nunca por Ana María sino por otra no más lejana-

-¿Cómo? No entiendo-

-Detective, verás, esa noche en la que no sé cómo alguien les hizo las fotos de

marras, besándose con Daniel en el portal de la casa de éste tras bajar de su piso, hubo algo más que ocurrió. Pero, no con nuestra primera actriz y tía benefactora del empresario-

-Eso tiene que contármelo, Don Domingo-

-Bien, no tiene nada de particular pero es que, sin ser cotilla ni faltar de nuevo a la confianza de Daniel, él mismo me refirió en descargo a las habladurías de sus andanzas con la primera actriz que, tras aquel arrebató de ésta besándole allí en el portal, le acompañó a la parada de taxis y él se marchó rumbo a otra cama-

-Bueno, esto se pone interesante e imagino que enervaría a la dama cincuentona-

-No sé si llegó a sus oídos, pero Daniel esa noche acabó la fiesta no con ella, sino entre sábanas con Andrea. Lo cual no era impropio puesto que, tras la separación de Ana María, se había convertido en algo así como su paño de lágrimas-

-A mí sí que me cuadra eso que dice, Don Domingo, y más cuando puedo asegurarle que, sin saber esos detalles y más cosas, deduje desde el principio que Daniel y ella habían tenido, digamos, esa relación tan íntima. Aparte, no hace falta más que comprobar cómo se le cambia la cara en cuanto se menciona al muchacho, amén del esfuerzo que está realizando para intentar sacarle de este aprieto-

-Andrea, aparte de una belleza, es una buena chica ¿Sabe? La verdad es que, y en esto le ruego me guarde la confidencia, le considero bastante inocente porque se hace ilusiones con Daniel desde hace muchísimos años, cuando estudiaban juntos con Ana María y pertenecían a la compañía de teatro universitario. Andrea se enamoró, lo mismo que su futura esposa, de Daniel y ambas estuvieron ahí hasta que él se decantó por Ana María. Andrea asumió aquello y más porque ésta era su mejor amiga y nunca perdió la

amistad incluso con el desengaño que se llevó. En fin ¿Qué quiere que le diga? Y sigue atontada por él. No hace falta que exagere, porque ya ve usted cómo está moviendo cielo y tierra para que se libere de este suplicio de ser señalado como asesino de su propia esposa-

-Oiga, Don Domingo, y ¿Qué me dice de las otras mujeres de la compañía?-

-En fin, unas están y otras ya no. No sé si conoce el mundillo de la escena, pero se mueven mucho de una a otra compañía. El caso es que sus devaneos con ellas en su día provocó, en mayor medida y por acumulación en el tiempo, la separación con Ana María. Y no era de extrañar, incluso yo mismo le llamé la atención, puesto que era bárbaro observarle cómo iban cayendo una a una-

-¿Tan descarado?-

-Aún más. Y como no podía ser de otro modo, no tardaron en llegar esas habladurías a Ana María-

-¿Alguna en especial?-

-Nada de eso. Todas, y cuando digo todas es que son todas las que pasaron por, en fin, usted ya me entiende-

-No hacen falta más precisiones-

-Pero, si le digo la verdad, Daniel se lo tomaba como simple deporte-

-Buena acepción y buena afición-

-La cuestión es que, como ya comenté antes, no podía quitárselas de encima. Acababa con una cuando, incluso al día siguiente, ya tenía otra dispuesta

para, bueno, lo que usted se está imaginando. Así una detrás de otra y, sin exagerar, llegó a acostarse con todo el elenco femenino, fueran jóvenes o maduras, altas o bajas, delgadas o más rellenitas. Recuerdo que era moneda común en los descansos de los ensayos escuchar tras la puerta del camerino cómo satisfacía a más de una, a tenor de los gemidos de placer de ellas, por cierto sin pudor y hasta me parecía que lo hacían adrede con tal de lanzar un mensaje claro a las otras de que habían conquistado a Daniel-

-¡Qué barbaridad!-

-Una adicción, ya le digo, tal como yo mismo le advertí y bastante peligrosa en multitud de casos, puesto que muchas tenían sus respectivos maridos y alguno llegó a liar una buena en plenos ensayos. Hasta dejó preñadas, de esto hace algo más de tiempo, a un par de ellas y deben andar por ahí los retoños. Fue precisamente en uno de los escándalos mayúsculos, cuando no se le ocurrió otra cosa que sumar a su larguísima lista de conquistas a una actriz de gran renombre en la profesión, por cierto entrada en la cuarentena pero conservando su belleza intacta y quien vino de gira con nosotros por provincias, cuando se lió parda en el instante en el que el marido en cuestión, político de profesión y por una confidencia de alguien anónimo, intentó arruinar su carrera y casi lo consiguió si no llego yo mismo a mediar junto con nuestro empresario en el último instante sacándonos de la manga ambos de manera coordinada, todavía no sé cómo, una historia de lo más rocambolesca, en la cual echamos la culpa del desliz de su señora a un personaje de pura ficción que se tragó inocente. Desde aquel día, viendo las orejas al lobo, Daniel tomó otro rumbo y, también habiendo madurado y con la amenaza de perder a Ana María, enderezó esa particular forma de intimar con las compañeras y, aunque siempre hay algún escarceo entre bambalinas, no volvió a ese récord de féminas pasando por su cama sin descanso-

-Muy ilustrativo su relato y, lo confieso, abre en el caso una serie de interrogantes y elementos sorprendentes de cómo era en sí Daniel en cuanto a las damas. Ahora, Don Domingo, querría rogarle pidiese a la primera actriz me dedicara unos minutos, con la sola intención de aclarar un par de asuntillos sin importancia-

-Sin problemas, detective, enseguida se lo comento. En cuanto a mí...-

-Todo aclarado, Don Domingo. Ha sido usted muy amable y es suficiente con lo relatado que, si le digo la verdad, para mí ha dejado el caso visto para sentencia-

-Ojalá sea favorable para Daniel. Ya le digo que es un buen chico y es injusto cómo se le busca como a un vulgar criminal-

-Tranquilo, Don Domingo, porque creo pronto podré darle buenas noticias-

-El Señor le oiga. Bueno, ha sido un placer y voy a dar ese recado- concluyó Don Domingo y Santiago le vio dirigirse hacia el escenario, cruzar unas palabras con la primera actriz y ésta, mostrando su enfado de manera evidente, cumplió a continuación lo ordenado por aquél y, a regañadientes, abandonó las tablas para recorrer el pasillo y llegar hasta donde Santiago le recibió estrechando su mano y éste pensando para sí cómo aquel traje de época que llevaba, incluso estando por encima de su peso, le quedaba perfecto. Le sorprendió comprobar cómo, a pesar de su edad, tenía un rostro atractivo aunque no era lo que saltaba más a la vista sino sus pechos estilizados por el corsé que lucía.

-Oiga, no me parece educado que me haga preguntas aquí en medio ¿Lo entiende? Soy una señora y...-

-Y es quien paga esta fiesta. Tranquila, estoy al tanto- le interrumpió Santiago, con esa peculiar forma de parar los pies a quien se le pusiese a tiro con ínfulas de superioridad.

-Vaya, veo que es usted, detective, un grosero como...-

-Vamos, señora, me bajaré del burro y, si a Usía no le parece mal, vayamos

fuera de la sala- de nuevo Santiago le interrumpió para, después de concederle el deseo, hacer que le acompañara al exterior y, una vez en éste al final del pasillo que daba al patio de butacas, ya en la intimidad, sentarse ambos en un sofá que parecía colocado a propósito.

-Ese director del demonio le habrá dicho de mí que llegué tarde al ensayo y...-

-Señora, entiéndalo- Santiago realizó la tercera interrupción consecutiva, pero ya supo cómo ella estaba en suerte y también que era más astuta de lo que aparentaba *-Verá, si alguien llega a un ensayo más tarde de lo acordado, precisamente el día en el que se comete un asesinato de la esposa de un compañero, es lógico que salten las alarmas-*

-Ya he dicho a todos que fue el tráfico ¿Estaré justificando veinte minutos de retraso hasta el día del Juicio Final? Es algo que le ocurre en Madrid a la mayoría de vecinos ¿O no?-

-¿Asesinó usted a Ana María Cienfuegos?- soltó Santiago sin dejarle un respiro.

-¡Claro que no! ¿Por qué iba yo a...?-

-Señora, clarifiquemos la situación. Si piensa que me chupo el dedo, va usted arreglada. Vamos a ver si nos entendemos. Usted es la principal sospechosa en este momento y tendrá que convencerme de que es inocente ¿No sé si me ha escuchado bien?-

-¡Oiga, esto es un ultraje. Llamaré...!-

-¿A quién? ¿A la policía? ¿Qué le parece que antes sea yo quien les llame y relate algunas cosillas?-

-Ese director ¡Es un...!-

-Ahora coopere y dígame quién hizo aquellas fotos con Daniel Hidalgo en la puerta de su edificio-

-¿Cómo voy a saberlo?-

-¿Rivales? ¿Otras mujeres interesadas en él?-

-Pues qué se yo. Imagino que sí. De todas formas sólo fueron un par de besos y...-

-Oiga, señora, míreme. Fíjese bien en mi cara. Ahora dígame si cree que soy un idiota redomado-

-¿Qué quiere, detective?-

-Haga el favor de no disimular. Podrá usted engañar a la policía, incluso a ese director y sus compañeros, pero a mí no-

-Dije que era usted un grosero pero me quedé corto. Es, además, un...-

-Frene, señora. Sincérese conmigo y dígame qué ocurrió en casa de Daniel aquella noche-

-Pero, bueno ¡Eso es algo íntimo!-

-Cuando pueden sentenciarle a treinta años, la intimidad desaparece, señora. Y tendrá que elegir entre perderla ante la policía, o ante mí-

-No pasó nada. Fuimos porque me encontraba mal y...-

-Señora, insisto en lo de chuparme el dedo. Vamos, diga la verdad-

-¿Qué verdad? Soy una señora y...-

-Sí, claro. Tanto que se dedica a morrearse con un chaval que podría ser su hijo en la puerta de un edificio donde vive, dejando que él le quite el sujetador y...-

-¡Señor, haga el favor de callarse!

-Veo que no tendré más remedio que hacer una llamada a la policía y contarles que...-

-¡Está bien! Sí-

-Sí ¿Qué?-

-Tuvimos sexo Daniel y yo en su casa-

-Vamos entendiéndonos, señora-

-Pero esto debe quedar entre nosotros ¿Entendido?-

-Estoy aquí para salvar la vida de ese muchacho y, tal vez, para arruinar la suya. No obstante, ha dado el primer paso para que apunte hacia otro lado, al menos de momento-

-No hubo nada malo en lo que hicimos. Y no le forcé ¿Sabe? Él fue quien me lo propuso, mientras tomábamos unas copas con la compañía. Yo le dije que lo que sentía por él era algo romántico y muy alejado de lo carnal. Es cierto que le doblo la edad, pero eso no es un obstáculo para que me enamore de

él como una chiquilla. Él lo sabía y, hará unos meses, ya me había insinuado tener sexo en el camerino. Créame que me negué una y otra vez. Sin embargo, aquella noche y, ya se imaginará, con las copas que tomamos juntos con los compañeros, confieso que la tentación para mí fue mayor que mi sentido común. El caso es que me convenció y, en fin, que terminamos en su cama. Lo de las fotos al salir fue una sorpresa, pero lo que sí le digo es que en ningún momento fui yo quien se abalanzó sobre él. En cuanto a lo del sujetador, le aseguro que fue Daniel quien quiso más, y ya no sigo. Entiéndalo, estoy muy avergonzada-

-Señora, no entro en juzgar ese amor tan grande que siente, como compruebo, por ese joven compañero suyo, mucho menos lo de disfrutar del sexo con él o con quien le plazca, sea hombre, mujer o mediopensionista, allá cada cual con sus deseos. En cuanto a las fotos, si le digo la verdad, para mí es lo mismo que usted fuese quien se quitó el sujetador, como si fue Daniel quien buscó una propina. Lo capital en este caso es que tiene usted un buen número de papeletas para ser la asesina de Ana María y...-

-¡Perdone, señor!- interrumpió Santiago su conversación con la primera actriz y recién catalogada como sospechosa también, cuando escuchó la voz de quien le había recibido a su llegada, llegando a grandes zancadas por el pasillo.

-¡Dígame!- contestó Santiago, no sin antes pedirle disculpas a la dama, quien había perdido esa impronta dura, rebelde si cabe, y había roto a llorar aunque de manera comedida *-¿Qué ocurre?-*

-Una señorita, quien dice llamarse Andrea, le está esperando en un taxi y dice que salga por un tema urgentísimo-

-Bien, dígame, por favor, que enseguida voy- comentó Santiago y, tras despedirse agradeciendo finalmente la sinceridad de aquella mujer, a quien comentó que en otra oportunidad continuarían su charla, dio media vuelta y se dirigió hacia el exterior del teatro con tanta premura como sus piernas le permitieron.

-¿Se quedó sin fondos en la cuenta corriente? ¿O bien se lo ha pensado mejor desde que hablamos y quiere decirme “sí, quiero”? Responda a la segunda pregunta- soltó de esa forma, marca de la casa, Santiago a Andrea quien, con gesto mucho más serio del que solía mostrar, le recibió en el asiento posterior del taxi.

-¿Le embargaron el coche? ¿Ahora viaja en taxi?

-Detective, déjese de bromas. En cuanto al coche, un idiota cegatón me embistió hace unos días en la Glorieta de Embajadores y lo tengo en el taller. Y el motivo de venir así, tras de sus pasos, es por Daniel-

-Bueno, estamos todavía en ese asunto, a menos que tengamos otro entre manos de un tenor más romántico ¿Tal vez referido a nosotros dos? En fin, siempre supe que se rendiría a mis encantos masculinos-

-No insista, detective y menos con ese diálogo propio de...-

-Un machista, ya lo sé. Sin embargo, jamás me rendiré porque sé que en algún momento dejará sus armas y se arrojará a mis brazos-

-No estoy para idioteces, ni chistes malos, detective-

-No lo niego. Tiene usted más mala cara que un pavo en Navidad. Incluso veo por ahí alguna lagrimilla a punto de declararse en rebeldía y salir hacia sus mejillas-

-Por favor, cállese y déjeme-

-Vamos a ver ¿No me ha llamado de manera urgente? Aquí estoy ¿Qué ocurre ahora? ¿Tal vez le salió mucho a pagar a Hacienda este año? Le advierto que, si necesita un crédito, ha llamado a la puerta equivocada-

-¡Por Dios, Santiago, váyase a la mierda! ¡Y déjeme en paz de una vez!-

-¡Haya paz! ¡Jesús, qué carácter! Pero, bueno ¿Qué le pasa ahora?- respondió Santiago frenando por fin su verborrea infatigable y más al comprobar cómo Andrea, hasta ese momento a la defensiva, rompía a llorar de manera desconsolada.

-Oiga, si llego a saber que iba a reaccionar así, no le hubiese recordado la declaración de la renta. Vamos, mujer, no es para tanto-

-Calle, por favor, Santiago-

-¿Qué pasa? ¿Algo malo he hecho? No suelo tener malas intenciones-

-¡Le digo otra vez que es Daniel!- añadió Andrea, una vez aceptado y utilizado a fondo el pañuelo que Santiago le acercó y agradeciendo a éste dejase las bromas-

-¿Daniel? ¿Qué le pasa a Daniel?-

-Está ahora mismo en la mesa de operaciones de un quirófano del Hospital de Gijón, con un boquete en la cabeza-

CAPÍTULO VI

Evaristo había tenido más faena de la habitual, y por supuesto también más jaleo, por culpa del hecho tan trágico del asesinato de Ana María Cienfuegos, a lo cual había que sumar las indagaciones del detective Sebastián Santiago. Sin embargo, éstas le parecieron de mejor tenor y hasta muy cercanas a la misma aventura detectivesca donde se sintió -gracias a la desinteresada campechanía ofrecida por el investigador privado- realmente partícipe de las pesquisas realizadas, en cierta medida, con su humilde colaboración; lo cual le llenaba de orgullo sabiendo, además, cómo se trataba de un camarada paracaidista y, por lo tanto, un auténtico hermano de sangre por la patria.

Con ese relax que se respiraba de nuevo en la portería, el buen clima que acompañaba al día, el cual no le restaba un ápice que le pareciese acogedora, Evaristo estimó era el momento ideal para desplegar las hojas del “MARCA” y así empaparse de la actualidad deportiva, como siempre, con especial dedicación al devenir del club de Concha Espina. Así que, colocadas las gafas de presbicia, echado hacia atrás en el sillón de madera vieja que crujía como Dios manda, estirados los pies de manera correcta para que la sangre no se agolpara en los tobillos, Evaristo deslizó la vista hacia el reportaje sobre “Los merengues” y su última clasificación para la copa de Europa.

-Buenas tardes- escuchó Evaristo bien contrariado, justo cuando estaba casi memorizando la alineación del equipo y discutiendo consigo mismo si el entrenador había dado con sus preferencias. Apartó las gafas para enfocar hacia el umbral y observó a dos individuos de paisano, a quienes ya conocía y, tras ellos, una cohorte de policías uniformados y otros con maletines y pertrechos para comenzar de inmediato, según le pareció, una guerra mediana

contra un enemigo desconocido.

-Hola, buenas tardes ¿Ustedes otra vez por aquí?- contestó Evaristo, levantándose y ofreciendo esa sonrisa forzada que tan bien esbozaba, sin que se le notase la incomodidad de que le apartaran de uno de sus placeres cotidianos.

-Así es. En esta ocasión vamos a interrogar al vecino de Ana María ¿Era justo enfrente?-

-Sí, sí, no tiene pérdida ¿Les hago falta? Con gusto les llevo y...-

-Gracias, no es necesario. Si precisamos ayuda, le mando un agente para que le avise- contestó uno de los dos policías de paisano, tal vez el más antipático según Evaristo, y luego se perdieron escaleras arriba para alborozo de éste, quien no tardó en acomodarse de nuevo y lanzarse de lleno a su leyenda deportiva.

Cuando se encontraba ya el equipo policial delante de la puerta que buscaban y encontraron a la primera, el sujeto que llevaba la voz cantante pulsó el timbre y todos aguardaron unos instantes. Primero no escucharon nada y, tras un minuto largo de impaciencia, los pasos lentos de alguien que arrastraba los pies.

-Buenas tardes, policía- dijo el que estaba al mando, nada más quedar abierta la puerta y aparecer en ella el propietario del piso.

-Buenas tardes- respondió el militar retirado con cara de pocos amigos, cuando no de verdadera extrañeza y mucha contrariedad *-¿Qué ocurre ahora? ¿A qué se debe esto? ¿Qué es lo que quieren ustedes? El asesinato fue en el piso contiguo-*

-Soy el inspector jefe Rodolfo Bodegas y traigo una orden de registro de su

vivienda. Aquí la tiene firmada por el juez de instrucción-

-Pues yo soy el coronel Leandro Valcárcel y le digo que ustedes no ponen un pie en esta casa ¡Váyanse a hacer puñetas, señor mío!- respondió el coronel, alzando el cuerpo hasta ese momento laxo, colocando la barbilla a la manera castrense y añadiendo una mirada de mando que, sin embargo, no intimidó a Bodegas.

-Oiga, ya puede ser usted coronel o general, pero aquí mando yo ¿Entendido?- respondió el policía con toda la furia que pudo mostrar en su rostro -¡Apártese ahora mismo de ahí o entraremos a la fuerza! ¡Este documento nos autoriza, así que fuera o pasaremos por encima de usted si es necesario!-

-¡Deslenguado! ¡Villano! ¡Es usted un...! ¡Sobre mi cadáver entrarán ustedes y...!- apenas pudo articular más palabras el coronel Valcárcel, puesto que un pisotón estratégico en su costado tras derribarle Bodegas de un empujón de tintes cobardes, se lo impidió y lo único que pudo oponer a la jauría que se le echó encima fue jurar en arameo en cuanto sus pulmones se repusieron.

-¡Vamos, muchachos! ¡Levantad la moqueta si es preciso! ¡Echad abajo las paredes! ¡Destrozad los cajones de los armarios! ¡Forzad los aparadores y la cocina la quiero desmontada por completo!- Bodegas se empleó a fondo dando órdenes, mientras su compañero permanecía en silencio y observándole con cara de incompreensión al asistir a esa escena.

-Oye, Bodegas ¿No te parece que te estás pasando?-

-Velázquez- respondió el inspector jefe muy serio a su compañero -No sé si has oído lo que le he soltado a ese vejstorio. En caso contrario, te lo repito ¡Aquí mando yo!-

-Estamos, hombre. Pero hay formas y formas ¿Sabes?-

-Ni formas ni su puta madre ¿Te enteras? Así llevo yo las cosas y, según se ve, no me va mal ¿O aún no sabes quién es el inspector jefe? Y te advierto, Velázquez, métete en tus asuntos y deja a los míos. Hago las cosas a mi manera y, te garantizo, obtendré resultados que te dejarán sin argumentos-

-A mí me importa un bledo eso que dices, pero quede constancia que por mucha orden que traigamos no se puede entrar en casa de nadie avasallando de esa manera y, mucho menos, empujando a una persona indefensa de mucha más edad que tú y sin tener detrás un pelotón como tú llevabas-

-Oye, Velazquito, como me entere andas por ahí sacando a paseo a esa lengua viperina que tienes y trascienda algo de lo que acaba de ocurrir, te aseguro no vas a tener sitio donde meterte porque te voy a meter tal puro que lo menos que te encontrarás es un puesto pateando calles en el País Vasco-

-Allí prefiero estar que a tu lado, Bodegas. Eres un hijo de puta por muy temprano que te levantes y, ojo con lo que dices, que a mí no me amenaza nadie y menos tú que tienes el cargo por chupársela a esos cabrones de la planta alta de la jefatura a quienes les van los sujetos dóciles, pastueños como tú, dispuestos a guardarles las espaldas y hacer trabajitos sucios de esos especiales que tú y yo sabemos-

-¡Hijo de puta, ya ajustaremos cuentas cuando estemos...!-

-¡No tienes cojones, Bodegas, porque sabes que yo sé cosas que tú sabes que nadie debe saber!-

-¡Te voy a coger por los huevos y...!-

-Ten en cuenta que yo no soy como Santiago ¿Te acuerdas? A mí no me pones trampas, porque a la primera llamo a la prensa y le cuento un cuento ¿Recuerdas? Empezaré “Érase una vez un policía corrupto, su nombre... “-

-¡Calla o te meto un tiro aquí mismo que te dejo seco, cabrón...!-

-Antes de que te llesves la mano a la cartuchera, te he descerrajado yo dos entre ceja y ceja, cabronazo ¡Venga! ¡Coño! ¡A ver si tienes de verdad esos cojones!- contestó Velázquez, llevando su nariz hasta centímetros de la de Bodegas, al tiempo que su mano se posaba sobre la pistola reglamentaria en la parte trasera de su cinturón-

-Está bien. Dejemos esto y trabajemos juntos- Bodegas, vista la resolución de su contrincante, cejó en su empeño por controlarle y cambió su actitud por otra no conciliadora pero sí menos agresiva *-Aquí hay mucha faena y de lo nuestro trataremos más tarde, Velázquez. Pero, ten en cuenta que, una vez lleguemos a la Comisaría, no quiero verte cerca de mí-*

-Igualmente digo, Bodegas. Cuanto más lejos, pues mejor- respondió Velázquez, quien le había puesto de los nervios a su jefe, saliendo de la habitación para unirse a los uniformados en su búsqueda de evidencias sobre el caso. Por su parte, el inspector jefe acudió al salón y se encontró al coronel intentando llamar por teléfono-

-¡Aparte de ahí!- le dijo una vez más gritándole y, al ver que el militar se negaba a obedecerle, volvió a darle un buen empujón con la suerte de que fue a caer en el sofá donde, al lado justo, se encontraba en silencio sentado su hijo, quien parecía ausente de cuanto ocurría.

-¡Vaya con el coronel! ¿Retirado, verdad? Ya no tiene a quien mandar, amigo. Ahora es un civil y el imperio de la Ley está por encima de sus batallitas. Por cierto ¿A quién intentaba pedir ayuda? Le advierto que la policía ya está aquí y vamos a ponerle unas brillantes y hermosas esposas y, Dios mediante, le dejaremos un buen rato dentro de un calabozo donde podrá aclarar sus ideas y confesar como asesinó a su vecina-

-Pero ¿Qué sandez dice? Ni mi hijo, ni yo mismo tenemos nada que ver en

todo eso.

-Habrá que verlo, una vez mis muchachos pongan patas arriba su piso, amigo-

-¡No le consiento que me llame amigo! ¿Se entera?-

-Le llamaré como me venga en gana, señor delincuente, viejo verde, degenerado-

-Es usted un...-

-Policía, amigo. Policía y el que va a encerrarle hasta que tengan que sacarle con los pies por delante-

-¿Bodegas se llama usted? Se va a enterar cuando pueda levantar el teléfono y...-

-Una amenaza más y le rompo los pocos dientes que le quedan. Ahora, dígame qué hacían tanto usted como su hijo ayer mañana-

-Estábamos dormidos. Solemos hacerlo hasta bien entrado el mediodía-

-He escuchado excusas patéticas pero, como esa, muy pocas-

-Pues, no tengo otra, porque es la verdad ¿Qué interés podríamos tener nosotros en acabar con la vida de esa joven?-

-Sexo, amigo, sexo y del bueno ¿No?-

-¿Qué dice? Por mi parte, sólo le conocía de cruzarnos en la entrada del edificio. Por su parte, mi hijo apenas sale y está siempre a mi lado-

-Ya se ve. Un tarado-

-¿Cómo se atreve? No he conocido alguien con tan poca educación, ni tan poca humanidad como usted. Sepa es la vergüenza del Cuerpo Nacional de Policía y una deshonra para todos los que lo forman-

-No hay más que ver a su hijo, toda la estampa suya, sólo que con menos edad y menos seso-

-¡Voy a partirle la...!-

-¡Quieto, mi coronel!- llegó de improviso Velázquez y agarró con fuerza al militar, dispuesto a abalanzarse sobre Bodegas -No le haga caso. Sólo lo hace para provocarle, para así tener argumentos con los darle una paliza si llega el caso-

-¡Velázquez! ¡Vuelva al trabajo!- exclamó Bodegas al borde de la furia.

-¡Jefe, tenemos algo!- habló en voz alta, con un punto de emoción, uno de los uniformados desde la puerta del salón.

-¿Ves, Velázquez, sabía que estos dos estaban bien pringados? ¿Ahora qué?-

-Habrá que comprobar todo conforme al reglamento-

-¡A tomar por culo el reglamento! ¿Entiendes? Estos dos para el trullo ya mismo y, en cuanto a ti, a la puta calle nada más me reciban quién tú sabes- el inspector jefe pareció volver a las andadas y, envalentonado, se lanzó de nuevo a la yugular de Velázquez.

-A ver si es al contrario, Bodegas-

-Ya hablaremos tú y yo. Ahora vamos a ver qué evidencias tenemos por ahí- contestó Bodegas embridando su furia, para a continuación ambos dirigirse hacia el dormitorio del hijo del coronel, donde se encontraba un grupo de uniformados señalando un cajón abierto.

-¡Bueno! ¡Bueno! ¡Vaya sorpresa! De manera que el subnormal ese, aparte de permanecer callado todo el rato, se dedicaba a espiar a la vecina ¿Qué os parecen estos desnudos? La verdad, chicos, es que la susodicha Ana María estaba para mojar ¡Joder, qué cuerpazo!- Bodegas mostró una a una las fotografías a todos, localizadas en el interior del cajón, salvo a Velázquez quien le hizo una mueca de desdén; aunque en esta oportunidad prefirió enfundarse la expresión que pensaba en su interior sobre su comportamiento, cercano a la misma vileza que ellos, como policías, debían perseguir.

-¡Me cago en...!- exclamó Bodegas, mostrando más fotos comprometidas encontradas entre las pertenencias del hijo del coronel *-Pero si el tío también gozaba viendo cómo el tal Daniel Hidalgo y ella practicaban sexo sobre el sofá ¡La madre que me parió! ¡Qué bombazo! Bueno, conforme, muchachos, con esto ya tenemos munición para meter a ese tontito un buen rato en la sala de interrogatorios y sacarle hasta la cerilla de los oídos-*

-¡Hay más, jefe!- dijo otro de los chicos, alzando la voz desde el otro lado de la habitación, amplia y llena de cachivaches varios y una generosa capa de polvo.

-¡Qué me dices! ¿Más? Creo que es nuestro día de suerte, chavales. Nos merecemos una buena medalla por trincar de esta manera a ese sujeto silencioso pero, a la vista está, con instintos asesinos-

-¡Mire, jefe!-

-¡Coño! ¡Esta vez sí que hemos triunfado! ¡Velázquez! ¿Dónde te has metido?-

-Aquí estoy ¿Qué pasa?- contestó éste desde el otro lado de la habitación, queriendo estar ajeno a lo que Bodegas llevaba a cabo.

-Toma nota de esto, hombre, y sigue defendiendo a ese mierda de mirada perdida ¿O no te parece evidencia suficiente esta sangre en una de sus camisas? ¿O, tal vez, este pantalón todavía con sangre casi fresca? ¿O, quizás, mucho mejor, estas zapatillas de deporte con salpicaduras tan claras que casi no hace falta llamar a los forenses? ¿No dices nada, Velázquez? ¿Te has quedado mudo?-

-¡Está bien! ¡No hace falta más!- respondió Velázquez, preparándose para dar órdenes como era su obligación, pero todavía muy contrariado, asqueado y con una seria dificultad para aguantarse la profunda frustración que sufría ante las maneras zafias de Bodegas *-¡Vamos, muchachos, esposas y para comisaría! Y no se os olvide avisar a los del laboratorio, que tienen tarea para rato aquí-*

-¡Así me gusta, Velázquez! ¡Coño! Oye, escucha, y pelillos a la mar, que hoy hemos hecho historia ¡Venga, hombre, no es para ponerse así!- Bodegas se lanzó a convencerle cambiando su forma abrupta por otra más cómplice, aprovechando el éxito obtenido en la pesquisa.

-Bueno, de acuerdo, olvidemos todo y centrémonos en empapelar a ese joven. Pero, oye, Bodegas, respeta al coronel- Velázquez decidió pasar página y abandonar el enfrentamiento en ese momento, no sin acordarse de proteger a Valcárcel.

-Aceptado, y no te preocupes ¡Venga esa mano, coño! ¡Anda, hombre, que mañana salimos en los papeles y victoriosos! ¡Hasta la televisión nos va a sacar!- Velázquez, dando su brazo a torcer, le estrechó la mano pero no modificó su cara de enfado con Bodegas, aunque estaba contento de haber logrado que se limitara a dar órdenes y no a hacer sufrir al padre del chico, quien ya bastante tenía con verle esposado y acusado de un crimen tan cruento del que habían encontrado evidencias claras.

-¡Muchachos! ¡Sois los mejores!- exclamó en voz alta Bodegas *-¡Caso cerrado!-* añadió luego dando palmadas a diestro y siniestro, devolviéndole el gesto sus chicos con sonrisas sinceras aunque, Velázquez, quedándose atrás y luego observando por la ventana el piso de Ana María, tuvo un palpito que no acertaba a descifrar. Sin embargo, al ver la sangre en las ropas, también en las zapatillas, claudicó entendiéndolo cómo Bodegas había alcanzado un éxito sin precedentes, aunque todavía no sabía quién había sido la persona que le había puesto sobre esa pista tan clara y difícil de adivinar a priori. Salió luego de la habitación, se unió a la algarabía de los otros pero también en su interior quedó ese poso de duda que, en algún momento, resolvería.

CAPÍTULO VII

El día había amanecido con nubes, pero sin riesgo de que se tratasen de una avanzadilla llegada desde el profundo Cantábrico con ánimo de descargar sobre Gijón aunque, a eso de las diez de la mañana y agrupándose astutas sobre la ciudad, comenzaron a soltar su carga acuosa con fuerza inusitada y con más ahínco gracias al viento furioso que se unió para incrementar la sensación de aguacero inacabable que duró horas y horas, anegando el entramado urbano.

Entre aquella manta húmeda e incómoda, Andrea y Santiago alcanzaron las puertas del Hospital de Gijón y, tras la oportuna comprobación, se dirigieron hasta la planta donde les habían indicado, aunque con la reserva de que el paciente estaba custodiado por orden judicial y su visita estaba vedada incluso para familiares directos. Lo cual no arredró a ninguno de los dos y, en especial, a Andrea.

-Oigan ¿De verdad quieren que llame de inmediato al juzgado? ¿Se han enterado ustedes bien de quién soy? Les he dicho que me ampara la ley y puedo hablar con mi defendido cuándo, dónde y cómo me dé la real gana ¿Entendido? Ahora aparten esas barrigas de mi camino y déjenme pasar- bien exaltada, utilizando su mejor arma intimidatoria como era su propia lengua armada con argumentos legales, los cuales conocía al dedillo, incluso añadiendo algún subterfugio más cercano a una triquiñuela legal que a la mera norma escrita en negro sobre blanco, Andrea se fajó con aquel par de policías cuyas órdenes tenían grabadas a fuego, sólo que se fueron poco a poco fundiendo en cuanto tuvieron a centímetros de sus respectivos rostros a una mujer de armas tomar, a quien sacaban cabeza y media de envergadura

pero que su presencia hacía que se transformaran en enanitos recibiendo una reprimenda de Blancanieves, de quien no podían sustraerse a la belleza de aquella joven de ojos y piernas que parecían no tener fin y cuya voz, de un suave tono, les dejaba atontolados y sin capacidad de respuesta sería que oponerle.

-De acuerdo, no se ponga así. Pase, usted, pero tenga en cuenta cómo tendré que informar a mis superiores- dijo uno de los agentes, ya rendido.

-Puede informar usted al mismísimo ministro del Interior en persona, pero apártese de la puerta si no quiere que el juez de guardia le empapele dentro de un rato- respondió Andrea con decisión, ofreciendo ese gesto fiero del que era capaz de coordinar con sus músculos faciales e, incluso así, no lograba borrar la impronta de encanto y atractivo de su rostro.

-¡Alto ahí! ¡Usted no puede pasar!- exclamó el más fornido de los dos policías que custodiaban la habitación donde permanecía Daniel Hidalgo.

-¡El señor Sebastián Santiago es colaborador en la defensa de mi cliente, por tanto tiene idénticos privilegios para acceder hasta él y entrevistarse junto conmigo!- se revolvió Andrea y puso en posición de firmes una vez más a los policías, quienes decidieron, previo conciliábulo en voz baja, no soliviantar más a su oponente teniendo en cuenta que su convicción era más fuerte que sus dudas sobre lo que debían hacer-

-Sígame, Santiago- dijo Andrea, como si nada hubiese ocurrido y éste obedeció como un corderito. Sin duda, el detective había entendido la estrategia de su cliente y admirada abogada por quien su corazón se desbordaba, por lo que guardó un inusual silencio siguiendo su estela, entrando en la habitación y luego asegurándose de cerrar la puerta con tal de que no saliesen posibles confidencias que, en manos policiales, podrían costarle un buen disgusto a Daniel.

Santiago, un tanto noqueado por el esfuerzo del viaje, de la noche tan

incómoda con sus dos metros en una litera tan escasa para él, del traqueteo del tren, del duermevela insistente, de la frustración porque Andrea no parecía corresponderle en su amor incondicional y, en particular, de la “ley seca” que ésta le había impuesto, no se encontraba muy en forma en aquellos momentos y tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse en la nueva situación que, sobrevenida de repente, daba un giro radical al caso sin conocer qué entramado se había urdido para dar con los huesos del chico en aquella habitación de un hospital a muchos kilómetros de Madrid, y más cuando él mismo creía tener enjaretado el caso del asesinato de Ana María o, si acaso, respunteada su feliz resolución y consiguiente cobro del segundo plazo; el cual sanearía de manera definitiva su caótica situación financiera.

-¡Daniel!- exclamó Andrea, transformándose en tan sólo una milésima de segundo, llenándose sus ojos de lágrimas al verle tumbado sobre la cama - *¿Cómo te encuentras?-*

-¡Andrea!- le correspondió el muchacho con más lágrimas y Santiago se quedó junto a la puerta intentando hacerse transparente ante la tierna escena de ambos y, por su parte, Andrea no aguantando las ganas de besar sus labios y él rodearle para luego permanecer así un tiempo que a Santiago, sin saber qué hacer más que permanecer en silencio y sin mover una pestaña, se le hizo eterno.

-No veía la hora de llegar, Daniel, ha sido un viaje para olvidar pero, bueno, veo que mucho mejor que lo que me decían los médicos ayer- Andrea habló por fin y Santiago lanzó un respiro de alivio.

-No sabes lo que te he echado de menos, Andrea. Y sabía que vendrías-

-Nunca dudas que, incluso teniendo sospechas del asunto de Ana María, no te fallaré- Santiago escuchó aquello como una declaración de intenciones y también cómo Andrea sobreponía su amor, porque entendió era auténtico amor por aquel muchacho, a la propia convicción de que por algún motivo, todavía en el alero, podría haberse deshecho de su esposa; tal vez por un arrebato inconsciente, quizás por algo más práctico, incluso utilitario.

-Lo has demostrado una vez más- contestó el muchacho, todavía con aquellas lágrimas suspendidas en sus ojos.

-Por cierto, Daniel, te presento al detective que me está ayudando en el caso, se trata de Sebastián Santiago- de una vez por todas comentó Andrea lo que esperaba éste y se acercó hasta la cama, para saludar estrechando la mano de Daniel.

-¿Sabe?- dijo Santiago, nada más dichas las palabras de cortesía de la presentación *-Ahora entiendo el motivo de que le llamen “Cary”. Es que he escuchado varias veces ese apodo y no acertaba a comprender cuál era la causa. Sin duda, está muy clara una vez le veo delante de mí y es que es usted, Daniel, el doble exacto de Cary Grant. Bueno, tal vez algo más alto y el cabello no tan oscuro, pero las facciones son casi idénticas y, perdone que se lo diga así, tiene incluso ahí echado en la cama el mismo aspecto de recién duchado del gran actor británico-*

-Sí, bueno, señor, eso de “Cary” viene del período en el teatro universitario. Uno de mis amigos se le ocurrió un día llamarme así y, como ya sabe, se me quedó para los restos. Tanto es así, que en mi actual compañía todos lo hacen refiriéndose a mí. En fin, me he acostumbrado, pero ya ha visto cómo Andrea se resiste a hacerlo-

-No me gustan los apodos. Me parecen denigrantes y más en las mujeres. Lo veo algo machista-

-¿Qué es lo que no le parece machista a usted?-

-Veo que ya le conoce bien, detective. Esa es su cantinela habitual- dijo jocosamente Daniel y consiguió que, por primera vez, los tres se coordinaran para lanzar una carcajada en medio de aquel ambiente tétrico y frío del hospital.

-Oye, Daniel, cariño, creo que has tenido mucha suerte con ese balazo- dijo

Andrea cortando ese momento lúdico momentáneo y volviendo a las caras circunspectas, dado el cariz de los acontecimientos sobrevenidos que aumentaban la tensión al del abandonado de manera momentánea en la capital de España.

-¡Y que lo digas, Andrea! El médico me ha dicho que la bala, por suerte, sólo rozó el cráneo. Con lo cual, apenas afectó a la parte ósea sin conseguir penetrar en el cerebro. Si no, estaríamos hablando de otra cosa-

-Tetraplejia asegurada, si llega a tocarlo- terció Santiago.

-Así es. También me lo comentó el cirujano. En fin, veamos la parte positiva y que siendo dando guerra-

-Ahora la cuestión está en que de Guatemala has pasado a “Guatepeor”, muchacho- intervino de nuevo Santiago bajando el optimismo, tal vez para que pusiese aquel joven los pies en la tierra con lo que se le venía encima.

-Soy consciente de estar en un buen lío, aunque sin comerlo ni beberlo-

-No sabemos los detalles y de eso nos encargaremos enseguida- continuó Santiago con tono de seriedad *-Pero ten presente que se te acusa de haber asesinado nada menos que a todo un inspector jefe de la policía y a su esposa-*

-Si lo de Madrid, detective, ya es para mí algo inaudito, resultándome increíble que me cuelguen el asesinato de Ana María sin tener nada que ver y además con testigos como es mi propia abogada, ya esto de Gijón es la repanocha y permítame que se lo diga así-

-Entiendo, Daniel- se mostró comprensivo Santiago.

-¿De verdad creen ustedes que les maté? Si sólo conocí a ese inspector en el

tren y me ofreció llevarme al Colegio de Médicos, después de contarle una trola para deshacerme tanto de él como de su esposa, quien nos acompañaba en el coche-

-Bien, de acuerdo, Daniel, pero cuénteme en detalle eso último que comenta-

-Detective, créame, él y yo abandonamos el tren, llegamos a la cafetería, tomamos una infusión dado que teníamos resaca de haber bebido la noche anterior del viaje más de la cuenta, luego se presentó su esposa y el policía se emperró en acercarme a mi hotel. Como consecuencia de esto y por supuesto para ocultar que no tenía reserva en sitio alguno, tuve que pedir me dejaran en el Colegio de Médicos, por lo que salimos de la estación, nos subimos al coche y cuando llevábamos unos metros dijo que teníamos que ir no sé a qué sitio donde debía recoger algo, aunque no recuerdo con exactitud el lugar que mencionó. Llegamos allí, él se bajó y, al momento, alguien llegó hasta el coche y disparó primero a la esposa y luego a mí. Ahí se terminan mis recuerdos-

-¿Eso es todo? ¿En el tren o en la cafetería hubo algo extraño? ¿Se encontró el inspector con alguien? ¿Habló a cualquier persona?-

-Durante el viaje en el tren no cruzó palabra más que conmigo. Salvo el revisor, claro está, y el camarero del coche restaurante-

-¿Seguro que nadie? ¿Y en la estación a la llegada?-

-Pues, ahora que lo dice, detective, sí nos dejó un par de minutos a su esposa y a mí esperándole antes de irnos, porque tenía que hacer una llamada a la Comisaría de policía-

-Bien, conforme, y aparte de eso ¿Algo más que le llamase la atención?-

-En absoluto, todo fue normal y corriente. Charlamos cosas insustanciales y

su esposa se comportó con afabilidad, quizás algo más de lo debido pero estoy acostumbrado-

-¿Alguna propuesta indecente?-

-Bueno, me da algo de apuro...- respondió el joven, sin dejar de mirar hacia Andrea.

-Di al detective lo que ocurrió- le pidió Andrea con decisión a Daniel, acompañando sus palabras con un evidente gesto de contrariedad *-Es necesario que tenga todos los datos y cualquier detalle puede ser importante para las hipótesis de trabajo sobre lo que, de verdad, ocurrió-*

-Bien, el caso es que ella aprovechó la ausencia durante esos minutos para proponerme que nos fuéramos, nada más dejarnos su marido en el Colegio de Médicos, a casa de su madre, quien estaba ausente. No voy a negar que acepté el ofrecimiento, aunque con el único motivo de llevarle la corriente en ese momento que suplantaba una identidad. Una vez se hubiese marchado el marido, pensaba arreglármelas para darle esquinazo-

-Entiendo y no voy a entrar en si usted, Daniel, hubiese hecho eso o, por el contrario, cumpliría los deseos carnales de esa señora. Lo que sí le pido es que, por favor, me indique cómo tomaron asiento en el coche-

-Pues conducía el inspector ese, su esposa a su derecha y yo tras ella. Nada más. En cuanto apareció el marido, ella dejó de insinuarse y se sentó a su lado-

-Correcto, ahora dígame ¿Recuerda si le dispararon a ella por su ventanilla o...?-

-¡Sí, claro!- interrumpió Daniel a Santiago, con un punto de ansiedad en la voz *-¿Sabe? ¡Horrible! ¡Fue a quemarropa! Y por su lado. Parece que estoy*

allí de nuevo y recuerdo a la perfección de qué manera, después de la detonación y el destello, la tapa de sus sesos salió disparada por la otra ventanilla y fue a parar muchos metros más allá del coche-

-Estupendo, Daniel, gracias a Dios que el disparo en su cabeza no le ha mermado la capacidad de recordar ese momento, el cual es importante reconstruir al milímetro- habló Santiago, hasta alborozado, después de escuchar un verdadero tesoro de información sobre el asesinato de la esposa del inspector jefe -Sigamos, entonces, con usted, muchacho. Antes apuntó cómo ese tipo le disparó desde la misma ventanilla-

-Por supuesto. Me acuerdo igual, aunque fue rápido todo ¡Muy rápido!-

-En cuanto al marido ¿Pudo verle en algún momento?-

-No. Le perdimos de vista tanto la esposa como yo mismo, una vez entró por la verja de una fábrica abandonada donde habíamos llegado-

-Perfecto- dijo Santiago, quedándose luego pensativo durante un momento sumido en sus cábalas respecto a lo escuchado de primera mano -Daniel, hábleme ahora de su estancia en el tren con el inspector jefe-

-Todo normal. Estuvo todo el tiempo conmigo tanto en el coche-cama como en el restaurante. Y, como antes le he referido, sólo mantuvo palabras, aparte de mí, con el revisor o el maitre del restaurante. Si le digo la verdad, fue muy amable conmigo y, sin saberlo claro está, se sirvió de su placa para quitarme de encima a dos policías que iban pidiendo documentación por todo el tren. Impuso su autoridad y me avaló para que me dejaran esos tipos-

-¿Quiere decir que puso empeño en librarle de enseñar la documentación?-

-No se puede hacer una idea. Fue algo increíble, fabuloso cómo les miró a los dos, les puso firmas mostrándoles la placa de inspector jefe y ahí se

acabó el acoso, incluso físico, al que me sometieron-

-Bien, bien, Daniel, detalle importante ese que relata. Ahora, quisiera que me explicara cómo...-

-¡Son ustedes dos un par de, bueno prefiero callarme el calificativo, abogada, y usted, detective, según me cuentan mis hombres!- exclamó enfurruñado, interrumpiendo de mala manera la conversación, un sujeto con pinta de ser el policía al cargo del caso de Daniel, acompañado por otro, más bajito, más joven y con una cara de idiota que no podía remediar.

-Soy Andrea Laborda, inspector, también encantada de conocerle- soltó la abogada con ironía, no dándose por aludida, tirando tanto de reflejos como de displicencia estudiada; frenando, con oficio y de esa elegante manera desmayada, la furibunda embestida recibida del morlaco.

-Santiago. Detective Sebastián Santiago, señor, y no diría yo lo mismo que mi cliente aunque, ya puestos, dese por besado- añadió con sorna aquél, a lo que sumó un gesto amanerado que llevaba implícita la burla.

-Muy gracioso, sí, señor- respondió primero a Santiago el policía recién aparecido, con una sonrisa tan forzada como su tono de voz casi cómico, daleando la cabeza y moviéndola de arriba hacia abajo *-Y usted, abogada, veo que utiliza la sutil ironía con maestría ¡Pues, les digo a los dos que no son buenas tarjetas de visita por aquí!-* concluyó el inspector la comedia alzando la voz y llevando su gesto a la severidad.

-Tómese esto como una anécdota, hombre. Es malo para el estómago cabrearse tan temprano por una nimiedad. Verá, inspector- Santiago intentó calmar los ánimos, serenando el ambiente con su palabrería *-Tenemos delante de nosotros a nuestro cliente, por diferentes motivos por supuesto, pero a fin de cuentas nos debemos a él y a su inocencia más que contrastada en este caso en el cual, sin culpa alguna, se ha visto inmiscuido por mera casualidad-*

-¡Nada, hombre!- regresó el inspector a la chanza y al tono burlesco -De manera que, por esa casualidad que apunta de manera tan alegre, este joven pasaba por allí, se cruzó con nuestro compañero y su esposa, jugaron al parchís en buena compañía y, de pronto, ambos quedaron como un colador ¡Pues sepa, usted, detective, y también usted, Andrea, cómo su cliente está acusado de algo muy grave como son dos asesinatos!-

-Siento disentir de su hipótesis, inspector, pero la cabeza de nuestro cliente dice lo contrario- Santiago, esta vez sin añadir comicidad, contestó rápido.

-Inspector, no salgo de mi asombro- se unió Andrea al comentario de su detective particular -No me diga que mantiene esa acusación, tras estar mi defendido al borde de la muerte-

-¿Cómo no? Aquí, su cliente, disparó y acabó primero con la vida de la esposa de nuestro inspector jefe y, a continuación, con gran frialdad se enfrentó a él, quien se defendió con su arma y, aunque le abatió de un certero disparo en el corazón, tuvo tiempo de descerrajarle un buen tiro en la cabeza, aunque benigno según me cuenta el doctor-

-Imagino, inspector, que no pretenderá decir que mi defendido, con ese disparo en la cabeza, pudo enfrentarse a él-

-¡Lo digo y lo repito!-

-Bien ¿Inspector...?-

-Larrañaga-

-Pues, entonces, inspector Larrañaga- Santiago se puso ceremonioso - Solicitamos de inmediato comprobar “in situ” no sólo las evidencias encontradas sino, de igual forma, acceder al escenario del crimen-

-¡De eso nada, detective! Aviados van si creen que pondrán un pie en el escenario del crimen-

-¿Cómo? Le recuerdo inspector que tenemos derecho conforme al artículo...- atacó Andrea sin dejarle respiro, viendo cómo a cada paso que daba el tal Larrañaga retrocedía miedoso, siendo imitado por el compañero de rostro insulso.

-¡Pare, pare! No me venga con palabrería de leguleyos- interrumpió, pegado a la pared sin poder retroceder más, Larrañaga a Andrea -Verán, haciendo una excepción voy a permitirles lo que dicen aunque, ya les digo, es para nada puesto que ya hemos determinado cómo su cliente es nuestro asesino-

-Oiga, Larrañaga, por curiosidad y comprobando su forma tan categórica de asegurarlo- Santiago habló, tomando la iniciativa de nuevo -¿Qué móvil piensan ustedes tenía Daniel Hidalgo? O, mejor dicho ¿Qué ganaba él?-

-Bueno, me lo pone usted en bandeja, detective- recibió Larrañaga aquello con una sonrisa de oreja a oreja, añadiendo un evidente gesto de suficiencia - ¿No lo ve claro? ¡Es un fugitivo, hombre! Según deduzco, tuvo la mala suerte mi compañero de acogerle en el tren, le sirvió de salvoconducto su placa, le ofreció su amistad, también llevarle al Colegio de Médicos y ¿Cómo le pagó? Con una bala del treinta y ocho en el corazón y a su mujer saltándole de manera cruel la tapa de los sesos ¿Le parece poco? Está claro cómo mi compañero, al final imagino, le reconoció y urdió un plan para llevarle a comisaría. Sin embargo, su cliente se dio cuenta de la maniobra y les liquidó para salirse con la suya, sólo que no contaba con la pericia de mi compañero que, incluso herido de muerte, apretó el gatillo y le dejó allí inconsciente y, con fortuna para la investigación, con el arma en la mano que acababa de utilizar para que nosotros le acusáramos ¡Sí, señor, una victoria después de expirar. Dios le tenga en su Gloria!-

-Rezamos por él y su esposa de igual manera, inspector Larrañaga- respondió Santiago -Sin embargo, es deber tanto de la abogada como de mí

mismo intentar demostrar cómo se trata de un craso error detenerle por unos crímenes, terribles reconozco, pero que él no cometió-

-Pues, amigo, ya le digo cómo tendrán que trabajar duro para contrarrestar la cantidad de evidencias que hemos recopilado y, ya se lo advierto a ustedes dos, el juez está a partir un piñón con nosotros-

-Eso ya lo veremos, inspector, porque todavía no me las he visto con él ni tampoco cuenta con los argumentos que, seguro, mi detective me facilitará y le trasladaré-

-No sé a qué viene ese empeño por defender a su cliente cuando saben, de la misma forma que todos, que es un asesino huyendo de la justicia y aún tiene las manos manchadas de la sangre de su esposa, o ex esposa, que en esa cuestión no me aclaro-

-Aún no se ha demostrado que lo fuese. Sólo está buscado para interrogatorio. Su huida obedece a la voluntad de desaparecer un tiempo, hasta tanto se investigase por nuestra parte y, en su momento, reaparecer una vez descartado que él es el asesino. Le aseguro está deseoso de colaborar con la justicia, tiene una coartada bien contrastada y cuenta con varios testigos que testificaran a su favor-

-Mire, he leído cuanto se ha escrito y esa cantidad de dinero, amén de viviendas y bienes que va a heredar, me temo será un argumento tan poderoso y tan evidente de su culpabilidad que, a su procesamiento, poco o nada van a poder oponer ustedes. Así mismo, les prevengo que la acción de la justicia será implacable con ese acto de tanta crueldad por su parte-

-Eso ya lo veremos, inspector, y lo primero...-

-¡Inspector!- asomó la cabeza por la puerta uno de los agentes uniformados, quienes permanecían en el exterior de la habitación, haciéndole una seña a aquél para que se acercase de inmediato.

-Dime, González ¿Alguna novedad?- preguntó Larrañaga, una vez llegó hasta donde estaba el agente y luego éste le habló en voz muy baja; con tal de que los demás no escuchasen cuanto le confiaba-

-Muy bien, muchas gracias. Vuelve a tu puesto. Nada ha cambiado- habló así el policía, despidiendo a su agente, y luego volviéndose junto a Santiago y Andrea.

-De comisaría me mandan razón de un hecho que tiene relación con su cliente, pero que no afecta a su condición de detenido y en espera de pasar a disposición judicial-

-Bueno, inspector- Santiago no aguardó ni un segundo, gracias a su olfato de sabueso, para apretarle las tuercas a Larrañaga y conocer las nuevas recién traídas por uno de sus pupilos -Si sigue con el secreto, usted hará que Andrea y yo mismo podamos caer desmayados del ansia por conocer ese hecho, tal como lo ha calificado de manera un tanto despreciativa, toda vez que nos huele muy bien desde aquí para nuestros intereses, a tenor de esa expresión de frustrado con la que ha vuelto aquí junto a nosotros, nada más escucharlo de labios de su agente-

-Está bien, tiene razón, detective- Larrañaga claudicó -La cuestión es que me informan cómo Daniel Hidalgo ha quedado de manera definitiva exculpado del crimen de su esposa, al haber sido detenido por este motivo el auténtico asesino en la persona de su vecino, por cierto hijo de un coronel retirado a quien, y tras un registro a fondo de su habitación y pertenencias, se le ha incautado diverso material pornográfico, con fotografías donde la esposa de Hidalgo aparecía desnuda, también realizando el acto sexual con él y, por lo visto lo que más ha pesado en su detención, ropa ensangrentada y zapatillas del mismo tenor cuyo análisis ha determinado de manera clara se trata de la sangre de Ana María-

-Bueno, Larrañaga, ya ve de qué manera tanto Andrea como yo mismo apenas mostramos sorpresa ¿Qué le parece? Así puede comprobar la

confianza que tenemos ambos en nuestro cliente, aquí presente, aunque pronto recuperado y camino de su casa de vuelta a las tablas del teatro y exonerado de forma absoluta-

-No diría tanto, detective-

-Ha bastado apenas una visita y también unas palabras para encarrilar el caso de Madrid, por otra parte tan fácil y donde no había más opción de que fuese el autor ese pobre muchacho vecino de la esposa de Daniel Hidalgo, de quien advertí tenía serios problemas psiquiátricos-

-Me huelo yo ahora, detective, que la policía madrileña ha recibido alguna, pongamos, ayudita-

-En fin, ya sabe cómo funciona esto, inspector- contestó Andrea con expresión pícaro *-Un día por mí y otro día, bueno, no hace falta seguir-*

-De acuerdo, el resultado parece ser satisfactorio y eso es lo que importa. Ahora bien, en cuanto al caso que nos afecta en Gijón bajo mi mando, les recuerdo a ambos cómo hemos mordido a su cliente y no le soltaremos a menos que ustedes dos, no acierto a adivinar cómo, nos traigan algo tan claro que apunte a su inocencia, cuando menos del mismo cariz a lo acontecido en la capital de España-

-En este caso se equivoca usted, Larrañaga- Andrea dio un paso al frente y se colocó de nuevo más cerca de éste hasta intimidarlo, aunque menos que su ayudante, quien permanecía serio, callado todo el rato y cuya cara de panoli se acrecentó *-Verá, a quien vamos a convencer es al juez y, como sabe, en eso no son ustedes quienes llevan las de ganar, en especial porque no pueden controlarle, ni tampoco poner en sus oídos argumentos tan básicos que cualquier estudiante de “EGB” resolvería como nulos de pleno derecho-*

-¡Acepto el reto y se las verá conmigo!-

-Yo no apostaría por usted, Larrañaga- Santiago se metió por medio, con uno de sus comentarios ácidos *-¿Sabe? Le he visto en acción y es temible. En especial cuando saca a pasear esa lengua, por otra parte tan encantadora como toda ella-*

-¡Santiago!- se revolvió Andrea hacia él *-Guárdese sus halagos machistas y comience a carburar ese cerebro para sacar a Daniel de aquí-*

-A sus órdenes. Sólo necesito despejarme un poco y, en fin, tal vez algún estimulante del que usted y yo sabemos-

-Le daré un “Sugus” de naranja, en cuanto salgamos de aquí-

-No le creía tan despiadada-

-Ya le dije que no me conoce a fondo y, le aseguro, que puedo serlo y mucho más en cuanto alguien me roza un dedo del pie-

-Tome nota, Larrañaga, no le arriendo la ganancia. Si esto hace con los amigos ¿Qué no hará con los enemigos?-

-Ahueco el ala y les dejo a los dos con sus diálogos que, si quieren que les diga la verdad, no entiendo demasiado. Vamos, muchacho, di adiós a estos señores- Larrañaga se dirigió a su ayudante, quien pareció despertar y, dando un ridículo paso hacia adelante, hizo una pequeña genuflexión ante Santiago y Andrea, pronunciando al fin de manera leve *“Adiós”-*

-Tenías razón, Santiago- dijo Andrea y esta vez abonada a la sonrisa, una vez salieron los policías de la habitación *-Es un gilipollas con placa-*

-Nunca fallo. Les huelo a distancia-

-Bueno, detective, ahora en serio, nos queda una tarea dura y difícil-

-Por eso mismo creo debemos hacer un alto en el camino y avituallarnos-
Santiago se tocó la boca del estómago.

-Está bien, pero a continuación le necesito en plena forma-

-Me tendrá al límite y le prometo, Andrea, que seré fiel cumplidor de sus dictados. Aunque, soy claro en esta cuestión, no le garantizo que, de vez en cuando, me comporte como el machista que soy y le dedique alguna lisonja inocente que alabe su encanto y, si me deja, volveré a declararle mi amor a prueba de bombas-

-Daniel, cariño- se volvió Andrea, sin hacer caso a los empalagosos dardos amorosos de Santiago, hacia la cama donde permanecía Daniel, escuchando éste paciente cuanto se desarrollaba en la habitación sin intervenir conforme a los consejos de su, una vez más, amada *-¡Ya ves con los bueyes que aramos...!-*

CAPÍTULO VIII

Pepe Fernández, quien llevaba en el Cuerpo media vida, no hacía más que dar instrucciones a sus ayudantes quienes, recién llegados de la academia, parecían más torpes de lo que, a priori, les había supuesto. De tal modo que, a poco que él daba una orden, ellos hacían todo lo contrario y se sentía incapaz de reconvenirles para que cumpliesen lo dicho.

Probó a decirles todo con ánimo conciliador, después subiendo un poco el listón y poniéndose más enérgico y, sin resultados, terminó dando gritos y haciendo aspavientos que, tal como él mismo pensó, había conseguido ponerles de los nervios y, como consecuencia, el remedio resultó peor que la enfermedad por lo que, al final, él mismo tuvo que realizar todo el trabajo y sus ayudantes, cruzados de brazos, observándole y tomando nota sin que Pepe supiese cuándo podría darles la confianza necesaria para que ellos, por su cuenta y también riesgo, lo hicieran.

El caso es que, como buen criminalista, tenía que ir paso a paso, de manera cuidadosa, también muy metódica procesando la escena del crimen y recopilando cuanto había tanto en ella como a su inmediato alrededor. Y aquella no era fácil; más con el añadido de que los cadáveres, que estaban a poca distancia y cuyos rostros había tenido la mala suerte de reconocer al llegar, eran tristemente de dos amigos.

Pepe recordó a Luciano, cuando tan sólo era un inspector recién llegado, y también a su esposa, con quien se casó siendo los dos muy jovencitos. Pensó era lo más duro que había tenido que llevar a cabo en toda su larga carrera y

se tuvo que aguantar tanto la ira, contra el sujeto llegado desde Madrid y a simple vista el asesino, como la pena por sus dos amigos abatidos por éste de manera cobarde.

Para colmo, el lugar era de lo más tétrico, con una fábrica derruida, abandonada, en un sitio apartado de la ciudad y con un halo que daba escalofríos. No hacía más que pensar qué motivo hubo para que su amigo Luciano fuera hasta allí conduciendo, que le acompañara su esposa y llevara, sin saberlo, a su asesino en el asiento trasero del coche.

Pepe tenía claro que ese tipo, al que su amigo antes de morir le dejó un buen boquete en la cabeza como señal para sus compañeros, era el auténtico asesino. Calculó les habría amenazado y conducido hasta aquel sitio y, una vez allí, no tardó en quitarles de en medio y así, según prevería, dejar los cuerpos para salir pitando con el coche rumbo a su libertad, además sabiendo cómo era fugitivo de la justicia y le buscaban por otro asesinato en Madrid.

Sin embargo, lo que a Pepe le ponía fuera de sí eran los curiosos y cualquiera otros que se afanaran por meter las narices en su escena del crimen. Por ello, en cuanto observó cómo llegaba un coche oficial con varios ocupantes en su interior, ya se olió el desastre y su rostro cambió hasta dibujar líneas poco amigables.

-Pepe ¿Qué tal va todo?- le preguntó Larrañaga de la manera más afable posible, conociendo lo meticulado que era y lo poquísimo que le agradaba recibir visitas y, mucho menos, cuando le acompañaban extraños.

-Ahí andamos. Por cierto ¿Quién viene contigo?-

-Permíteme presentarte a la letrada Andrea Laborda, y al detective privado Sebastián Santiago- le dijo Larrañaga, mientras llegaban ambos hasta donde se encontraba en la parte trasera del coche del inspector asesinado, saludando de manera cortés tanto uno como otra, y dándose cuenta al instante éstos cómo su presencia no era muy del agrado del encargado de la escena.

-No se lo tomen a mal, y tú menos, Larrañaga, pero veo ciertamente irregular que ellos tengan acceso a...-

-No te preocupes, Pepe, ambos están autorizados por el juez y yo mismo, que he estado presente en la reunión con ellos, les avalo. En este caso, sólo se trata de unos minutos para contrastar opiniones y el detective hará un rastreo sucinto tanto de los cadáveres como del coche, en particular de la situación de los cuerpos con respecto a aquél-

-Bien, pero ruego la máxima atención a no modificar nada y ni siquiera tocar cualquier elemento que pueda contener evidencias para ulteriores pesquisas-

-Tranquilo, antes de fraile fui cocinero- soltó Santiago -Y sé cómo andar por aquí. Ahora, por favor, si me da unos guantes comenzaré la visita y le aseguro tardaré apenas unos minutos. Sólo con lo que ya he visto, me basta para conseguir que mi cliente salga sin cargos-

-La apuesta es bien temprana y rápida, detective- le dijo con una sonrisa Larrañaga, pensando que se iba a dar un buen testarazo con tanta prepotencia.

-Cuando hago la apuesta ya sé el caballo ganador. Así que, caballeros, si nos le importa voy a por mi boleto- comentó a continuación Santiago y, con los guantes ya enfundados, pisando con cuidado, se dirigió en primer término hacia el cadáver de la esposa del inspector fallecido. Se colocó en la ventanilla y observó los sesos al descubierto. En segundo término, miró hacia donde había colocado Pepe las señales a su espalda en el asiento trasero, donde fue tiroteado Daniel en la cabeza. No dejó de comprobar, con sumo cuidado, los orificios de entrada y salida de una bala en la parte trasera del reposacabezas del copiloto, deteniéndose en este hito durante unos momentos, repitiendo una y otra vez la maniobra comprobando el ángulo del disparo. Más tarde, dando la vuelta al coche, se fue hacia la ventanilla opuesta a la de la esposa y buscó a su alrededor, dando con la tapa de los sesos indicada sobre el suelo a unos cuatro o cinco metros. Tras esto,

Santiago, con paso decidido se encaminó al cadáver de Luciano y se quedó mirando la posición boca abajo y luego la distancia entre éste y el coche, así como que formaba una línea paralela a éste. Antes de dejar de comprobar detalles, se percató de sus suelas y los restos en ésta. Finalmente, se dirigió hacia la fábrica abandonada y, agachándose, olisqueó el terreno para seguidamente entrar por la verja y recorrer unos metros. Pensativo, a los cinco minutos, regresó hasta donde estaban tanto Andrea como Larrañaga y un nervioso Pepe Fernández, quien parecía deseoso de perderles de vista.

-Bien. He terminado. Ya puede seguir usted, Pepe- dijo Santiago, exhibiendo aún más chulería *-Por mi parte, está todo visto para sentencia y me reitero en que mi cliente debe ir haciendo las maletas y, Andrea, si no tienes inconveniente, ve encargando los billetes de vuelta para Madrid-*

-Ipsa facto, Santiago-

-Andrea ¿Tanto confía en su detective?-

-A pies juntillas, Larrañaga-

-Oiga, Pepe, por cierto- Santiago habló de nuevo *-He observado cómo ya han registrado a fondo los cadáveres de su compañero y de la esposa-*

-Cierto. Todo cuanto había está recolectado y listo para las pesquisas-

-No quisiera abusar de su confianza, tampoco la del inspector Larrañaga, pero sería importante me permitiesen revisar cuanto había en sus respectivos bolsillos-

-No entiendo el motivo-

-Verá, Larrañaga, y lo digo para su propio trabajo, la probabilidad de que esté la clave de todo esto en esa recolección, como dice Pepe, es altísima.

Por ello, por su bien, para la resolución del caso y, si me apura, para adelantar la salida sin cargos de mi cliente, les rogaría me dejasen un momento conocer lo que hay-

-Pues no sé, detective. Es de todo punto irregular, puesto que ni siquiera nosotros mismos hemos tenido acceso a esa información y, en fin, ya sabe que legalmente es el juez quien debe...-

-Oiga, Larrañaga ¿Quiere resolver el caso hoy mismo? ¿O prefiere irse a la cama esta noche pensando que hay un asesino por ahí suelto, dispuesto a pegar otro par de tiros y se le eche encima la prensa? Vamos a ver, sólo le pido mirar, no tocar, sólo eso y me conformaré-

-Entienda que esto que me pide su detective nos puede costar un buen disgusto-

-Larrañaga, le diré como lo veo yo- Andrea se fajó una vez más, acudiendo en ayuda de su detective -Si le da la autorización a Santiago puede que, tanto a usted como a mí, el juez nos empitone. Pero si no se la da y el asesino verdadero, tal como apunta él, estando suelto repite toda esta masacre, imagine lo que nos hará. En especial, a usted-

-En fin, visto así, pues me hace pensar-

-¿Quién se va a enterar, Larrañaga? Yo al menos no me iré de la lengua y usted, digo yo, tampoco-

-Pepe, nos arriesgaremos-

-Tú corres el riesgo, pero con mi voto en contra- contestó Pepe, con aspecto de estar de verdad acojonado.

-Ya, sí, lo asumo, Pepe. Verás, apenas es, como dice el detective, echar un

ojo. Vamos, relájate, hombre. No se va a caer el mundo por eso y tal vez encontremos algo que nos sirva en todo esto-

-De acuerdo- pareció entrar en razón Pepe Fernández, mientras el sudor perlaba toda su frente en señal de preocupación por lo extemporáneo de la situación, la cual jamás había vivido *-Esperad tan sólo un momento, que lo traigo-* añadió el criminalista, quien al cabo de un minuto regresó con un paquete que colocó sobre el coche oficial y desplegó a la vista de todos.

-Aquí está lo de la esposa de Luciano y es evidente, porque todo es muy femenino- comentó Pepe, señalando *-Y en este lado, lo perteneciente a él-*

-De acuerdo, como veo que está también con guantes, le voy a pedir que tome la cartera, la abra y nos muestre su contenido- dijo Santiago muy seguro señalando aquélla, para a continuación hacer Pepe lo solicitado.

-Bien, nada fuera de lo común- dijo Larrañaga al ver el contenido.

-Cierto- comentó luego Santiago *-Tiene que estar aquí-*

-¿Cómo? ¿A qué se refiere?-

-El número de teléfono- habló enigmático Santiago tras un período de introspección en el cual, todos incluida Andrea, quedaron pensativos.

-¿Se puede saber de qué habla, detective?-

-Perdón, es verdad que no me he explicado- Santiago se arrancó, después de unos segundos más sumido en sus maquinaciones *-Verán, hace un rato y hablando con Daniel, nos ha hecho una pormenorizada ilustración de cómo fueron los últimos minutos junto a Luciano y su esposa. En ese detalle de situaciones, hubo un momento en el que mencionó de qué manera su compañero policía les dejó solos tanto a él mismo como a su esposa,*

dirigiéndose al teléfono público de la cafetería de la Estación para hacer una llamada. Por lo tanto, deduzco que en alguna parte tiene ese número que marcó allí-

-Bueno, sigamos buscando entonces- animó Larrañaga, ya contagiado de las deducciones de Santiago, tal vez capciosas como llegó a sospechar por un momento.

-Eso es, Pepe, vamos con el paquete de tabaco- pidió de nuevo el detective madrileño y aquél actuó, también intrigado *-Ahora, dele la vuelta-* lo cual hizo sin que, a simple vista, apareciese nada.

-Nuevo chasco- habló Larrañaga.

-¡Alto ahí!- intervino de nuevo Santiago, señalando sin tocar el paquete pero en esta ocasión por su parte interior *-Pepe, saque los cigarrillos restantes -* obedeciendo éste de nuevo y extrayendo con gran parsimonia uno a uno hasta que, de repente, junto al penúltimo, apareció una pequeña porción de papel donde había escrito algo.

-¡Habemus Papam!- exclamó Santiago.

-¿Qué?-

-Dice que tenemos “Fumata bianca”, Larrañaga, y está que se sale nuestro detective- añadió, para embrollar más, Andrea.

-Bueno, traducen ustedes o...-

-Inspector, el latín y el italiano no parecen ser sus fuertes- Andrea se burló de nuevo, aunque esta vez de buen grado.

-Bueno, ni que fuesen necesarios para meter entre rejas a los facinerosos-

-Hombre, visto así, pues tiene razón- habló de nuevo Santiago -Pero, no me diga que no suena bien-

-No voy a negarlo y hasta imagino que intenta decir que lo que buscaba, por fin ha aparecido-

-¿No es evidente?-

-Pues, no-

-Larrañaga, por favor, ate cabos-

-Mejor átelos usted y todos igual de contentos-

-Vamos allá y, por favor, tomen nota- se dispuso Santiago a lanzar al aire su hipótesis, con esa seguridad que a sus interlocutores ya les predispuso para tenerla en consideración -Con la información que hemos recabado de Daniel Hidalgo y el rápido reconocimiento de la escena del crimen, que acabo de llevar a cabo, este pequeñísimo, insignificante y arrugado trozo de papel con un número de teléfono resulta la piedra angular del caso que nos ocupa y el cual, si no calculo mal, servirá para levantar el misterio de este truculento asesinato endilgado a nuestro defendido-

-Nació optimista ¿No, Santiago? ¿De verdad piensa usted que eso hará que todo cambie?-

-Ya ha cambiado, Larrañaga. Si no, comencemos por la propia escena que tenemos aquí justo enfrente. En primer término, y advierto a usted, Pepe, como encargado de ella, cómo podrán encontrar una colilla perteneciente a su compañero Luciano, quien fumaba al parecer “Salem” mentolado, justo a la derecha según se traspasa esa verja-

-Pues, lo tengo que confesar, se nos ha escapado- Pepe Fernández, ruborizado, habló con sinceridad -Tengo chicos nuevos, recién llegados al departamento y, en fin, no me extraña que un descuido haya posibilitado lo que dice-

-Bueno, Pepe, no se apure. Debemos ser benevolentes con los novatos, en particular porque todos alguna vez lo hemos sido, y sólo con recogerla más tarde es suficiente- comentó Santiago, quitando importancia al asunto y logrando que el responsable de la escena del crimen perdiera ese gesto de contrariedad -Lo esencial en esta ocasión es que eso cuadre con lo descrito por Daniel Hidalgo hace poco, tanto a nuestra abogada como a mí mismo, en el sentido de que, al llegar hasta aquí, su compañero les dejó en el coche, anduvo este tramo hasta la verja, la traspasó y no le vieron salir. Por lo tanto, mi teoría pasa porque su compañero inspector se detuvo, extrajo ese pitillo y fumó tranquilo esperando lo que, ya sabía de antemano, iba a ocurrir-

-Un momento. Está llevando esto a un sitio que, le soy sincero, no me gusta ni un pelo, detective-

-Cuento con ello. Quiero decir que lo esperaba, Larrañaga. No obstante, le ruego sea paciente, escuche lo que sigue y, en mayor medida, espere a la conclusión que no está lejos y, tal vez, cambie de opinión y me la bendiga-

-No diría yo tanto y, además, no soy de bendecir nada. Eso se lo dejo a los curas-

-Pues, entonces Larrañaga, espere a que le diga de qué manera su compañero, seguro un gran hombre, magnífico policía, exhibiendo una hoja de servicios inmaculada, con distinciones varias que luciría orgulloso en la procesión del “Corpus Christi” cada primavera, urdió un plan, diría que notable sin llegar a sobresaliente, para consumir el asesinato a sangre fría de su esposa-

-Santiago ¡Hasta aquí hemos llegado! No le permito...-

-Oiga, espere, Larrañaga- intervino Andrea, comprobando la cerrazón del inspector acerca de la hipótesis de su detective -Déjele terminar. Por mi parte, tal como lo ha dicho también tengo mis dudas, pero ha de permitir que nos convenza-

-Está bien, pero no falte al respeto a su memoria. Era un compañero, pero también amigo y ejemplo para todos los que integramos el Cuerpo ¿Entendido?-

-¿Cómo no?- respondió Santiago, llevándose su mano derecha hasta el corazón en un acto tan teatral que Andrea, entendida en esas lides, pensó para sí cómo tenía un punto de comediante aquel detective poco común pero de gran finura a la hora de llevar a cabo las investigaciones -Por ello, y con tal de intentar desenmascararle y que comprenda cómo llevo razón, le diré lo que ocurrió a continuación-

-Oiga, un momento ¿No se ha dado cuenta que él también fue una víctima?-

-Esa es la cuestión, Larrañaga, puesto que en el principio del plan no iba a serlo, sólo que las circunstancias así lo requirieron a posteriori-

-Habla usted en un idioma que apenas entiendo. Me marea con tanta hipótesis. Bueno, concrete de una vez por todas y, por favor ¡Déjese de palabrería y vaya al grano!- dijo Larrañaga, exasperado ya ante los circunloquios de Santiago.

-De acuerdo, inspector, y lo intentaré. Sigo, por tanto, comentando de qué manera su compañero Luciano, con mucha cachaza tras el muro que hay tras la verja, bien agazapado, aspiró relajado el humo de ese cigarrillo mientras el asesino, a quien había citado con aquella llamada telefónica desde la estación, apareció por el lado opuesto del coche, lo cruzó, se dirigió hacia su

esposa, le disparó y, a renglón seguido, apuntó a Daniel Hidalgo y le recetó otro disparo aunque, por esos caprichos del destino y tal vez su nerviosismo, no tuvo la precaución de asegurarse de que había muerto en el acto y, calculo, por la cantidad de sangre que expulsó la herida en la cabeza. De esta forma, dedujo de manera torpe no hacía falta más plomo y que estaba liquidado Daniel a la primera. Justo en ese instante, cumplido el trato con su amigo Luciano, éste abandonó su escondite, anduvo el tramo desde la verja al coche para mantener unas palabras con el asesino contratado que, por un motivo que aún no he puesto en pie, esperó que se girara y le metió otro balazo certero, cayendo donde ahora mismo está su cadáver. Finalmente, y como todo crimen perfecto requiere, colocó el arma utilizada en la mano derecha de Daniel, donde luego se le encontró, e hizo un disparo con tal de que diese positivo en la prueba pertinente de restos de la pólvora, cuyos orificios tanto de entrada como salida pueden ver con claridad en el reposacabezas del copiloto, saliendo la bala hacia el exterior. De esta forma, y si nuestro amigo Pepe apura la búsqueda, encontrará con toda seguridad la bala en un radio de una decena de metros. En cuanto al casquillo, es evidente cómo nuestro verdadero asesino tuvo la precaución de guardárselo y arrojarlo en lugar seguro. Punto final y a disfrutar del dinero facilitado por el trabajito de liquidar a su esposa, donado por su compañero-

-Pero ¿En qué se basa para decir eso?-

-Bueno, Larrañaga, de nuevo le animo a comprobar las suelas de los zapatos de su amigo fallecido. Si observa con detenimiento y dado que la tierra estaba, y está aún, húmeda, se puede ver con claridad sus movimientos. Esto es, fue del coche a la verja y de ésta hasta la ventanilla del copiloto, donde el asesino disparó tanto a su esposa como a Daniel. Luego, podrá constatar cómo se dio la vuelta, anduvo unos pasos y cayó abatido. Para rematar, le sugiero observe las pisadas que hay desde unos metros del coche por su parte izquierda, hasta el lado del copiloto tantas veces citado, y de éste de nuevo hacia fuera, siendo estos los movimientos del sicario contratado por su amigo-

-No sé, no sé, detective-

-Larrañaga, sé que es duro escuchar esto, pero cuadra todo si nos retrotraemos a la estación de Chamartín, en Madrid, cuando su amigo se encuentra con Daniel Hidalgo. De manera sorpresiva le ofrece su amistad incondicional, pero muy interesada porque, con gran inteligencia, ve la cabeza de turco, el chivo expiatorio para su macabro plan de acabar con la vida de alguien a quien, seguro, detestaría y le parecería fácil apartarle de su vida, más cuando siendo policía la impunidad sería total. El caso es que, según mi teoría, su amigo Luciano reconoció a Daniel, puesto que habría estado en la jefatura madrileña y la fotografía en esos momentos del joven actor ya estaba distribuida para su localización. Por supuesto, su amigo inspector jefe, buen fisonomista, incluso con la perilla y el bigote que llevaba Daniel, adivinó era él también atando cabos al verle tan peripuesto con el maletín de médico y el fonendo. Supo que era su momento y un plan perfecto pergeñó sobre la marcha. Tanto fue así que no se separó del joven actor ni un instante en el tren y enlazándole con una amistad que se puso a prueba, tal como nos relató Daniel, avalándole ante los policías que a punto estuvieron de detenerle al no facilitarles el joven su documentación. ¡Perfecto! Incluso más diría yo, Larrañaga, cómo era el cénit de su plan, el cual tendría enjaretado. No obstante, el ingrediente de Daniel como fugitivo era la guinda que necesitaba. Lo demás fue muy fácil y llegar a Gijón, poner a Daniel el caramelo de llevarle donde quisiera sin hacer preguntas y, en un movimiento de maestro, apartarse y llamar al asesino para indicarle los detalles donde llevar a cabo el trabajo, lo consumó con una frialdad digna de elogio, incluso resultando un criminal implacable su cómplice. Sin embargo, el plan se torció en su acto final, cuando su sicario se revolvió, no sé aún el motivo, y decidió también dejarle seco y completar él mismo lo indicado por su ya liquidado cliente, colocando las pruebas que apuntarían a la autoría de Daniel. El círculo así se cerraba y también la ofrenda gratuita a la justicia de un culpable tan claro, a quien no tardarían en adjudicarle los crímenes. Señoras, señores, y este cuento se ha acabado-

Un silencio denso se apoderó de todos, incluido Santiago, quien permaneció expectante aunque sin signos de suficiencia ni en su postura ni en su expresión, y más bien quedándose al albur del veredicto de los dos policías, de manera especial, y de Andrea, en menor medida, puesto que ella misma

había participado por confidencias entre los dos de muchos de los puntos que habían apuntalado su hipótesis sobre lo acontecido y, de prosperar, supondría la definitiva liberación de Daniel; injustamente, a su parecer, tratado por todos.

-Detective- habló, por fin, Pepe Fernández, acompañando un gesto serio a sus palabras *-Me va a permitir que le diga cómo me ha dejado a la altura del betún-*

-No era mi intención- contestó Santiago con sinceridad.

-Pues, no se apure- le habló de nuevo, rascándose la barbilla de manera insistente, el encargado del escenario del crimen *-En este caso, me lo merecía y bien. Mientras desgranaba su teoría, me he dado cuenta que me ha cegado el afán de enchironar a ese muchacho por lo que le había, según todos, hecho a mi amigo. Ahora, escuchados sus argumentos, no tengo más que felicitarle a usted y, al mismo tiempo, pedirle a Larrañaga le conceda crédito suficiente para continuar la investigación en la línea que nos indique-*

-No hace falta, Pepe, porque también me ha convencido a mí- Larrañaga se unió a la alabanza *-Y, sinceramente, en otra tesitura estaría ahora casi dando saltos de alegría. Sin embargo, me siento fatal puesto que he comprobado cómo Luciano, mi gran amigo, faltó a su juramento y planeó algo sucio y mezquino contra su esposa, también amiga desde que entramos juntos en el Cuerpo siendo imberbes, llenos de ilusiones y con un afán de servir a la sociedad que él ha mancillado. Desconozco qué le movió a hacerlo pero, como dice Pepe, es mi deber pedirle nos ayude a saberlo-*

-Gracias a los dos- habló Santiago algo azorado *-Y no crean ha sido fácil remover sus conciencias en este caso que, si les digo la verdad, al comienzo me pareció de igual forma que a ustedes tan de libro, que no había resquicio por donde se pudiese librar Daniel Hidalgo. No obstante, también tengo que reconocer, y esto es en su descargo, cómo tengo otro punto de vista, el cual me ha dado ventaja con respecto a ustedes, ya que en este período en el que he investigado y conocido a fondo tanto la personalidad como las opiniones*

de otros con respecto al joven actor, tenía claro que no encajaba en ese perfil de psicopatía necesario para acabar de manera tan fría con la vida de dos personas, en apenas unos segundos mirándoles a la cara, viendo cómo sus cuerpos eran abiertos en canal y su sangre salpicando en su propia carne-

-Bueno, Santiago, un tanto más en su marcador- Andrea intervino para, convencida de igual forma, unirse a los dos policías que aparecían apabullados ante la brillantez del detective en su exposición de hechos y cómo encajaban las piezas del tablero; una a una, dejando en evidencia a su compañero desaparecido -No obstante, aunque el partido de Madrid ha terminado y con un gran resultado para nuestro equipo, el de Gijón aún se está jugando y, como dicen tanto Larrañaga como Pepe, sería un buen colofón darle jaque mate al verdadero asesino. Por cierto, inspector, imagino que levantará las medidas cautelares a Daniel-

-¡Por supuesto, Andrea! Cuenten ambos con mi palabra de solicitar al juez el sobreseimiento de la causa contra su defendido- aclaró Larrañaga, quien estaba aún tocado por el golpe tan fuerte de reconocer a su amigo como culpable de promover algo tan cruel contra su esposa, así como de dar carta de naturaleza a la pormenorizada resolución del asesinato, expuesta por Santiago -De igual forma, diré a mis hombres que cesen en la custodia en la habitación del hospital y podrá tener, si es el caso por su recuperación, plena disponibilidad para desplazarse, incluso a Madrid-

-Gracias, inspector, buena noticia pero no menos de la que estoy segura voy a escuchar de labios de mi detective personal-

-¿Para qué dice eso, Andrea?- saltó Santiago como un resorte -Sabe positivamente que no abandono nada a medias y jamás dejaría de atrapar a un mentiroso, en este caso tan desalmado como el asesino del que nos habla este escenario de pesadilla. Así que cuenten conmigo porque, ya les adelanto, sé cómo avanzar en este caso y me encantaría participar con ustedes en su remate final-

-Por supuesto, detective, le escuchamos-

-Bien, Larrañaga, gracias y lo primero que le propongo es ordenar de inmediato a jefatura se pongan a destajo a trabajar para averiguar a quién pertenece este número de teléfono y, en su caso, aún más importante, nombre y dirección exacta de su titular-

-Eso por descontado y lo tenía previsto. Más cosas-

-Conforme, pues, lo segundo y diría que fruto de lo anterior, es que alguien vaya cagando leches, nada más conocer esa información, al juez y que éste le firme, incluso si hay que cogerle por el pescuezo y zamarrearle un tanto por si se resiste, una orden de registro con la que podamos meter el diente, sin que nadie nos venga con milongas legales-

-Cuenta con eso, detective, aunque el juez espero se muestre colaborador porque, de lo contrario, garantizo que lo del pescuezo puede me encargue yo personalmente-

-Le veo capaz, Larrañaga-

-Siempre he tenido ganas de probar a ver qué sensación me da algo así y, si es gratificante o, por el contrario, es algo más, digamos, fuerte-

-Yo votaría por lo último y lo malo, Larrañaga, es que le coja el gusto y repita. En fin, mientras sale de dudas, le digo lo tercero que estimo más urgente y es que coja un agente pollo, ordénele acuda a los chupatintas de su Departamento de Personal en la última planta de la jefatura, por supuesto sin tropezar no vaya a partirse la crisma con los escalones, que agarre algún otro pescuezo, incluso femenino si fuese el caso, lo retuerza y averigüe en qué Banco recibía la nómina su amigo Luciano. Conocido este detalle, el mismo pollo o acompañado de otro cuanto más espabilado mejor, vayan por tierra, mar o aire echando espuma por la boca, incluso pasando por encima de los cadáveres que hiciesen falta, hasta el Banco indicado y rastreen todas

las operaciones del inspector asesinado desde hace seis meses al menos-

-Sin problemas, y me encargo en persona de seleccionar a esos que propone, detective ¿Alguna cosa más?- dijo Larrañaga, un poco exhausto ante tantas instrucciones y soltadas a una velocidad desacostumbrada para su pausado ritmo de trabajo provinciano.

-¿Algo más, dice?- respondió Santiago, sin dejar mucho margen entre pregunta y respuesta, y con esa peculiarísima expresión de pillo en su rostro, la cual ya Andrea conocía *-Bueno, en confianza, sólo una cerveza bien fría y, si les llega, algún tentempié de la tierra-*

CAPÍTULO IX

Clara Leonés tuvo que hacer un esfuerzo para pagarle al taxista y no porque le faltase efectivo, sino porque el manojó de paquetes, que tenía a su vera en el asiento de atrás del vehículo, le impedía llegar con soltura hasta su bolso y, por tanto, al billetero.

-Está bien, quédese con la vuelta- le dijo con una sonrisa al taxista, a quien se le contagié aquélla nada más ver el color del billete que le había puesto en la mano, y luego Clara, tras un trompición motivado por el exclusivo calzado con tacón de doce centímetros que llevaba estrenado, casi se cayó de bruces sobre un banco lleno de pintadas callejeras realizadas por gamberros, el cual se encontraba justo delante de su humilde casa donde en su fachada una placa metálica, con el emblema del yugo y las flechas, indicaba su condición de “Vivienda Social”.

-¡Clara, hija, qué bien te veo!- le dijo una de sus vecinas, nada más verle llegar con decenas de bolsas, paquetes y enfundada en un modelito de color rojo fuego que le resaltaba su figura, la cual era la envidia no sólo de aquélla con la que se topó sino todas las demás de la barriada, situada en la periferia gijonesa *-Pero, hija, si es que vas elegantísima con ese vestido ¡Qué lujo! ¡Qué monería de zapatos! ¿De boutique?-*

-¡Todo! ¡Todo de boutique, querida! Son un sol ¿Verdad?- respondió Clara, mostrándoselos con emoción y hasta iniciando una especie de pase de modelos, deslucido por la impedimenta que llevaba a cuestras.

-Oye, cariño, imagino que buenos dineros te habrán costado- dejó caer la vecina, mirando de reojo la cantidad de compras que cargaba Clara, bien orgullosa.

-Regalo de mi novio ¿Sabes?-

-¿Sí? Pues, guapa, hace tiempo que no le veo por aquí- habló de nuevo la vecina, esta vez con ese comentario del calibre cercano a una carga de profundidad *-Con el que me cruzo mucho, al entrar y salir, es tu primo-*

-Es que mi novio va y viene ¿Sabes?-

-Sí, ya sé, va y viene mucho- contestó de nuevo la vecina con ese retintín que enojó a Clara y ésta prefirió seguir su camino, sin darle más detalles.

-¿Cuándo es la boda?- insistió en preguntar la vecina, incluso cuando Clara estaba a muchos metros ya casi abriendo su puerta.

-Pues el año que viene, si Dios lo quiere-

-O el otro ¿No?-

-Bueno, mujer, está muy atareado mi novio y necesita su tiempo. Pero, mira, me tiene como a una reina- esta vez Clara contrató, señalando todas sus compras y, de paso, cruzando su mano por el modelito en el que había llegado embutida.

-Se ve, se ve, cariño. Oye ¿Y vaya con tu primo? Ayer le vi llegar con un cochazo-

-Es que es muy buscavidas ¿Sabes?-

-Eso sí que es verdad y cualquier día da la campanada- soltó la vecina esto último de nuevo con un doble sentido, lo que incomodó a Clara.

-Bueno, adiós, que llevo prisa- concluyó el interrogatorio de la vecina, tal como Clara pensó, y pudo librarse tanto de ella como de sus insinuaciones disfrazadas de interés que escondían, a su parecer, sólo envidia cochina por verle progresar y más en un sitio donde la vida era muy dura y los bolsillos de la gente solían tener telarañas, de tal modo que cualquier signo de avance económico era observado con desconfianza y comentado -“por lo bajini”- de puerta en puerta.

Clara, por fin la puerta sellada, reina de su humilde castillo, se sintió como tal en él observándose a sí misma en el espejo ribeteado de latón, el cual tenía un aspecto entre cutre y de muy mal gusto, comprobando cómo el vestido le resaltaba esas curvas suyas que a los hombres nublaban el entendimiento. Tras esto, con la ilusión de una chiquilla en la mañana de Reyes Magos, abrió uno de los muchos paquetes y primero observó su interior para, a continuación brillándole los ojos, acariciarlo y extraerlo con cuidado.

Jamás había tenido algo igual y no hacía más que mirar aquel abrigo de piel, el cual al momento vistió rozando en sus mejillas la suave textura que ofrecía la sublime prenda, ideada para las élites como signo de distinción respecto a los demás mortales; afanados todos en ganarse cada día el sustento.

Nerviosa, dejando a un lado el abrigo, se comportó de nuevo como una chiquilla con zapatos nuevos, al abrir otro paquete de donde extrajo un soberbio conjunto de ropa interior al completo, de color negro con transparencias, el cual durante mucho tiempo había soñado con poseer y también lucir en la intimidad. Pero, no era lo único hecho realidad, sino que había más y continuó deshaciendo paquetes de donde surgieron zapatos exclusivos, bolsos de piel legítima, vestidos largos, cortos, hasta trajes de chaqueta con aire de ejecutiva de alto nivel, alguno de cóctel tal como le dijo el vendedor, para finalizar con pequeñas cajitas que acarició antes de romper sus envoltorios de donde surgieron brillando pulseras, anillos y broches de oro de veinticuatro quilates y, sobre todo, dejando como corolario un estuche

donde apareció ese reloj con numerales de diamante por el que habría dejado, si fuese el caso, que le cortaran al menos un dedo de la mano por poseerlo. Sin embargo, Clara pensó para sí cómo no había hecho falta que la sangre llegase al río y bastó poner encima de la mesa del joyero un buen fajo de billetes nuevos, crujientes, que olían al sugerente y exclusivo aroma del poder y la ambición, a los que se había entregado entera sobre la seguridad de que se merecía disfrutar de ese momento de plenitud en su vida.

El timbre de la puerta sonó en ese momento y Clara vio desvanecerse en su mente el ensueño, justo cuando se veía a sí misma ya vestida al completo con sus nuevas adquisiciones y luciendo las joyas por las que, literalmente, mataría a cualquiera que se pusiese por delante.

La realidad se materializó y el timbre sonó de nuevo. Clara llevó todo su botínpreciado hacia su dormitorio, se compuso el traje, se miró el peinado en el espejo que pensaba destrozar en cuanto pudiese, y luego se dirigió hacia la puerta.

-Buenas tardes, señorita- escuchó Clara de labios de un hombre de mediana edad, a quien acompañaba otro y una mujer más joven.

-¿Clara Leonés?- preguntó el otro hombre, el cual le intimidó puesto que casi no cabía por la puerta, calculándole no menos de dos metros y con unas manos de boxeador.

-Sí, soy yo ¿Qué ocurre?- preguntó desconfiada, moviendo ligeramente la puerta hacia ellos haciendo amago de cerrarla.

-Disculpe, Clara, que le molestemos en este momento para una simple comprobación- Larrañaga se mostró más agradable que Santiago, haciendo de poli bueno.

-No será tan simple, cuando vienen ustedes de tres en tres- le soltó con cierto gracejo la joven y hasta arrancó una media sonrisa de Andrea, quien observó

el vestido de un color en exceso llamativo pero admiró la figura que tenía y la finura de sus facciones, resaltadas con maquillaje de gama alta.

-Perdone, se me olvidó presentarnos. Junto a mí está el detective, Sebastián Santiago, y nos acompaña la abogada señorita Andrea Laborda, ambos madrileños y desplazados para asistir a un cliente envuelto en un caso de asesinato-

-¿Asesinato? ¿Qué tiene que ver eso conmigo?-

-Pues, en principio, por supuesto que nada. Sin embargo, hay una pista que nos conduce hasta su número de teléfono y, por tanto, hacia este domicilio-

-¿Qué? Yo no sé nada- se le puso la cara blanca a la muchacha y, de paso, hasta la voz se le quebró durante un instante que no pasó, como siempre, desapercibido para Santiago.

-Señorita- insistió Larrañaga interpretando su papel y llevando su tono a lo más conciliador posible *-¿Le importa pasemos y tratemos con más sosiego este asunto?-*

-Bueno, sí, pasen, pero sólo si es poco tiempo. Mi primo está al caer y nos vamos de viaje ¿Vacaciones, saben?-

-Nada, mujer, no se preocupe por nosotros. Aclaremos todo en un periquete y así usted y su primo pueden marcharse con toda tranquilidad. Se lo garantizo- Santiago estuvo a punto de lanzar una sonora carcajada y sólo una tos tísica, impostada, lo ocultó.

-Bueno, venga, pues adelante- dijo confiada Clara, quien les llevó hasta el salón, una pequeña estancia repleta de muebles baratos y, en su mayoría, ajados, para luego sentarse los cuatro y, acomodados, la joven esperar impaciente sus preguntas.

*-Vamos a ver, Clara, dígame ahora si conoce usted al inspector Luciano...-
Larrañaga abrió el fuego.*

-¿Luciano? Pues sí, le conozco- contestó sin dudar la muchacha y los tres se quedaron estupefactos, hasta tal punto que Larrañaga no daba con la tecla para seguir el interrogatorio.

-¿Cómo no le voy a conocer, si estuve sirviendo en su casa tres años?- aclaró la joven sin esperar, tal vez porque sus interrogadores no daban crédito a lo que oían.

-Bien, ese dato es importante. Pero, ahora dígame ¿Qué motivó a Luciano para que marcara ayer el número de su domicilio?-

-Pues no sé. Que yo sepa, aquí no llamó. Bueno, o a lo mejor estaba yo fuera-

-Señorita- habló Santiago, haciendo de poli malo y ofreciendo un gesto duro a la muchacha -Cada vez que responde usted, hunde su uña del dedo anular contra el meñique, luego ese lenguaje gestual indica que está usted guardándose algo y, por su bien, deje de fingir-

-¿Qué? No sé qué me dice-

-¡Oiga!- Santiago subió el tono -El inspector Larrañaga está teniendo mucha paciencia con usted. Debe saber cómo me ha convencido para que no le llevemos hasta la jefatura y le hagamos estas preguntas en la sala de interrogatorios. Así que agradezca su gesto y sea sincera-

-Bueno, vale, sí llamó-

-Eso está mejor. Vamos, siga-

-No sigo, porque le colgué-

-¿Motivo?-

-No quiero nada con él-

-Explíquese, joven, o ya sabe dónde continuaremos esto- apretó Santiago, sabiendo había margen para ello.

-¡Pues, que no es nada, hombre!- Clara perdió totalmente los papeles y hasta se comportó como una maleducada, puesto que hizo un feo gesto con los brazos, faltándole poco para mandar a cierto sitio a Santiago *-Me llamó, hablamos, luego le dije que se olvidara de mí y ya está. Así que déjenme, que va a llegar mi primo y no tengo lista la maleta-*

-Oiga, Clara, o nos dice la verdad o no se irá de viaje hasta tanto lo haga-

-¡Qué pesados! Vamos a ver, que el tío ese quería jaleo conmigo otra vez, pero que le dije que no ¡Y que me dejen!-

-Clara, empiece por el principio y díganos algo coherente o se le va a complicar no sólo el viaje, porque a Luciano le han pegado un tiro y está en el depósito de cadáveres-

-¿Le han matado?- preguntó la joven, esta vez con la cara desencajada y apareciendo de repente un cierto tembleque en sus manos.

-Ya lo ha oído y ahora escupa todo- Santiago ya fue a por todas.

-¡Madre mía! ¡No me diga que...! ¡Yo no sé nada!- comenzó a llorar Clara, lo cual no ablandó ni a Larrañaga ni, mucho menos, a Santiago.

-Sí sabe y bastante. Así que deje de lloriquear y díganos qué pasó ayer, o anteayer o todas las veces que andaba con Luciano-

-¡Yo le había dejado, hombre!- exclamó Clara, mientras no cesaban ni sus lágrimas ni sus lamentos.

-Vuelve la burra al trigo- apretó Santiago.

-Verán, es que yo estaba sirviendo en su casa y, bueno, él empezó a insinuar y, pues ya se imaginarán. Hemos estado juntos todo este tiempo. Él venía aquí, me daba dinero y ya está. Pero hace poco le dije que quería a mi primo, que nos íbamos a casar. Pero él seguía con lo mismo y no me dejaba y...-

-Muy bien, pero ayer llamó y queremos saber qué ocurrió-

-¡Que no lo sé!- gritó Clara acorralada *-¡Que lo cogió mi primo!-*

-¿Ve usted esto, Clara?- preguntó Larrañaga, en tanto le mostraba un documento oficial *-Es una orden de registro que le entrego ahora mismo, firmada por el juez. Sepa que vamos a poner la casa entera boca abajo y buscaremos hasta...-*

-¡Le había dado mucho dinero a mi primo!- confesó la chica entre llantos, interrumpiendo así la pregunta y también abriendo la caja de Pandora que Santiago esperaba como agua de mayo.

-Vaya, eso suena mucho mejor. Siga-

-Hace una semana, Luciano me llamó y me preguntó a quién podía recurrir para algo delicado y que, quien fuese, debía tener manejo con armas. Le dije que mi primo podía ayudarlo, que había estado en prisión y tenía amigos que

podían ayudarle para conseguirlas...-

-¡Oiga, tiene la oportunidad de decir la verdad!- Santiago pareció subir el último peldaño y dejar sin salida a Clara, quien estaba ya a punto de derrumbarse por completo, sitiada por sus preguntas insidiosas *-Dentro de un minuto, pediré al inspector que le ponga las esposas. Nos consta cómo hace tres años que Luciano le entregaba cantidades mensuales, pero nada que ver con el medio millón de pesetas que retiró hace una semana...-*

-¡Espere, hombre!- rogó Clara, desesperada, desconsolada y al borde del ataque de nervios *-Verá, esa cantidad es lo que mi primo le pidió para asesinar a su esposa. Quedaron en que sería ayer, el lugar, la hora, pero a eso del mediodía llamó y le dijo que había que cambiar los planes. Por lo visto, había encontrado la forma de que tanto él como mi primo salieran del asunto sin sospecha. Pero no tenía ni idea de que, al final, Luciano acabara también muerto ¡Se lo juro, inspector!-*

-Bien, ahora vamos en el buen camino pero, díganos ¿Cómo empezó todo con Luciano?- preguntó Santiago picado por la curiosidad, incluso teniendo ya casi todo atado conforme a su hipótesis.

-En realidad la culpable fue su mujer. El caso es que ella se dio cuenta de que él se había vuelto loco por mí y no tardó en echarme de la casa. Eso hizo que Luciano me buscara y, desde entonces, mantuvimos una relación-

-Más bien, Clara, sea sincera, él le mantenía-

-No voy a negarlo-

-Y tampoco podrá negar que, al mismo tiempo, su primo hacía con usted en la cama algo parecido a lo que Luciano en sus visitas noctámbulas-

-Es verdad. Es que yo quiero a mi primo ¿Sabe? A Luciano no, sólo era por

el dinero. Venía, se desahogaba y me lo soltaba. Con eso, vivíamos mi primo y yo-

-Bien, hasta que su primo encontró la oportunidad que esperaba para librarse de Luciano, con quien durante mucho tiempo se aguantaría las ganas de liquidarle, pensando tenía que compartirle a usted con él y, de paso, sacarle un buen pellizco para empezar una nueva vida ustedes lejos. Diría que muy lejos de aquí-

-¡Clara, vámonos! ¡Mira, ya tengo aquí los pasajes!- oyeron todos exclamar desde la puerta, incluso antes de que esta se abriera por completo, apareciendo un sujeto cuya misma imagen había en una fotografía sobre la mesa, al lado de donde estaban sentados.

-Buenas tardes, señor. Clara ya está lista para ese viaje al que, si no tiene inconveniente, le acompañaré- contestó Larrañaga al primo de Clara con una sonrisa seráfica, mostrándole unas esposas, mientras aquél sentía en su sien izquierda la bocacha de una pistola que sostenía Santiago quien, con reflejos, se había colocado de manera estratégica al escuchar cómo giraba el pomo de la puerta.

-Oiga, primo, dígame- le dijo Santiago en voz baja al sujeto, quien había ya levantado las manos y soltado los pasajes, los cuales quedaron tirados a sus pies tal como mudos testigos de su fracaso *-¿Prefiere turista o, tal vez, primera clase?-*

Cautivos, abochornados, sorprendidos, tristes, desarmados por la astucia de Santiago, sólo faltó en la escena el esperado derrumbamiento anímico de Clara, no por el hecho en sí de ser detenida, ni mucho menos por el desasosiego de ver un arma apuntando a la cabeza de su primo y amante, sino por dejar atrás aquella colección de modelitos, joyas y, sobre todo, ese abrigo que ya fantaseaba con pasear por algún lugar de postín en la otra punta de Europa.

Tampoco se echaron en falta las felicitaciones de todos hacia Sebastián Santiago y la sorna con que las tomó éste, haciendo bromas a unos y otros, incluyendo a su amada abogada, con quien se le caía la baba y hasta el inspector Larrañaga –devolviendo la chanza en tanto volvían en el coche oficial hacia el hospital- le recomendó recogiese el maxilar inferior del suelo del vehículo, que a Santiago se le había desencajado por completo, mientras observaba a escasos centímetros aquel rostro de Andrea que le subyugaba; aunque no menos que ese aroma floral, virginal casi, que desprendía su piel y el cual, en las noches de duermevela desde el momento el que apareció en su desastrosa vida, recordaba acompañándole hasta la antesala del sueño.

Veinte minutos más tarde, a buen recaudo los dos pájaros atrapados antes de volar hacia un crucero por el Mediterráneo en camarotes de lujo, Larrañaga se despidió de ellos dos a las puertas del Hospital de Gijón donde permanecía Daniel Hidalgo casi restablecido de su herida superficial. Tanto era así que, una vez llegados ambos a la habitación, el joven actor ya andaba trasteando en busca de sus ropas y pertenencias, con apenas un esparadrapo sobre la herida en buenas condiciones, nada más le comunicaron los policías que le custodiaban como reo que tenían orden de levantar la vigilancia, dado que el auténtico culpable del asesinato había sido detenido.

Santiago sufrió en sus carnes algo parecido a un poderoso “crochet” boxístico directo a su considerable cabezota, tal vez un “uppercut” muy doloroso a la cuadrada mandíbula que poseía cortada en ángulo recto, motivado por la nueva escena que tuvo lugar delante de él, aunque situado a cierta distancia por verdadero pudor, sintiéndose de repente empequeñecido, ninguneado, noqueado al fin por la visión de los labios de Andrea fundiéndose con quien, tenía ya por seguro, era su auténtico amado.

El peculiar detective se hundió en su propia melancolía, furioso en sus adentros, desganado en su aspecto, como si sus músculos de acero no fuesen más que gelatina temblorosa ante aquel espectáculo en el que se sintió un mero figurante, observando a los dos protagonistas de la obra que imaginó representaban, entreverada de drama, tragedia, romance y alguna tímida pincelada de comedia. Con la tristeza carcomiéndole, Santiago creyó verles tal si estuviesen iluminados por una luz difusa; guapos, jóvenes, jurándose

amor eterno y hasta le pareció escuchar música celestial en torno a ellos.

Conforme los tiernos besos se sucedían, los abrazos se intercalaban y los cuerpos de Andrea y Daniel parecían formar un solo ser, Santiago sintió cómo un corte, realizado por algún elemento invisible, le partía en dos el torso para luego hurgarle en su cavidad torácica y, tras múltiples intentos, lograba extraer su enorme corazón palpitante al tiempo que -a cada latido-borbotones de sangre salían despedidos por toda la habitación hasta conseguir que, tal como un toro bravo en la suerte suprema, diese sus últimos estertores aguantando con nobleza para luego caer derrumbado sobre el albero del coso.

-Disculpa, Santiago, me había olvidado de ti- habló Andrea, tras un tiempo indeterminado tanto para ella misma como para el detective, sumidos ambos en un pensamiento distante pero coincidente y, aun así, tan contradictorio, donde el amor era correspondido en una y pisoteado en el otro.

-No hay problema. Soy yo el que debe pedir disculpas por quedarme aquí como un pasmarote- contestó Santiago apesadumbrado *-Me encargo de desentrañar misterios, desvelar intrigas y, sin embargo, soy un inútil para darme cuenta de lo más evidente. Así que, si no tenéis inconveniente, tomo un taxi y os espero en la estación-*

-¿Tú qué dices, Daniel? ¿Damos permiso a tu salvador?- preguntó Andrea con una sonrisa como nunca había visto Santiago en su esplendoroso rostro, el cual respiraba felicidad y armonía por cada poro.

-¿Cómo? Lo que él quiera, cariño. Y usted, Santiago, no sé cómo agradecerle...-

-A ella, Daniel, a ella- interrumpió el detective a Daniel, un poco más animado asumiendo la verdad, señalando a la joven abogada *-Sólo a ella. Bueno, si le soy sincero y sin faltar a que Andrea ha apostado por usted, no quiero dejarme en el tintero a todos sus compañeros y, en especial, su director, Don Domingo, quien me dibujó su carácter y comprendí que no*

podía ser un cruel asesino. No me puedo olvidar de Evaristo, el conserje de Ana María, porque, de igual forma. fue leal a lo que había presenciado y se mantuvo firme en que usted no estuvo en el edificio ni ese día, ni a esa trágica hora. Lástima que Ana María fuera sorprendida por alguien a quien, estoy seguro, sólo intentaba ayudar y al final, tal vez porque está enfermo, o bien por motivo de su rechazo, acabara con su vida. No obstante, en general, amigo Daniel, es usted un hombre muy afortunado y querido por todos. Aunque, en fin, Andrea también es consciente, mucho más “por todas”, y ya sabe a lo que refiero-

-Bueno, Santiago, démoslo por bueno- Andrea contestó sin dudar en la respuesta, ofreciéndole la primera sonrisa que recordaba el detective de ese tenor; plena de felicidad, tal como transmitía su rostro emocionado -En esta oportunidad ha sido providencial y, gracias a Dios, Daniel está libre de sospecha y, además, vivo. Aunque sea de puro milagro-

-En eso estoy de acuerdo, Andrea. Ese tipo, el tal primo de Clara, es un buen randa, muy conocido por lo visto en los bajos fondos de por aquí, con muchos antecedentes y dispuesto a lo que fuese por conseguir ese dinero sólo para él. Así que dese, Daniel, por vuelto a nacer-

-Gracias, detective, por todo- se acercó Daniel a estrechar su mano y Andrea, mortificando a Santiago, hizo lo propio y le besó en la mejilla.

-Hacen ustedes buena pareja- contestó el detective con los ojos enrojecidos, hablando su corazón a los dos -Les deseo felicidad, amor e hijos, cuantos más mejor. Ahora, y como dicen ustedes, Daniel, hago mutis por el foro. Si no me ven por el tren, estaré encerrado en mi coche-cama con mi amigo de toda la vida-

-¿Amigo? ¿Qué amigo? Que yo sepa, llegamos solos a Gijón usted y yo-

-Se trata de Johnnie ¿No se acuerda? Johnnie Walker, etiqueta negra y, por cierto, muchacho, este boleto de quiniela estaba entre sus cosas aunque veo

que sin sellar. No me gustaría dar malas noticias, pero debo advertirle que ha acertado los catorce...-

EPÍLOGO

El inspector Velázquez, Carlos de nombre, treinta y siete años, metro setenta y cuatro y un grueso mostachón de pelo rubio cobrizo, prendió fuego con un mechero “Bic”, de color rojo, a un cigarrillo “Ducados”, aspiró una buena calada y, en tanto vaciaba de humo sus pulmones, empujó la puerta del restaurante en el que esperaba encontrar a un antiguo compañero y, en cierta medida, buen amigo a quien presentar unas disculpas por un comportamiento miserable que él mismo se preguntaba, en ese preciso momento, qué le movió a tener.

No fue benigno con él mismo e hizo de acusador contra su propia forma de traicionar su amistad. De cualquier manera, Velázquez creía haber reaccionado a tiempo y se convencía de que el perdón del amigo llegaría más pronto que tarde y retomaría así su relación; olvidando la felonía que, para sus adentros, tildaba así.

-Oye, chaval ¿Dónde está Santiago?- preguntó Velázquez a Antoñito acercándose a la barra, quien estaba enfrascado en sus menesteres, tras dar el inspector un par de vueltas por el restaurante, ir a la mesa donde aquél pasaba sus horas entre alcohol y recuerdos, y no encontrarle; incluso alarmándose por su ausencia en alguien tan metódico en ese aspecto.

-¿Santi?- contestó el muchacho con una pregunta, como era su costumbre - *¿Quién lo quiere saber?-*

-Inspector Velázquez- se identificó éste muy serio de inmediato, extrayendo

su placa y mostrándosela.

-¡Un colega suyo! Perdone, inspector, si lo llego a saber no le pongo esa jeta- contestó Antoñito con una sonrisa, tan sincera como inocente, y encendiéndosele la cara.

-Sí, claro, y además amigos durante mucho tiempo. Venga, hombre, dime dónde se ha metido- le rogó impaciente, aunque de buen grado, el inspector.

-Pues, hoy se ha puesto de domingo ¿Sabe? Incluso se ha afeitado ¡Una raya en el agua! Y se ha ido al teatro-

-¿Teatro?-

-Sí, inspector, donde actúa Daniel Hidalgo. No sé si sabe que se hizo millonario y hoy termina en la compañía donde trabaja, porque va a montar una propia ¡Qué suerte el gachó, con tocarle esa barbaridad de dinero! ¡Oiga y por una casualidad!-

-Sí, ya sé, la prensa ha estado unos días con esa matraca del bar de la estación y el tipo tan honrado que le guardó el boleto sellado a medias. Bien, gracias, chaval, voy a ver si pillo a Santiago-

-¿Le doy algún recado? Por si se le escapa-

-No hace falta, pero muchas gracias. Le veo y se lo doy personalmente- respondió Velázquez y despidiéndose salió del local, cruzó la calle, llamó a un taxi con el que no tardó más de quince minutos en llegar hasta la Gran Vía y, una vez puestos los pies en la sala teatral, mostrar de nuevo su identificación para acceder a su interior.

-Sólo quedan apenas tres minutos para que concluya la obra, inspector- le aseguró el acomodador, al que consultó de manera vehemente momentos

antes y quien le había reconocido, nada más aparecer por el pasillo, de sus anteriores visitas al teatro con motivo de la investigación a Daniel Hidalgo.

-Estupendo. Entonces, mejor esperaré aquí sentado- dijo Velázquez y cumplió lo dicho situándose justo en el medio del vestíbulo, con tal de vigilar la salida de espectadores por las cuatro puertas con las que contaba el teatro.

Dado que aquellos tres minutos apuntados le parecieron muchos más, Velázquez no aguantó las ganas de fumar otro pitillo, aunque sólo fueron tres o cuatro caladas y el “Ducados” fue al cenicero en cuanto vio cómo empezaba la gente a abandonar la sala, concluida ya la función mientras aún resonaban los aplausos.

El inspector se puso de pie, y luego a dar pequeños paseos de izquierda a derecha oteando el horizonte, pendiente de que su objetivo se pusiese a tiro. Lo cual no fue muy tardío, puesto que éste apareció con su estampa inconfundible de fortachón de dos metros y, en esta oportunidad, pudo comprobar cómo se había aseado, afeitado como no recordaba haberle visto en muchos años y con un traje azul marino que le hacía parecer más joven de lo que el alcohol había provocado.

-¡Macho, joder! ¡Estás que no te reconocía al principio!- le soltó el policía, llevándose la mano derecha a la frente, cuando todavía le tenía a unos metros y Santiago permanecía embobado en los carteles de otras obras representadas, colocados en las paredes.

-¡Velázquez! ¡Coño, qué sorpresa! ¿Estabas dentro?-

-Qué va, hombre- le contestó el inspector a Santiago, después de darle un abrazo y un par de palmadas en la espalda *-Verás, he ido al restaurante y, al no verte por allí, le pregunté al chaval de la barra y me comentó que te habías convertido, primero, en un hombre nuevo y distinto al de antes y, segundo, en un apasionado de la escena-*

-¡Calla, calla, hombre! Ni lo uno, ni lo otro- respondió Santiago negando categórico, tanto con la palabra como con el movimiento insistente de lado a lado del dedo índice de su mano derecha *-Verás, es difícil reformarme, ya lo sabes. Por tanto, hombre nuevo ten por seguro que ni por asomo. Lo de la fachada que llevo es porque me han invitado a asistir tanto el director de la obra, como el actor, a quienes he conocido en el último caso, como ya imaginarás. El traje que luzco es gracias al cobro de unos honorarios, que hacía años no tenía, y eso parece que se me nota. Aparte de esto, resulta que después del mal trago pasado por Daniel Hidalgo, con una acusación de asesinato, la casualidad quiso que se cruzara con un camarero y un boleto de catorce y le han tocado a los dos un buen pico. Hoy, por tanto, no podía dejar de atender su invitación para celebrarlo-*

-Y tanto, hombre. Oye ¿Tomamos algo?-

-Por supuesto. Pero invito yo; y no parto peras en eso-

-Venga, no vamos a discutir por eso- dijo Velázquez y ambos salieron del teatro. Tras recorrer un par de manzanas, tomaron asiento en un bar donde pidieron sendas jarras de cerveza.

-Ya veo que te has pasado a la rubia, Santiago-

-Sí, chico, he decidido darle vacaciones a mi amigo Johnnie Walker. Se estaba poniendo un poco pesado. Bueno, Velázquez, pongamos las cartas sobre la mesa- habló más serio Santiago, tirando de astucia *-Estoy esperando a que me digas el motivo de este encuentro ¿O tendré que ponerme el traje de investigador y averiguarlo yo mismo?-*

-Buen olfato, Sebastián, como siempre. Eras el mejor y lo sigues siendo, incluso bañado en whisky. Oye, antes de nada, no sabía encontrar el momento para pedirte...-

-¡Un momento, para ahí, macho. No sigas!- interrumpió Santiago, sumando

su enorme mano derecha a la frenada verbal al inspector -*Vamos a ver. Ya sé que quieres pedirme disculpas y toda esa parafernalia cursi. Basta con invitarme a esta copa, si lo prefieres ¡Y a tomar por culo! ¿Entendido? ¿Qué coño ibas a hacer tú cuando estábamos con el cabrón ese de Bodegas? Nada, hombre. No te culpo ni a ti, ni a nadie. Además, quien cogió las de “Villadiego” fui yo ¿O no te acuerdas? Así que nada de perdones y demás zarandajas. Quédate tranquilo que yo no te guardo rencor, y a ninguno del equipo. Le tiré la placa a la cara a ese hijoputa porque quise, y también porque si me quedo allí un minuto más le pego dos tiros y me hubiese costado la prisión de por vida. Oye y estoy bien, con menos pelo, más gordo y borracho muchos días, pero me encuentro fetén porque no tengo que aguantar a ese tío mierda-*

-No sabes el peso que me quitas de encima, macho- le dijo Velázquez con lágrimas en los ojos, dejando mostrar su emoción sincera *-Desde hace mucho tiempo he estado por hacer esto pero, en el último momento, me acobardaba y me echaba para atrás. Pero hoy era el momento de dar este paso y poder mirarte de nuevo a los ojos y...-*

-Bueno, Carlos ¡Cojones! ¡Dime qué ha pasado!- Santiago volvió a pararle en seco, olisqueando algo.

-Pero, serás mamón, Santiago ¿Cómo sabes...?-

-¿Cómo? Se te ve ese punto de euforia cuando coges el “Ducados” y te metes para adentro el humo con esa fuerza. Tienes algo ahí escondido y estás como un volcán a punto de explotar ¡Venga, coño, dilo ya!-

-¡Como para engañarte, compañero! ¡Bonito eres! Pues, entonces, ahí va- Velázquez, sabiéndose pillado, decidió enseñar las cartas de una vez *-Resulta que sabrás cómo Bodegas, estando yo de inspector de guardia ese día, se le puso en los huevos llevar personalmente el caso de Daniel Hidalgo. De tal manera que tomó el mando con un equipo, tras recibir a través de esa abogada del joven actor la confidencia, por cierto que no es la primera vez que le veo a ella por la jefatura soltándole algún soplo, de cómo podría*

haber algo enjundioso en la casa de los vecinos. Ni que decir tiene cómo toda la jefatura sabía que era cosa tuya, y que Bodegas, por supuesto conociendo ese detalle porque para aprovecharse del trabajo de los demás es el número uno, se lanzó a por el botín sin merecérselo-

-Ya me imagino a ese baboso-

-Te quedarías corto, Sebastián. La cuestión es que nos presentamos, como te digo, en el piso y nos topamos con un coronel del Ejército retirado y su hijo, con la cosa de que humilló al pobre militar, empujándole varias veces, insultándole y hasta tirándole de mala manera al suelo. No contento con eso, alentó a los chicos a darle una paliza de cuidado al muchacho acusado, delante del padre hasta el punto de que, te lo digo con gran vergüenza, logró hacerle llorar a aquél en un acto de cobardía nunca visto-

-Propio de esa mala bestia. Un hombre sin gallardía-

-Pues, lo que son las cosas, macho, y esto remata lo que te cuento, resulta que ayer no sé si te enteraste cómo hubo cambio de gobierno y nuevos nombramientos-

-No sigo la política, Carlos, porque me aburre. Prefiero una cogorza. Es más, si en este país hubiesen más cogorzas y menos políticos, todo iría mejor-

-No lo dudo, hombre, y hasta te doy la razón. Al menos, nos reiríamos mucho más. Bueno pues la cosa es que, entre esos nombramientos, fue el del ministro del Interior, o sea, Sebastián, nuestro mandamás, “el baranda” quiero decir ¡Y no puedes imaginarte quién es el nuevo!-

-Ni idea-

-Pues nada más y nada menos que el hermano del coronel del Ejército, al

cual Bodegas avasalló-

-¡Arrea!-

-O sea, que imagínate cuál ha sido la primera medida que ha tomado-

-No me digas...-

-¡Como lo oyes, Sebastián! A primera hora ha telefonado al jefazo, le ha llamado a capítulo y le ha pedido la cabeza de Bodegas en bandeja de plata, aparte de expedientar a él mismo y a toda la cúpula-

-Pues a esos mamones les faltará tiempo para salvar su culo-

-Ni un minuto porque, en primer lugar han degradado a Bodegas y, como tú bien sabes, al ser falta muy grave han propuesto la inmediata expulsión del Cuerpo, existiendo además multitud de testigos de sus órdenes tan injustas como violentas-

-Pues, Carlos, te digo una cosa- Santiago habló sereno, sorprendiendo a Velázquez su sincera actitud benevolente con su, otrora, encarnizado enemigo -No quiero hacer leña del árbol caído y, en primer lugar, espero le vaya bien a partir de ahora y, en segundo término, se acostumbre a que le den órdenes donde quiera que caiga-

-Pues veremos a ver si en un penal, porque el hermano del coronel por lo escuchado no va a parar en su empeño-

-Todo cerdo tiene su San Martín, compañero y, aunque ha tardado, por fin el destino le alcanzó cuando él se vería ya en los laureles-

-Sí, claro, como otras tantas veces aprovechándose de tu inteligencia. Pero,

esta vez, le hiciste sin saberlo un regalo envenenado-

-Nunca de manera consciente lo hubiese hecho. Bueno, quizás, algo para que se le soltase la barriga y cagase durante un par de semanas sin parar, pero poco más-

-Eso te honra, Sebastián-

-Oye, por cierto, Velázquez ¿Tienes trabajo ahora mismo entre manos?-

-Estoy libre y a tu disposición-

-Bueno, no es para nada especial, hombre. Es por si quieres acompañarme a saludar a un amigo-

-Por supuesto, macho. Pago las cervezas y enseguida nos vamos- dijo Velázquez resistiéndose, aunque no pudo cumplir lo dicho puesto que Santiago se le adelantó en la liquidación de la cuenta. Tras esto y mientras cubrían el trecho, charlaron de los viejos tiempos, entre semáforo y semáforo, comentando el puro atasco en que se había convertido Madrid, y más a esa hora, hasta que el detective le señaló el edificio donde iban, entrando ambos en silencio solicitado por el mismo Santiago para sorprender a quien buscaba.

-¡Hombre! ¿Usted por aquí?-

-Evaristo, hombre ¿Ya no te acuerdas lo que te dije?-

-Es verdad, se me había olvidado, Santiago ¡Tutearte!-

-Oye, te presento al inspector Velázquez-

-Le conozco, sí, señor. Encantado de nuevo, inspector, aunque esta vez viene

usted mejor acompañado que el otro día-

-Pues no se preocupe, porque al que se refiere usted ya no pisará más este sitio. El coronel, y sobre todo su hermano que ha sido nombrado ministro del Interior, se van a encargar personalmente-

-Y lo que me alegro. Pobre coronel ¡Cuánto está sufriendo! Pero mucho menos que aquel día, que por poco no le da un infarto allí mismo viendo cómo maltrataban a su hijo delante de él y... ¡Buenas tardes!- interrumpió Evaristo sus palabras al saludar a una señora, quien entraba justo en ese momento en el edificio.

-Perdonad, que he saludado y...- se disculpó el conserje, retomando la palabra.

-Una curiosidad, Evaristo- habló Santiago sin volver la cabeza observando a la señora en cuestión, intrigado y con esa mirada suspicaz tan suya *-Veo que se dirige, me refiero a la señora que acabas de saludar, hacia el piso del coronel-*

-Claro, sí. Normal que así sea, Santiago, porque es su asistente-

-Bien, conforme. Imagino será con quien te cruzaste aquel día del asesinato de Ana María Cienfuegos-

-¡No, hombre, Santiago! ¡Qué va! Esa no es-

-¿Cómo? Explicate-

-Pues, que esta señora es otra. Se trata de una nueva, contratada hace unos días por el coronel. La otra, pobre chica, falleció ¿Sabes, Santiago?-

-No me digas, Evaristo ¿Cómo fue eso?-

-Pues, la verdad es que llevaba un par de días sin venir la chica y su padre, quien estuvo en el Sáhara con nuestro coronel cuando éste mandaba un regimiento allí, vino muy apenado a comunicarle en persona a éste de qué manera tan salvaje habían matado a su hija en un atropello-

-Pero, bueno, vamos a ver, Evaristo ¡No lo entiendo! Si falleció su hija en ese accidente ¿Cómo es que tardó el padre tanto tiempo en venir a informar al coronel?-

-Es que no lo sabía, Santiago- quiso aclarar el conserje, aunque con cierta dificultad ante la incredulidad de aquél, quien no acababa de encajar lo relatado -Resulta que el accidente se produjo, precisamente, el mismo día que asesinaron a Doña Ana María. Por lo visto, al volver a casa ocurriría también esa tragedia con la joven y su cuerpo, tras el golpetazo del coche, fue a parar a una cuneta. Ni que decir tiene cómo el culpable se dio a la fuga. Por lo tanto, hasta el día siguiente, y bien entrada la noche, no le localizaron. Es lo que tiene residir en un sitio como las afueras de Vallecas, y ya sabes cómo está aquello de mal, incluso de iluminación. Una desgracia, sí, señor. Era una chica estupenda. El Señor le tenga en su Gloria-

-Ya lo creo, Evaristo. Rezaremos por ella-

-En fin, no somos nadie, Santiago. Y rezar, aunque seamos nosotros cristianos, no está mal que lo hagamos incluso siendo la chiquita mahometana-

-¿Mahometana?-

-Sí, claro, Santiago. Ya te digo que se vino con su padre y, a su vez, éste detrás del coronel con la nacionalidad española, porque eran saharauis según me enteré. Pero, oye, no por eso faltaban a su religión y los primeros en acatarla. A ella, sin ir más lejos, jamás le vi sin el pañuelo ese que se

ponen en la cabeza, con el que nada más se le ven los ojos, la nariz y poco más porque hasta la boca se tapaba siempre. En fin, son sus cosas y hay que respetarlas ¿No crees, Santiago?-

-¡Me cago en...! ¡Pero, pero, seré zoquete...! ¡Si es que la culpa la tengo yo...! ¡Sólo yo y nadie más...!-

-¡Sebastián, coño! ¿Qué te pasa?- le preguntó Velázquez alarmado, mientras Evaristo se quedaba paralizado al verle así -¡Que hemos tomado sólo una cervecita, hombre, no es para tanto!-

-¡Carlos, te digo que es para cogerme, tirarme al suelo, darme una soberana paliza y, para rematar, escupirme encima y...!- respondió Santiago, pareciendo retomaba el juicio, aunque con idéntica forma de jurar en arameo contra sí mismo.

-Oye ¿He dicho algo malo, Santiago? Si quiere, dejo de tutearle-

-¡No, hombre, Evaristo! Si usted es a quien tengo que ponerle un monumento-

-Bueno, ni tanto, ni tan calvo-

-Oye, Carlos, vamos a ver, coge ahora mismo el teléfono de Evaristo y llama a jefatura. Di a los chicos que se vayan para el teatro donde hemos estado, pero que al entrar lo hagan con discreción. En cuanto a ti, Evaristo, sube ahora mismo y dile al coronel, de parte del inspector Carlos Velázquez, que baje de inmediato para un tema oficial y que no puede negarse a acompañarle. Carlos, en cuanto cierres el tema de jefatura, marca el número del depósito de cadáveres, pide hablar con el encargado y dale la orden taxativa de que, una vez llegué yo hasta allí, no se le ocurra ponerme impedimento alguno y adviértele tengo carta blanca para husmear. Finalmente, Evaristo, junto con el coronel y Carlos se van los tres para el teatro y me esperan allí. Por cierto, Carlos, también coge el teléfono, saca tu

lado más salvaje, llama al teatro y con la máxima severidad les adviertes de que nadie de la compañía, y digo nadie, salga hasta que llegues y, en particular, el director Don Domingo y la primera actriz, que además es tía del empresario, de quien también ordena esté presente-

-Bien, Sebastián, no sé a qué jugamos, pero creo que me apunto-

-Carlos, viene a cuento ese comentario tuyo, puesto que el partido parecía haber terminado- le contestó Santiago, ya casi saliendo del edificio y volviéndose un momento *-Pero creo que nos han concedido una prórroga ¡Y vamos a aprovecharla!-*

Media hora después de aquella escena, de las llamadas frenéticas, de improperios incluso escuchados por el auricular y respondidos de manera enérgica, también de que Santiago se marchara a toda pastilla en busca de un taxi para cruzar Madrid, de acarrear al coronel, quien se había resistido como gato panza arriba para abandonar su retiro y que sólo la paciencia y buen hacer de Evaristo pudo convencerle, el inspector Velázquez estaba llegando junto a ellos hasta las puertas de la sala teatral. Al traspasarlas, no pudo dejar de pensar en el pronto de Santiago, el cual no conseguía descifrar a qué venía, sintiéndose algo temeroso de que fuera una falsa alarma y le dieran un tirón de orejas sus superiores.

Franqueado el paso de nuevo a los tres, sin que tuviera que mostrar más placa que su misma presencia, accedieron a la sala desierta observando de qué manera aparecía la compañía al completo sobre las tablas, escuchándose desde el patio de butacas el murmullo de preguntas sin respuestas, las cuales se hacían unos a otros con respecto a la llamada recibida con la orden de no abandonar el teatro, sin que una causa fuese esgrimida por Velázquez. Y es que ni él mismo conocía la razón, ni tampoco qué motivaba esa movilización sorpresiva de tanto personal.

-Inspector, soy Vicente Solano, empresario del teatro y...- le salió al paso, mientras caminaba Velázquez junto a Evaristo y el Coronel rumbo al escenario, un individuo trajeado, con gafas de miope y cierto aire de

suficiencia.

-Encantado, señor Solano, disculpe que hayamos formado este follón- le interrumpió Velázquez, poniendo por delante aquellas palabras que parecieron calmar la furia que la expresión del empresario mostraba *-No se preocupe, porque será cuestión de unos minutos y podrán continuar con sus asuntos-*

-No son asuntos, inspector, dentro de treinta minutos tenemos nueva función y...-

-Le aseguro que, para ese momento, el espectáculo continuará. Se lo garantizo-

-Pero ¿A qué viene todo esto?-

-Sólo es una sencilla comprobación- respondió Velázquez con lo primero que se le ocurrió y aquello, por insustancial, puso más de los nervios al joven empresario.

-¿Qué ocurre, Vicente?- preguntó, uniéndose a su sobrino, la primera actriz de la compañía, a quien Velázquez observó cómo había llegado con la cara pálida.

-Nada, tita, tranquilízate. Me dicen que será cuestión de unos minutos-

-Oiga, inspector, le digo que me parece de muy mal gusto interrumpirnos así, cuando tenemos que actuar dentro de muy poco tiempo. Somos actores y esto nos afecta muchísimo ¿Entiende?-

-Claro que lo entiendo, señora, pero es necesario cerremos el caso de Daniel Hidalgo-

-¿Daniel? Pero si ya quedó claro que...-

-Sí, por supuesto que está exculpado. Sin embargo, existen una serie de flecos que deben ser comprobados. De ahí esta pequeña revolución que hemos montado la cual, sin embargo, terminará enseguida-

-¡Pues, señor! Me va a tener que perdonar- respondió la primera actriz al intento de Velázquez por calmar los ánimos, en esta ocasión con mucha altivez y de manera contundente elevando su tono de voz *-Pero debo salir del teatro unos momentos para...-*

-¡Me temo que no podrá hacerlo, señora y, si lo intenta, de inmediato será detenida!- se escuchó la voz de Sebastián Santiago, quien apareció desde las sombras, agazapado de manera felina en la parte trasera del teatro, caminando pausado hacia donde se encontraban.

-¡Oiga! ¡No le permito hable así a mi tía! ¿Quién es usted y qué hace en mi teatro, con esos aires y esas maneras tan groseras?- saltó encabritado el sobrino y sostenedor de la compañía, incluso avanzando unos pasos para encararse con el detective.

-No creo haberle faltado al respeto, señor. Más bien le he advertido de algo que el inspector Velázquez ya habrá indicado-

-Señora, por favor, y ustedes todos- habló Velázquez, con gesto serio pero tono educado, tanto a ella como a los demás, quienes comenzaron a impacientarse y vérselos intenciones de salir de la sala, incluso otros deslizándose por las bambalinas en los laterales *-permanezcan aquí, hasta que yo mismo se lo indique-*

-Ya ve, señor, que la autoridad aquí presente ha bendecido lo que acabo de advertir- Santiago, indicándole las butacas, le habló utilizando su lado más educado *-De tal modo que, si no tiene inconveniente, tome asiento porque una nueva función va a comenzar-*

-¡Querido, esto es un ultraje. Deberías coger el teléfono y...!- se quejó de nuevo la primera actriz y el sobrino, en esta ocasión más calmado, le invitó a sentarse y a esperar acontecimientos hablándole en voz baja al oído.

-Muy bien, señoras y señores, damas y caballeros, querido público, queridos amigos todos, ya me conocen y hasta alguno un poco cansado de verme tan a menudo por estos lares teatrales ¿No es cierto?- Santiago comenzó su papel, sin haberse estudiado el libreto, de pie, con la corbata desanudada, la chaqueta apretándole pero aguantando el tipo y una expresión de tranquilidad en el rostro falsa de todo punto, porque en su interior la sangre le hervía corriendo desbocada por sus venas y arterias, conteniendo esa especie de volcán en el que una sencilla confianza había logrado revertir el estado de paz al que había llegado tras años de desasosiego *-Pero, y lo siento por éstos a los que me refiero, tendrán que hacer de tripas corazón y aguantar un ratito hasta que suelte mi papel, por cierto que he escrito yo mismo sin ayuda de dramaturgo alguno aunque, lo confieso, me hubiese gustado contar con la sapiencia de Don Domingo, aquí presente y al que saludo cordialmente, pero que el tiempo lo ha impedido-*

-Oiga, detective ¿Esto va para largo? Tengo que ir a, ya sabe-

-Pues, amigo mío- contestó a uno de los actores más jóvenes y con más frescura en la expresión *-siento darle malas noticias, pero tendrá que hacer un poder y obligar a sus esfínteres a redoblar sus esfuerzos por no permitir que se relajen y tengamos que taparnos la nariz. No obstante, no se apure que termino en un santiamén-*

-Tengo que ir a recoger una medicina a la farmacia que está aquí al lado- añadió, animada por el descaro de su compañero, otra muchachita.

-El resfriado, señorita, tendrá que esperar unos minutos. Así que tire de pañuelo y mantenga a raya el moqueo de ese constipado-

-Porque usted lo diga-

-No tengo más remedio y disculpe, señorita, de la misma forma que todos ustedes a quienes pido su comprensión por esta comedia, la cual intentaré no derive en vulgar “bufa” y, por el contrario, les mantenga en tensión y...-

-¿Qué pasa, Santiago?- interrumpió preguntando Andrea Laborda, quien apareció en escena procedente de los camerinos, junto a Daniel Hidalgo, ambos con sorpresa en la expresión al ver a todos sus compañeros reunidos en el escenario con caras circunspectas.

-Poca cosa, Andrea, Daniel, saludos a los dos y gracias por uniros al público que asiste al espectáculo. Si no tenéis nada mejor que hacer, os pido aguardéis a que concluya y juzgad por vosotros mismos qué tal me ha quedado mi interpretación-

-Adelante, Santiago. No sé de qué va esto, pero a Daniel y a mí nos encantará verle actuar-

-Gracias, como siempre. Pues, retomo lo que decía para rendir homenaje a dos personas a las que he hecho venir hasta aquí hoy, no sin ciertas molestias aunque contando con su enorme bondad. Sin más, quiero que conozcan, en primer lugar, a Evaristo, al que propondré para erigir un monumento por su aportación a esta obra, quien es conserje en el edificio donde Ana María fue asesinada de manera cruel. En segundo, les presento a un caballero español, coronel de nuestra gloriosa Infantería, quien resulta ser vecino de Ana María, y también padre de un hijo que, en estos mismos momentos, pena inocente en la cárcel por un crimen que no cometió-

Tras aquella revelación de primer orden, que cayó como una bomba en la sala, los murmullos se hicieron un griterío que Velázquez tuvo que frenar para que pudiera seguir Santiago, quien se acercó al coronel, le abrazó y éste le correspondió emocionado.

-Ustedes, tras escuchar la rotundidad de lo que acabo de revelarles, se estarán preguntando que, si no es el hijo del coronel el asesino ¿Quién lo será?-

-Inspector ¡Ponga orden! ¿Qué tiene que ver nuestra compañía con esto?- saltó enfurecida la primera actriz.

-Le respondo yo mismo, señora- dijo Santiago -Cada uno de ustedes ha tenido una pequeña cuota de participación en este caso, ya ven que con más aristas de las previstas, y ocupan trocitos, facetas, piezas del rompecabezas en que se ha transformado por una confidencia de nuestro conserje de cabecera y gran amigo, Evaristo. Y les digo más, porque hoy, aquí, ahora, con nosotros, con todos vosotros o, mejor dicho, entre vosotros, mimetizado, confiado, despreocupado, diría que dichoso de los acontecimientos, seguro de su éxito rotundo, triunfador absoluto y orgulloso, henchido de felicidad, mirando el futuro como propicio, hasta vislumbrando cómo el mundo ha quedado a sus pies tras su grandiosa burla, se encuentra el asesino que buscamos y a quien me propongo desenmascarar y, así, dejar en evidencia ante vuestras narices. Curioso que, teniéndole tan cerca, apenas se dan cuenta ustedes de su maldad intrínseca. No obstante, no crean que llegar a esta conclusión ha sido tarea fácil, incluso contando con la desinteresada, inestimable y también inocente ayuda de mi amigo Evaristo y su don de la educación, valor en estos días desusado, donde ha hecho falta un esfuerzo de abstracción y, sobre todo, de contricción interior por el pecado que yo mismo he cometido y por el cual penaré por mucho tiempo, hasta que el paso de éste y su pátina lo oculten de mis recuerdos y pueda olvidar tan pavoroso error de mi carrera como investigador. Llegados a este punto, amigos, os diré cómo esa espoleta, la cual llevó al estallido en mis adentros, hizo que retomara el caso y me hiciese a mí mismo esas preguntas que todo detective debe tener en el frontispicio de sus acciones. Y les confieso cómo la enajenación me impidió empezar por ese sillar, ese basamento para atrapar al asesino de tal forma que, desecho el hechizo, me pregunté ¿A quién beneficia el asesinato de Ana María? ¿Quién gana? ¿Quién pierde? Bueno, esto último es de parvulario ¿No, amigos? Siempre pierde el asesinato aunque, tal vez no. Mejor será que pidamos respuesta a vuestro compañero, ya nuevo empresario gracias al azar, amigo y gran actor, nunca mejor dicho,

Daniel Hidalgo-

Si la anterior bomba había sido demoledora, ésta pareció resonar en toda la sala y, aparte de los murmullos, las caras de sorpresa, estupefacción e indignación en algunos, fueron generales; teniendo que intervenir de nuevo el inspector Velázquez, quien solicitó al coronel que se volviera a sentar, dado que hizo intento de subir al escenario.

-Pido tranquilidad a todos, en especial a usted, mi coronel- Santiago, con gran aplomo, habló de nuevo -Aún la obra no ha cobrado vuelo y necesita que, para ello, Daniel Hidalgo le ponga un poco de interés con su respuesta-

-¡Santiago!- Andrea, uñas fuera, no tardó en saltar y, con la ira dibujada en sus facciones, exaltada como nunca, se dirigió a él adelantándose en el escenario -Creo haberle compensado su trabajo con generosidad y ha cobrado hasta el último céntimo ¿A qué viene con éstas? ¿No hay ya un culpable? ¿Qué pasa? ¿Tal vez quiera alguna propina?-

-Disculpe, Andrea, porque no quise ofender ni a Daniel ni a usted. Pido perdón. En cuanto a la factura, es cierto que está cobrada y le agradezco la prontitud. Nada que objetar. De todas formas, y reitero mi pesar, me gustaría que Daniel respondiese a esa cuestión que he planteado-

-Déjalo, Andrea- habló por fin Daniel, quien se acercó junto a ella, le tomó la mano y luego habló a Santiago con gran seriedad -Mi respuesta es que perdemos todos. Ana María era alguien especial, muy querida por mí, por Andrea, por mis compañeros a quienes conocía, por Don Domingo, que le ayudó en duros momentos en los que yo estaba perdido, sin rumbo y permaneció ahí. Eso es todo, detective, y no tengo más que añadir-

-Estoy totalmente de acuerdo, Daniel. Le felicito. Su respuesta era la que yo esperaba. Sin embargo, en cuanto a la pregunta en sí debería, si no le parece mal, trasladarse a otras personas que tuvieron relación con Ana María. Pongo, por ejemplo, a usted, amiga Andrea-

-¿Qué insinúa, Santiago? Tal vez quiera que me presente ante el juez y...-

-¡Dios me libre de nada, Andrea! Sólo le pido me responda, tal como ha hecho, de manera muy elegante y sincera, Daniel-

-¿Para qué quiere esa respuesta? Ya sabe lo que pienso, hemos trabajado codo con codo usted y yo para librar a Daniel de ese infierno de la acusación-

-Y de lo cual estoy muy orgulloso, pero continúa usted sin responder-

-¿Tengo que aguantar esto, inspector?-

-Andrea, responda y cerremos el tema. Todos tenemos ganas de acabar este asunto y volver a lo nuestro-

-Pues si esperan ustedes que responda a esa sandez, van ustedes listos. Yo no soy una vulgar enemiga y, si es necesario, le denunciaré por coacciones. En cuanto a usted, inspector, hablaré con sus superiores y...-

-Andrea, se lo ruego, no pierda los estribos- le interrumpió Santiago, esta vez sin hacer aspaviento alguno -Y para su tranquilidad, si me lo permite, voy yo mismo a responder por usted-

-¡Váyase el cuerno, Santiago!-

-Conforme, enseguida me marchó para allá, pero después de decirle que quien gana con el asesinato de Ana María es usted-

-¡Cómo se atreve a...!-

-Gana el trofeo que había ansiado durante tanto tiempo, amiga mía, y ese era Daniel. Sólo Daniel. Pero, Andrea, permítame felicitarle, aunque sea usted una asesina fría y calculadora, por llevar a cabo con maestría un plan no diría brillante sino, y le hago una reverencia, pluscuamperfecto que ha estado a punto de quedar impune y bendecido por quien habla, por lo que confieso de qué manera esa enajenación, a la que antes aludí, era motivada por su belleza, por su inteligencia, por su perfección de mujer que me subyugó logrando que mi olfato de sabueso quedase anulado. Siento no haberme resistido a su encanto, Andrea, a esa genuina forma de hechizarme para que no acertase a ver lo que tenía ante mis propios ojos. De ahí las disculpas con mis primeras palabras para nuestro coronel, al que he destrozado el corazón y para quien nunca tendré palabras con las que me perdone por señalar de manera injusta la autoría de su hijo, absolutamente inocente-

-¡Eso tendrá que probarlo, Santiago!- Andrea, pasando al ataque, no pensaba quedarse callada ante la acusación sin una sola prueba que le incriminase, presentando batalla a su, hasta hacía días, poco menos que empleado; a quien dedicó la expresión más despreciativa que encontró en su amplio catálogo y con un punto de amenaza seria, el cual a otro mortal que no fuese el detective habría logrado su propósito de amedrentarle *-¡No tiene nada contra mí, sólo palabrería sin fundamento! ¡Sepa, Santiago, que delante de un tribunal le destrozaré, le vapulearé, le retirarán la licencia y hasta, si me esfuerzo, le enviarán una temporada con algunos a los que metió entre rejas!-* Andrea, llevando hasta el puro grito sus palabras, lanzó a Santiago su advertencia final señalándole con el dedo índice de la mano derecha y, con la izquierda zafándose, dando un violento manotazo a Daniel -frustrado por su imposibilidad de pararle- quien intentaba calmarle sin resultado alguno.

-Hago oídos sordos a sus diatribas desesperadas, Andrea. Sabe le tengo atrapada y no le soltaré- Santiago dio un paso al frente y quedó a tan sólo un par de metros del escenario *-Pero, déjeme decirle a todos cómo urdió este plan maléfico, maquiavélico, cobarde en suma para quitar de su vida y la de Daniel a Ana María, su mejor amiga, su confidente, y para ello preparó una puesta en escena digna de elogio. En primer término, tirando de una cámara con un buen objetivo y haciendo fotos a Daniel en sus escauceos con otras*

mujeres, y no menciono cuáles en público porque un caballero jamás lo hace- dijo Santiago cruzando la mirada con la primera actriz y ésta, de inmediato, evitándole -Instantáneas que luego comenzaría a enviar a Ana María, hasta de manera audaz dejándolas en su recibidor aprovechando cualquier visita que le haría para temas legales, con la intención de socavar la intención, confesada de manera íntima por ella, de que iban a volver a estar juntos. Saber aquello, Andrea, le decidió a consumir algo que vendría mascullando desde el momento en que Daniel le abandonó por ella hace unos meses. No superó la herida, ni la humillación, y menos imaginarse a los dos juntos arrebatándole Ana María, una vez más, a su amado, tal como había hecho en la universidad, en la compañía de teatro donde los tres actuaban y así sucesivamente durante toda su existencia como amigos. Un triángulo amoroso de final trágico por su maldad, preparando un plan que pasaba por su conocimiento del edificio donde Ana María residía y sus vecinos, hasta dejando caer confidencias con historias falsas sobre el hijo del coronel e insinuando cómo ella tenía encuentros íntimos en ocasiones. Ese mismo conocimiento del entorno, le hizo apoyarse en un detalle crucial en su plan como era la asistente de religión musulmana de los vecinos de Ana María. Se trataba de una joven que llegaba muy temprano y se encargaba de la vivienda, mientras el coronel y su hijo, de persistentes costumbres nocturnas, dormían a pierna suelta hasta bien entrado el mediodía. Usted, Andrea, lo vio claro. Primero, el convencimiento, por revelación en primera persona de su íntima amiga, de que en el acto de divorcio ambos se iban a retractar y volverían a estar juntos, lo cual de hecho casi hacían y le provocaba un odio visceral hacia ella. Lo segundo, que ese día era el más idóneo para sus planes, dado que el triángulo se encontraba equidistante. A saber, Ana María en su casa, usted teóricamente preparando en los juzgados la vista de divorcio y la pieza clave, que era Daniel, en el teatro; al conocer de igual forma por boca de aquélla cómo el director había obligado a la compañía a ensayar temprano esa misma mañana ¡Perfecto! No obstante, faltaba uno de los flecos y el más sofisticado ¿Verdad? ¿Cuál era? Se preguntarán todos ustedes. Pues, muy fácil, señoras y señores ¡La asistente! ¡Edad aproximada, altura casi exacta, delgada como ella! De ahí que Andrea Laborda, muy temprano ese día y habiendo averiguado dónde residía la muchacha en las afueras de Madrid, se apostó cerca de su domicilio y al cruzar ésta un descampado camino de la parada de autobús, le atropelló al amparo de la soledad de la hora y el lugar

prácticamente deshabitado. Después, con total impunidad, arrastró su cuerpo para arrojarlo a una cuneta muchos metros más allá, ocultándolo entre la maleza, con la intención estudiada de retrasar el mayor tiempo posible su localización. Tras esto y sin testigos que pudiesen incriminarle, regresó al centro de Madrid para dirigirse hacia el edificio de Ana María donde, Evaristo, aquí presente, declaró que esa mañana sólo se cruzó con la asistente. Y no es de extrañar que no reconociese a nuestra abogada habiendo asumido ésta su personalidad puesto que, al ser musulmana la auténtica ya fallecida, Andrea imitó la forma de vestir uniendo a la indumentaria un pañuelo cubriéndole la cabeza y eso le permitió, como había previsto, campar a sus anchas sin levantar sospechas. De ese modo, una vez fuera del campo de visión de Evaristo, llamó a la puerta de Ana María, ésta le franqueó la entrada, esperó paciente a que estuviese de espaldas a ella y, todo lo demás, ya se lo imaginarán ustedes partiéndole el cráneo con saña. A renglón seguido, y conforme a su plan perfecto, salió del piso llevando de algún modo sangre de Ana María, luego anduvo unos pasos tomando las llaves que había arrebatado al cadáver de la joven asistente, entró en el domicilio del coronel, aseó lo más rápido posible la vivienda y fue a buscar lo más importante, lo cual ya se harán una idea puesto que cogió de la habitación del hijo del coronel unas zapatillas de deporte, así como ropa que manipuló empapándolas en la sangre citada de su amiga y, aparte, colocando de manera estratégica fotografías muy íntimas y comprometedoras de Daniel con Ana María, las cuales ella misma habría conseguido encontrar entre las pertenencias de nuestro joven actor durante los meses que convivieron y que utilizó, de manera soberbia hay que reconocerlo, para sumar a la incriminación del muchacho como prueba irrefutable de la obsesión enfermiza que sufría por su vecina. Cumplimentado todo lo anterior, aprovechándose del sueño profundo tanto del hijo del coronel como de éste, abandonó el piso una vez más impune y, por tanto, a pedir de boca su plan ejecutado en un tiempo récord, del que sólo restaba cruzarse más tarde con Evaristo y, como consecuencia del encuentro ya previsto por ella, éste jurar y perjurar que esa mañana vio sólo a la asistente musulmana tapada hasta casi los ojos y nadie más ¡Genial! Matrícula de honor sumando cómo, ese mismo día llevó a cabo la segunda parte de su plan donde, y perdonen mi protagonismo, entró en él quien les habla. El caso es que me tenía reservado un papel secundario, o al menos esa era su primera y única intención tal como yo lo veo. Pero, mejor entro en

detalles diciéndoles de qué forma Andrea Laborda echó mano de su amistad con el inspector jefe Rodolfo Bodegas, o no sé qué más les unía a los dos, dado que Velázquez, amigo y colega que hoy nos acompaña, me ha confirmado era asidua visitante de su despacho. Sin entrar en profundidad en esta cuestión, debo confesarles cómo Bodegas en otro tiempo fue mi compañero y amigo en la Policía, e imagino cómo Andrea tendría referencias mías al recordar cómo éste le había hablado varias veces de un detective alcohólico, de mala reputación y expulsado del Cuerpo. En realidad todo era cierto, salvo que fui yo mismo quien dejó la placa y me pasé al lado privado. El caso es que no tardó en llegar hasta mí y contratarme para que ayudara a Daniel Hidalgo a librarse de su imputación como sospechoso, aunque su objetivo oculto es que yo fuera como mera comparsa para sus planes sabiéndome alguien maleable, suponiendo mi incapacidad para la investigación por la mala vida que sabía llevaba, estando alcoholizado, arruinado, embargado y, en suma, siendo alguien miserable, casi detestable, a quien utilizaría. Y esto se hizo patente cuando, a los pocos compases de mi investigación, caí en su bien trenzada y pegajosa red como consecuencia de que ella misma se encargó de enfocar aquélla de forma sibilina, usando para ello alguna que otra confidencia y, en particular, al sugerir sospechas sobre los vecinos. Fruto de su pericia de actriz consumada, sublime diría, y también del encantamiento que ejercía sobre mí, no tardé con la mayor inocencia en pedirle a ella filtrara a la policía cómo podría haber pruebas incriminatorias en el piso del coronel, cosa que no tardó en comprobar el tal inspector Bodegas, quien se apuntó el tanto frente a la prensa y sus superiores gracias a que le sirvió Andrea en bandeja de plata la succulenta revelación, tal como tenía previsto de antemano para lograr tanto la exculpación de Daniel como la detención del hijo del coronel. Por todo ello, el plan era insuperable, tan exacto que, como ocurre en muchas ocasiones, el destino quiso jugar sus cartas y provocar un incidente rocambolesco en la ciudad de Gijón, donde aquél había decidido desaparecer mientras se aclaraba todo, del cual yo mismo tuve la suerte de desenmarañar y lograr que quedase exculpado en el mismo día. Y aquí es donde Andrea pensaría que serían ambos felices y, como debe ser, comerían perdices. Claro que no imaginaba en ese instante de gloria cómo una simple visita de cortesía, la cual he realizado hoy mismo a nuestro Evaristo y una aclaración sin mucha importancia, encendió una lucecita en esta cabezota que tengo y siguiera una pista que me ha llevado a concluir cómo nuestra

joven abogada es una feroz asesina, con dos vidas finiquitadas a la espalda por su desmedido amor a Daniel por el que, y tal como ha quedado patente, quitaría de en medio a quienes se lo impidiesen-

En medio, ya no del murmullo, sino del griterío y también de la mirada de desconfianza de Daniel, quien pareció de repente atar los mismos cabos sobre Andrea, ésta habló como una energúmena a Santiago, quien sin embargo aguantó el tipo de manera estoica.

-¡Voy a hacerle picadillo, Santiago! ¡Borracho de mierda, perro sarnoso, cobarde, asqueroso viejo verde, acosador, machista...!

-Claro, sí, yo también le quiero, y mucho, Andrea. Lo siento de corazón- respondió Santiago a su amada, de nuevo haciendo oídos sordos a los graves insultos que aquélla profería a escasos centímetros de su rostro, a los cuales el detective sólo opuso una expresión conmisericordiosa que hablaba de una sincera ausencia de rencor, perdonándole de manera evidente.

-¡Jamás podrá demostrar nada y...!- insistió Andrea, esta vez golpeando a Santiago con un manotazo en el pecho que éste obvió, permaneciendo quieto y esperando se calmase.

-Observe esto- extrajo Santiago de su bolsillo un trozo de plástico con pintura raspada, lo cual hizo que la cara de Andrea del rojo pasase a un color blanco marfil.

-Verá, el forense ha tenido la decencia de guardar este objeto ¿Sabe? Nadie se lo había pedido y ni él mismo pensaba qué puñetas podía ser. Sin embargo, ya se habrá dado cuenta cómo para mí tiene un valor incalculable. Y es el de su condena para una temporada bien grande a la sombra, tal como usted se merece. Obsérvelo bien y piense, amiga mía, de qué forma este trocito, una vez analizado convenientemente, demostrará cómo se trata de un desprendimiento del guardabarros inferior izquierdo de su flamante “Mercedes” y que, de la fuerza del impacto con la cual atropelló a esa pobre

chica musulmana, se quedó adherido a sus ropas sin que usted lo advirtiese al arrojar su cadáver, como si se tratase de un despojo, hacia la cuneta-

-¡Imposible, Santiago, hay miles de coches...!-

-Se equivoca, Andrea. Hoy la suerte le ha vuelto la espalda. Por cierto, tiene usted una empleada amabilísima en su despacho. Precisamente acabo de estar charlando con ella ¿Sabe? Y, lo que son las cosas, me ha confiado cómo su “Mercedes” lleva desde ese día del asesinato de Ana María en el taller y hasta me ha dicho el motivo, el cual según parece no es otro que, al ser la pintura personalizada, la tienen que enviar de manera expresa desde Alemania. Y, querida ¡Qué casualidad! Se trata de un color blanco anacarado especial y único según me cuenta, hasta el punto que dice cómo usted presume siempre de su exclusividad ¡Y que en Madrid no hay otro igual! Así que, “jaque mate”, amiga mía-

-¡No tiene autoridad para detenerme y...!-

-Cierto, Andrea, pero sí nuestro inspector Velázquez, aquí presente-

-Señorita, queda usted detenida- no tardó en intervenir Velázquez, quien hizo una seña a sus muchachos que aguardaban ese momento alrededor de la sala.

-Tiene derecho a...-

-¡Métase los derechos por donde le quepa!- interrumpió Andrea a Velázquez, mientras sonaba el cierre de las esposas y era conducida al exterior de la sala.

-Dale recuerdos a Bodegas- dijo Santiago a Velázquez y éste le devolvió un guiño de ojos *-Oye, Carlos, por cierto, apúntate este tanto, hombre, que te lo mereces-*

-Bueno, no debo, Sebastián. Pero, en fin, a nadie le amarga un dulce. Oye

¿Qué te parece una cosa a medias?- contestó el inspector, devolviéndole el guiño a Santiago y perdiéndose luego por la puerta de salida.

-¡Evaristo! ¡Mi coronel!- les habló el detective a los dos, quienes se acercaron para darle un abrazo y, en especial, el militar *-Os voy a invitar en mi segunda casa, que ya sabéis es el restaurante. Por cierto, mi coronel, usted esté tranquilo porque Velázquez se encargará de que mañana mismo su hijo esté en casa-*

Tras más abrazos y agradecimientos, con Evaristo al lado contándole batallitas de su paso por Regulares, hasta el coronel rememorando sus días de gloria al frente de varios regimientos, recorrido Madrid en plena tertulia, los tres cruzaron el umbral del restaurante, donde Antoñito no tardó en acompañarles a la mesa, ponerles los servicios y tomar nota de la comanda.

-Evaristo, mi coronel, les presento a mi futuro ayudante, ¡Antoñito!- les dijo a los dos y el muchacho se puso colorado como un tomate.

-¡Santi, no me digas! ¡Vaya noticia!- emocionado, el chaval habló rascándose la coronilla en señal de nerviosismo.

-Chico, esta noche comenzaremos con el adiestramiento- le soltó Santiago muy serio.

-¿Sí? Bueno, estoy preparado. Lo que haga falta. Por aprender, soy capaz de todo en esto de la investigación donde eres una eminencia- respondió el chaval, con ese punto de inocencia que Evaristo y el militar vieron en sus ojos y también en su voz temblona.

-Pues, verás, Antoñito, lo primero es que vamos a cerrar cualquier bar. Vamos, que nos tendrán que echar con la cogorza que pillaremos-

-Bueno, verás, Santi, es que no bebo ¿Sabes?-

-De acuerdo. Tranquilo, hombre, cambiaremos eso mejor por “irnos de picos pardos” y cerrar una casa, digamos, de mala nota; ya me entiendes- añadió Santiago con media sonrisa y muy picarona.

-Bueno, en fin, Santi, es que mujeres, mujeres, pues que la verdad es que, es que, vamos, ¡Que no me he comido todavía una rosca! ¿Sabes?-

-¡Nada, hombre, eso se arregla! En ese tema es como el rascar ¡Todo es empezar!- dijo Santiago exclamando y dando al muchacho una sonora palmada en la espalda, cuando ya tanto Evaristo como el coronel rompieron en carcajadas.

-Lo que tú digas, Santi ¡Y que Dios reparta suerte!- respondió Antoñito con una expresión de tierna inocencia y ya el descojone, incluido Santiago, fue tremendo.

-¡Ven aquí, Antoñito!- le cogió Santiago, de manera muy cariñosa, por el cuello al chaval y lo trajo hacia sí *-¡Qué buena persona eres, coño! Anda, tráenos media botella de Manzanilla, unas olivitas y una ración de cigalitas, que acabo de ver al entrar-*

-Pero, Santi ¿No habías dejado la Manzanilla, el whisky y te habías pasado a la cerveza?- preguntó muy serio y extrañado el jovencísimo camarero-

-Eso fue ayer, Antoñito. Hoy es diferente ¿Sabes? Tengo el corazón destrozado- habló con gestó cómico Santiago y Antoñito sin saber lo ya acontecido *-¡Beberé para olvidar a mi amadísima Andrea, porque sigo estando enamorado perdidamente de ella!*-

-Vamos a ver, Santiago- intervino el conserje, extrañado ante lo que acababa de escuchar *- Pero ¿No has dicho en el teatro que era una mala bestia, una criminal despiadada, asesina doble y todas esas lindezas?-*

-Bueno, *mi querido Evaristo*- contestó Santiago moviendo la cabeza de un lado al otro, e interpretando con ese punto de comicidad tan de su carácter -
¡Nadie es perfecto!-
